



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA DEL NORTE
CENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIONES
MULTIDISCIPLINARIAS
FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ACATLÁN

LA COMUNICACIÓN POLÍTICA, UN CAMPO DE ESTUDIO
COMPLEJO: REFLEXIONES PARA SU APREHENSIÓN

TESIS

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE

DOCTOR EN CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES
CON ORIENTACIÓN EN CIENCIAS DE LA COMUNICACIÓN

P R E S E N T A :

RICARDO MAGAÑA FIGUEROA

COMITÉ TUTORAL:

DR. RAFAEL RESÉNDIZ RODRÍGUEZ, TUTOR PRINCIPAL

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DRA. FLORENCE TOUSSAINT ALCARAZ

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DR. RODRIGO GÓMEZ GARCÍA

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

CIUDAD UNIVERSITARIA, D.F.

MAYO 2013



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

En recuerdo de Mami, Mamá, Carmen y Paty,
siempre en la memoria y el corazón.

A Andrea, una vez más y como siempre,
por ser y estar, por el amor y el orgullo
que siento por la persona que está siendo.

A Stefania por llegar con amor y generosidad
a ser la compañía y el impulso que tanto necesitaba;
además de estar junto a mí durante la consecución
de este doctorado, que era uno de mis objetivos
fundamentales de vida.

Agradecimientos

A Rafael Reséndiz Rodríguez, Florence Toussaint Alcaraz y Rodrigo Gómez García, integrantes de mi comité tutorial por su valiosa orientación durante el largo camino del doctorado; así como a Regina Jiménez-Ottalengo por la asesoría que me dio en sus Talleres de Investigación y Jorge Federico Márquez Muñoz por sus comentarios a este trabajo.

Esta tesis y el proceso de obtención del doctorado le debe mucho, en mayor y menor medida, a varios amigos por la gran y diversa ayuda que me otorgaron, entre ellas se encuentran Rodrigo Martínez Martínez, Raúl Escorza Pérez, Stefania Rivera Bonilla, Enrique López Alonso y Mariana Domínguez Batis.

Finalmente, a la Universidad Nacional Autónoma de México, en cuyas aulas estudié la licenciatura, maestría y doctorado, y que como profesor me ha permitido retribuir algo de todo lo que me ha dado.

"Sí, a veces la idea más delirante, la que parece más imposible, se le clava a uno en la cabeza con tal fuerza que acaba por juzgarla realizable...

Más aún, si esa idea va unida a un deseo fuerte y apasionado acaba uno por considerarla a veces como algo fatal, necesario, predestinado, como algo que es imposible que no sea, que no ocurra.

Quizá haya en ello más: una cierta combinación de presentimientos, un cierto esfuerzo inhabitual de la voluntad, un autoenvenenamiento de la propia fantasía, o quizá otra cosa... no sé".

Dostoyevski, El jugador

"Mi impresión es que el bando progresista trabaja con ciertas figuras teóricas y que todo lo que no se ajusta a ellas es lo contrario de progresista, por tanto conservador. Este estereotipo viene de una autovaloración de aquello que a mí me achacan. Tengo la impresión de que en la escuela de Frankfurt todavía predomina un moralismo conservador o una configuración véteroeuropea de pensamiento. Pero en el fondo no encuentro esta problemática muy significativa. Si alguien en realidad fuera conservador, tendría que cambiar muchas cosas en vista de todo lo que está continuamente mutándose, con el objeto de poder conservar algo".

Luhmann, *Introducción a la Teoría de Sistemas*

"Fue durante las grandes y exaltadas discusiones posteriores a la guerra cuando descubrí lo difícil que era llegar a algún sitio con gente que vivía en un marco cerrado; me refiero a gente como los marxistas, los freudianos y los adlerianos. A ninguno de ellos se podría sacudir jamás la visión del mundo que han adoptado. [No se digan los demás religiosos]. Interpretaban todo argumento contra su marco respectivo como si se pudiera asimilar a éste. Y eso resultaba difícil, siempre era posible psicoanalizar o socioanalizar a quien lo sostenía: la crítica a las ideas marxianas se debía al prejuicio de clase; la crítica a las ideas freudianas, a la represión; y la crítica a las ideas de Adler, a la necesidad de demostrar superioridad [...] El freudiano ve represión por doquier. [...] es sumamente importante cuidarse de coger adicción a una teoría en particular: no debemos dejarnos atrapar en una prisión mental"

Popper, *The Myth of the Framework*

ÍNDICE

Introducción	iii
Capítulo 1. La comunicación política como campo de estudio	1
1.1. El campo de estudio de la comunicación	3
1.2. El campo de estudio de la comunicación política	8
1.3. La temática de la comunicación política	34
Capítulo 2. La comunicación, un proceso en la política	44
2.1. Comportamiento y comunicación política	46
2.2. Concepciones y campos teóricos de la comunicación política	54
2.3. Un intermedio necesario: los elementos de la comunicación política	64
Capítulo 3. Fundamentos conceptuales del pensamiento sociopolítico aplicados al estudio de la comunicación política	70
3.1. El behavioralismo político	72
3.2. La esfera pública	89
Capítulo 4. Hacia la conceptualización de la comunicación política	111
4.1. La perspectiva behaviorista	113
4.2. La perspectiva europea continental	124
Capítulo 5. Análisis crítico de las interpretaciones de la comunicación política en los sistemas políticos	136
Conclusiones	164
Fuentes	171

INTRODUCCIÓN

En una charla con profesores de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, Alejandro Pizarroso Quintero, investigador y profesor de la Universidad Complutense, comentó que, para él, la comunicación política y la propaganda eran lo mismo. Es más, afirmó que la comunicación política era un término de moda que sustituía el de propaganda; razón por la cual, prefería, en lo personal, el de propaganda política a pesar de que algunos cursos que imparte reciban el apelativo de “comunicación política”. “Cuestiones de mercadeo”, diría el autor del clásico libro *Historia de la propaganda*.

La sorpresa de los asistentes ante esta afirmación fue notoria. La tendencia es considerar a la propaganda como una de las manifestaciones de la comunicación política, no ella misma con otro nombre. Pizarroso simplemente señaló que si se entiende por propaganda “persuasión con trascendencia social”, esa es, en última instancia, la finalidad de la comunicación política. Con lo que la afirmación quedó planteada para el cuestionamiento y discusión.

Independientemente de lo anterior, resulta necesario realizar el análisis de la comunicación política, de las concepciones y definiciones que sobre ella se han presentado en el transcurso del tiempo por la diversidad de visiones que existen sobre ella, algunas sumamente parciales y hasta opuestas. Es necesaria una revisión somera, pero representativa, del estado del arte y su evolución desde diversas perspectivas, entre las que se destacan dos a manera de ejemplo: por un lado, el campo de estudio de esta rama de la comunicación y, por el otro, las concepciones y definiciones de la comunicación política.

La comunicación es tan antigua como la sociedad, de la misma manera como lo es la política. Las manifestaciones de la comunicación en la política son tan ancestrales como ella misma; así como su preocupación y análisis. Ejemplo simple de ello es la retórica para los griegos: criticada y rechazada por Sócrates por su ocultamiento y distorsión de la verdad, lo que lo llevó a sus constantes enfrentamientos con los sofistas; o su asunción al nivel de arte por parte de Aristóteles, quien al estudiarla aportó además el primer modelo de la

comunicación. Ya no digamos Cicerón por parte de los romanos y su tratado sobre el discurso.

En los tiempos modernos, el estudio y la práctica de la comunicación política han estado estrechamente vinculados con el estudio y la práctica de la comunicación en general. Es más, en buena medida, la propaganda es una de las vertientes fundamentales que dieron origen y promovieron el estudio científico de la comunicación.

Las llamadas “teorías de la comunicación” son en su origen teorías psicológicas, sociológicas, políticas, antropológicas, que fueron creadas por dos motivos fundamentales: conocer la mejor forma de obtener el efecto deseado (la adquisición de un producto o servicio por el consumidor en la publicidad y la obtención del voto por parte del elector o la adhesión a una ideología o decisión gubernamental en la propaganda), o servir de instrumento para comprender de qué manera el fenómeno comunicacional afectaba el objeto de estudio de cada una de estas disciplinas. Esta diversidad de teorías provenientes de varias disciplinas científicas dieron pie al surgimiento de las “Ciencias de la comunicación”.

Este origen diverso en la investigación científica de la comunicación podría ser (y de hecho señalamos que es) una de las explicaciones por las que el campo de estudio de la comunicación sea complejo y de difícil aprehensión: si la comunicación política es estudiada por diversas disciplinas científicas, en cada disciplina desde diferentes doctrinas y cuerpos teóricos, y cada uno bajo varias perspectivas, tenemos, como resultado la problemática antes señalada. La más interesante es que éste no es sólo problema de la comunicación política, sino de la comunicación en general.

De ahí que sea válido también preguntar, ¿ante esta problemática es factible el esfuerzo de establecer las fronteras del campo de estudio y que se defina la temática propia de dicho campo? Ése es el reto, especialmente si a lo anterior se le agregan las posiciones ideológicas, los intereses y el uso de acuerdo a la conveniencia de la concepción o posición a defender.

Si consideramos que esta afirmación no es exagerada en el terreno de la investigación, menos lo es en el de la práctica profesional de la comunicación política. En un inicio se mencionó la anécdota de la charla con Alejandro Pizarroso, pues bien, si se consideraba como materia de discusión su afirmación de que la comunicación política es la propaganda con otro nombre, el ambiente se enrarece, por decirlo de alguna manera, o se complica, de otra, cuando invaden la escena de las campañas electorales los especialistas en marketing político, sobre todo desde los años ochenta, aunque ya habían surgido en los cincuenta. Para estos especialistas, comunicación política y marketing político son prácticamente lo mismo; el marketing político es la nueva realidad de la comunicación política; sin embargo, toda esta discusión que se da en el terreno profesional y de la persuasión se deja de lado en este trabajo ya que está delimitado a la investigación científica. La mención sobre la práctica profesional procura establecer los diferentes usos que suelen dar a los conceptos en otros ámbitos, lo que llega a dificultar la comprensión del fenómeno si no se lleva a cabo la adecuada delimitación.

Por otra parte, el campo de estudio y los temas de la comunicación política investigados en la actualidad son igualmente, o más bien, mayormente diversos. El problema es mayor y testifica la complejidad cuando se considera que cada interesado del campo de estudio considera aspectos diferentes, aunque también hay coincidencias, de lo que abarca el campo y, especialmente, su temática.

La comunicación política es una de las especialidades de la carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de nuestra Universidad. El avance en su estudio, análisis y crítica es fundamental para la enseñanza de los estudiantes, así como para la orientación de sus trabajos de investigación y asesoría de tesis. En términos generales es una asignatura a la que se le debe dar el realce necesario y ser objeto de reflexión, además de enseñanza.

Como se señaló, el análisis crítico de las concepciones de la comunicación política permitirá sistematizar sus ámbitos de estudio y sus aplicaciones a la práctica, lo que será de gran ayuda para el estudiante de la especialidad y estudiosos del campo.

Existe una gran cantidad de bibliografía sobre cada uno de los diversos ámbitos temáticos de la comunicación política. Resulta más correcto mencionar que sobre algunos temas existe mucho más material que sobre otros; sin embargo, hay muy pocos textos que intenten formular una reflexión epistemológica de las múltiples concepciones, definiciones, temáticas y prácticas de la comunicación política. Este trabajo pretende realizar un esfuerzo inicial y necesario de análisis, pero también de síntesis.

En esta tesis se partió de la hipótesis de que la comunicación política ha sido abordada desde diversas disciplinas y enfoques, pero no siempre como lo que es: un campo de estudio complejo que, por esa complejidad y amplitud, dificulta su aprehensión.

El presente es un trabajo monográfico de reflexión, el cual consiste en una elaboración original sobre un problema de carácter teórico que se centra en el uso del concepto de comunicación política, por lo cual tiene un **carácter reconstructivo** que busca profundizar y sintetizar el uso que le han dado algunos autores representativos de las corrientes contempladas. Por lo tanto está basado en una **sistematización** sustentada por el **aparato crítico** y una propuesta de interpretación producto de las reflexiones del autor. De ahí que la guía de la exploración sea la **argumentación**.

Por lo que el objetivo de este trabajo es el de realizar un recorrido por las concepciones y las modalidades de estudio del proceso de comunicación política para establecer cuáles son las dificultades para su aprehensión. Para lo cual se ha dividido en cinco capítulos.

En el primer capítulo, titulado “La comunicación política como campo de estudio”, se parte del reconocimiento de que la comunicación política es un campo de estudio para varias disciplinas científicas. La investigación que se ha hecho sobre ella, desde sus antecedentes, orígenes y desarrollo, ha sido de interés para todo tipo de científicos provenientes de diferentes disciplinas. La consecuencia ha sido la dificultad para aprehender este campo de estudio, lo cual ha constituido un reto para todo estudioso preocupado por él. Por lo que se debe asumir que campo de estudio es tan rico como la diversidad de las preocupaciones y cuestionamientos que se realizan sobre aspectos específicos o

generales que se dan en su interior; así como de las disciplinas que buscan en él una respuesta a sus inquietudes y los enfoques, teorías y métodos con los que lo han abordado.

“La comunicación, un proceso en la política” es el segundo apartado y busca ubicar la importancia del proceso de comunicación en la actividad política y la relación existente entre ambos. Se establece también que la comunicación política no es el resultado del encuentro de dos actividades diferentes, sino que la política, en tanto actividad social, requiere forzosamente de la comunicación para llevarse a cabo. Por lo que, finalmente, se revisan los elementos integrantes de la comunicación política que son más utilizados por las diferentes corrientes teóricas.

En el tercer capítulo, “Fundamentos conceptuales del pensamiento sociopolítico aplicados al estudio de la comunicación política”, se contemplan y revisan las dos principales tradiciones de pensamiento sociopolítico que se han aplicado al estudio de la comunicación política: el behavioralismo político y la esfera pública. Estas corrientes se seleccionaron como resultado de la necesidad de elegir aquellas corrientes que hubieran reflexionado sobre el campo de estudio, el problema de las fronteras, la temática e intentado definir a la comunicación política. Por lo que se establecen las características de ambas corrientes, analizar sus particularidades y señalar las principales críticas que han recibido. La finalidad es conocerlas para comprender los fundamentos conceptuales que han propuesto y que han sido retomados por los investigadores para aplicarlos al estudio de la comunicación política.

En cuanto al cuarto capítulo, “Hacia la conceptualización de la comunicación política”, se presenta y analiza la forma en que estas tradiciones de pensamiento se han aplicado a la comunicación política. Esto se debe a que las perspectivas behaviorista y de la esfera pública han marcado la pauta y ejercido una influencia considerable y mayoritaria en la investigación y temática de la comunicación política en el mundo.

El quinto y último apartado es el “Análisis crítico de las interpretaciones de la comunicación política en los sistemas políticos”. Este capítulo es, en realidad, una extensión del anterior; sin embargo, se separó por tratar un tema específico:

el debate sobre la relación de la comunicación política y los sistemas políticos, lo cual marca una concepción diferente entre los behavioralistas y los representantes de la esfera pública. Esto se debe a que una de las constantes entre los autores vinculados con la esfera pública es la de considerar que la comunicación política sólo se da en la democracia, por lo que niegan que esté presente en un sistema diferente.

CAPÍTULO 1

LA COMUNICACIÓN POLÍTICA COMO CAMPO DE ESTUDIO

La comunicación política es un campo de estudio para varias disciplinas científicas, las cuales lo han abordado como una forma de comprender su papel e importancia para el objeto de estudio de cada una de ellas. La investigación que se ha hecho de ella desde sus antecedentes, orígenes y desarrollo, ha sido de interés para todo tipo de científicos; especialmente, mas no únicamente, por politólogos estadounidenses preocupados por el comportamiento electoral de los ciudadanos, entre otras formas de comportamiento político. Con el tiempo, este tipo de estudios ejercieron su influencia sobre los académicos de otros países y continentes, los cuales sin embargo, tomaron su propio camino y concepciones, además de que generaron líneas de investigación, doctrinas y teorías propias. Lo anterior sin dejar de reconocer la importancia y los aportes, provenientes de Estados Unidos, que continúan hasta la actualidad.

El objetivo del capítulo es realizar una revisión y reflexión acerca del campo de estudio de la comunicación política. Está dividido en tres apartados. En el primero se analizan los planteamientos de varios autores sobre la dificultad de aprehender a la comunicación política, con el consiguiente problema del establecimiento de sus límites, contenido y temática. Para lo cual, previamente, se ubica este campo de estudio en el marco general de la comunicación, del cual ha contribuido determinadamente en su conformación. Esto lleva a que comparta su pluralismo disciplinario.

La aprehensión de un campo de estudio es un reto para todo estudioso preocupado por él, sobre todo si se considera que, para los diversos investigadores, el consenso al que se ha llegado es que no hay consenso. Por lo que es necesario reconocer que no se requiere de un acuerdo. Un campo de estudio es tan rico como la diversidad de las preocupaciones y cuestionamientos que se realizan sobre aspectos específicos o generales que se dan en su interior; así como de las disciplinas que buscan en él una respuesta a sus inquietudes y los enfoques, teorías y métodos con los que lo han abordado. Este capítulo es una introducción que permite realizar una reflexión sobre la dificultad de aprehender este campo.

1.1. El campo de estudio de la comunicación

El debate sobre el pluralismo en la ciencia pasa desde la defensa irrestricta del objeto de estudio de una disciplina científica, hasta la necesidad de tener una postura abierta acerca del reconocimiento de las coincidencias que se dan entre las disciplinas, así como en el hecho de que todo fenómeno puede ser estudiado desde diversas perspectivas y niveles de profundidad, mismos que pueden ser complementarios y no necesariamente antagónicos. Se debe reconocer que la búsqueda de conocimiento no es un coto privado de nadie. Una actitud científica debe pasar por la apertura a los aportes, avances y herramientas que se generan en otros terrenos. Apertura que implica saber que todo lo anterior puede ser utilizado y apropiado para una investigación, siempre y cuando se parta de un análisis serio sobre su pertinencia, razones de su uso y de lo que se espera.

Por esta razón, durante la presentación de la biografía y comentarios a la obra de Sidney Verba, en el marco del Seminario Internacional a 50 años de la Cultura Cívica, James A. McCann, profesor de la Universidad de Purdue, señaló, respecto al pluralismo disciplinario y metodológico, que

La ciencia política toma prestados libremente los conceptos y métodos de la economía, la sociología, la psicología, la antropología y otras disciplinas. Esto me parece natural, pero sospecho que a finales de la década de 1950 esos préstamos fueron mal vistos en algunos círculos.¹ (McCann, 2009:8)

Lo anterior provocó que en aquella época Verba fuera cuestionado sobre el tipo de estudios que estaba realizando. De tal manera que llegó a contar que, en una ocasión, un profesor de una universidad en la que había sido entrevistado para obtener una plaza le hiciera el siguiente cuestionamiento: "Dígame, Sr. Verba, ¿ya ha decidido en qué campo está?". La pregunta no era gratuita, porque, refiere McCann, para Verba las cuestiones teóricas y las innovaciones metodológicas vinieron antes de los límites disciplinarios. Lo que le permitió tener una actitud abierta acerca de los

¹ *"Political science borrows concepts and methods freely from economics, sociology, psychology, anthropology, and other fields. This seems natural to me, but in the late-1950s, I suspect that such borrowing was frowned upon in some circles."*

aportes y posibilidades que le otorgaban las teorías, métodos y conceptos provenientes de otras disciplinas.

Por eso no resulta extraño que Sidney Verba escribiera en *Small groups and Political Behavior*, que

este libro está concebido en gran medida como una contribución a la ciencia política. La mayoría del material, sin embargo, proviene de fuentes externas de lo que comúnmente se conoce como ciencia política... Uno podría preguntarse: “¿Esto es ciencia política?” Mi respuesta sería: “No lo sé. Depende de lo que entiendas por ciencia política. Y aunque importe si es o no, no importa mucho”². (ctd. en McCann, 2009: 8-9)

Por una vía diferente, el francés Patrick Charaudeau (2009) comentó en la conferencia “Discurso político y discurso populista” que hay estudiosos que consideran que deben defender su territorio ante los embates de otras disciplinas o de las fugas de sus colegas a otras áreas científicas. Por lo que contemplan que se debe partir en primer lugar del reconocimiento de la existencia de disciplinas, pensar en esas disciplinas y, en un segundo momento, dialogar con las otras. Es decir, ser parte del propio objeto de estudio y luego identificar qué le pueden aportar las otras ciencias. A lo cual se le puede agregar que existen espacios de interés común que constituyen campos de estudio en los que las diversas disciplinas pueden converger, divergir y complementarse.

Respecto a la experiencia particular de la investigación de la comunicación política en Europa, Gianpietro Mazzoleni (2010: 9) refiere que, hasta fines de los años 80 del siglo pasado, hablar de esta materia era un ejercicio académico reservado a grupos restringidos de profesionales debido a que las disciplinas tradicionales no la reconocían, por lo que los poco interesados no tenían un espacio preciso en las universidades. Cómo considerarlos: ¿sociólogos o politólogos? Este problema, que ya habían padecido los estudios de la comunicación, se complicó con

² “this book is conceived of largely as a contribution to political science. Most of the material, however, is derived from sources outside of what is ordinarily called political science...One might well ask: ‘Is this political science?’ My answer would be, ‘I don’t know. It depends on what you mean by political science. And though it matters if it is or not, it does not matter much.’”

el surgimiento de la rama de la comunicación política, especialmente en las universidades del sur de Europa por su naturaleza interdisciplinaria. Esto no pasó en Estados Unidos, ya que

gracias a la mayor flexibilidad del sistema universitario, mucho más dispuesto que otros a afrontar los retos del mercado y de la innovación, hasta el extremo de que allí hay politólogos que enseñan también con normalidad ciencia de la comunicación, razón por la cual no se consideró no menos normal introducir en ese ámbito fecundo la nueva disciplina de comunicación política. (Mazzoleni, 2010: 9)

A pesar de lo cual, si se recuerda el caso de Verba y lo señalado por Charadeau, queda de manifiesto que en todos lados existen oposiciones a los nuevos campos y al pluralismo disciplinario.

El pluralismo disciplinario y metodológico no es, por supuesto, un tema vinculado con Sidney Verba o Patrick Charadeau en particular, o con la ciencia política, la semiótica lógica y la comunicación política, en general; tampoco es una discusión a partir de los años 50 del siglo pasado o de la actualidad: se podría decir que es tan antiguo como las mismas ciencias sociales. Pensemos en las influencias teóricas y metodológicas de las ciencias de la naturaleza en el estudio de lo social, por mencionar algo, y no sólo en el positivismo de Comte; ya no se diga el intercambio entre las propias disciplinas sociales. Los de Verba y Charadeau son dos ejemplos de muchos que se pueden hacer y que se encuentran en el terreno de la investigación de lo social. Otro muy conocido es el de la Escuela de Frankfurt.³

Ahora bien, si el debate sobre el pluralismo está presente al interior de una disciplina científica, se encuentra de manera más fuerte en el del campo de estudio. Aquí se destaca el aspecto central de este apartado: entender que si bien cada disciplina tiene y reclama su propio objeto de estudio, esto no implica que no existan

³ Escuela caracterizada por su eclecticismo, en el que sus integrantes buscaban recuperar críticamente los aportes de diversas disciplinas, doctrinas y teorías científicas; es decir, podían combinar la sociología con la psicología; así como a autores como Marx, Weber y Freud con el pensamiento cristiano, por poner ejemplos.

terrenos de interés común para las diversas disciplinas por lo que representan para el avance en el conocimiento y comprensión de sus respectivos objetos de estudio. Estos terrenos comunes son conocidos como **campos de estudio**. Cada disciplina científica puede estudiar, y de hecho lo hace, algún aspecto del campo conforme a sus intereses y necesidades; lo que se manifiesta en una gran cantidad de investigaciones que se realizan sobre él desde las diversas disciplinas, doctrinas, teorías y perspectivas.

Estos campos llegan a ser tan abarcadores y complejos que llevan a los investigadores a seguir diversas estrategias para lograr una mayor profundidad y amplitud en el estudio y en los resultados a obtener. Por lo que conforme a estas estrategias se ven obligados, lo cual no necesariamente es un conflicto, a salir de la comodidad y límites del objeto de estudio de su disciplina, de sus teorías y de sus métodos. Por esta razón, en el campo de estudio se presenta el pluralismo disciplinario y metodológico.

El pluralismo es clave para entender la dificultad a la que se enfrentan aquellos que desean conocer y hasta clasificar la gran cantidad de investigaciones que se realizan al interior de un campo de estudio. Tan sólo hay que pensar en los estudios que se hacen en cada disciplina, con sus diversos enfoques, temáticas, etcétera, y a partir de allí agregar los elementos que son producto del pluralismo. Ésta misma es la dificultad y variedad de propuestas de quienes se han preocupado por conocer lo que se ha investigado y se está investigando sobre la comunicación.

La comunicación es un campo de estudio compartido por las ciencias sociales porque cada una de ellas, preocupadas por profundizar en el conocimiento de su propio objeto de estudio, la han abordado para establecer la forma en que la comunicación afecta su objeto más que por estudiar la comunicación *per se*. Se debe considerar, además, que el proceso de comunicación permea en los diversos fenómenos sociales, lo que lo hace objeto de interés variado para la investigación social. Esa es la razón por la cual Miquel de Moragas señala que la investigación de

la comunicación de masas⁴ “es, propiamente, un conjunto de investigaciones aplicadas que (...) son el resultado de irregulares y descompensadas aproximaciones a un objeto que, de hecho, es común a diversas ciencias sociales” (Moragas 1984: 13).

En este sentido, ese objeto es, por decirlo de manera apropiada, un campo de estudio conforme a lo establecido anteriormente. De esta manera, la psicología busca determinar el papel de la comunicación en la conducta o el comportamiento; la antropología en la cultura; o la sociología en el hecho social. Por lo que las ciencias han estudiado la comunicación desde distintos ángulos. Un ejemplo claro y tajante de la forma en la que se asume el estudio de la comunicación en una disciplina la proporciona Richard Fagen cuando afirma de manera explícita (1969: 36): “nos interesa la comunicación sólo en la medida que ayude al estudio *comparado* de los sistemas políticos *nacionales*”.

Por otra parte, Moragas (1984: 13) añade que, además de las diferencias disciplinarias, al interior de cada disciplina hay enfoques diversos, donde la investigación sigue dos grandes tendencias contradictorias y que han sido reconocidas por los estudiosos de la comunicación: Por un lado está el rechazo del sistema social imperante a través de la crítica a la cultura de masas y a la dependencia cultural y, por el otro, se encuentra la aceptación del sistema desde un elogio a la función social, participación y cohesión que posibilita el fenómeno comunicativo.

Esta división en dos grandes tendencias (criticadas por Umberto Eco en su clásico libro *Apocalípticos e integrados*), identificadas con la Escuela de Frankfurt y las semióticas italiana y francesa, la primera, y con el funcionalismo, la segunda, han caído frecuentemente y hasta la fecha en posiciones maniqueístas que han dificultado en lugar de permitir el acercamiento y diálogo teórico más por razones

⁴ Si bien el autor menciona de manera específica la investigación sobre comunicación de masas, se puede hacer una generalización sobre la comunicación en general, ya que su afirmación es aplicable a cualquier modalidad de la comunicación que las disciplinas científicas deseen estudiar.

ideológicas que científicas. A pesar de ello, los avances se han dado y una muestra está, como se verá en los próximos capítulos, en el propio estudio de la comunicación política. En él existe una confluencia crítica de estas tendencias.

1.2. El campo de estudio de la comunicación política

Armand y Michèle Mattelart señalan que “Desde 1910, la comunicación en los Estados Unidos está vinculada al proyecto de construcción de una ciencia social sobre bases empíricas” (Mattelart, 2005: 27) cuyo centro fue la escuela de Chicago hasta que, posteriormente, fue sustituida por la *Mass Communication Research* con Harold Lasswell a la cabeza, quien surgió de dicha escuela.

Al respecto, Jacques Gerstlé destaca que “es admirable constatar hasta qué punto los ‘padres fundadores’ de las ciencias empíricas de la comunicación han hecho un claro aporte a la dilucidación de tal o cual aspecto de la comunicación política” (Gerstlé, 2005: 15). Este politólogo francés ubica entre los “padres fundadores” a Harold Lasswell, Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin y Carl Hovland, quienes no sólo son pioneros del estudio de la comunicación política, sino de las ciencias de la comunicación en sí.

Con estos antecedentes no resulta raro que varios autores ubiquen el surgimiento del campo de estudio de la comunicación política en los Estados Unidos en la década de los años 50 del siglo pasado a partir de los esfuerzos de la corriente del “*Political behavior*” en la ciencia política. El criterio para establecer este inicio del campo es el de la utilización explícita del término comunicación política, sus esfuerzos para definirla, establecer sus límites, temática y los elementos de un modelo para la misma; esto sin dejar de reconocer los esfuerzos anteriores ni mucho menos la práctica misma. Wolton (1992: 29) coincide al señalar el año de 1957 como el de la identificación del vocabulario y el campo de investigación de la comunicación política.

De la misma manera, Gianpietro Mazzoleni (2010: 40) reconoce que la comunicación política como campo de investigación nace en Estados Unidos en los años cincuenta bajo la influencia de las “ciencias de la conducta” y que se expandió a las instituciones académicas estadounidenses y europeas. Pero dicho desarrollo se da especialmente a partir de los estudios de Paul Lazarsfeld en la época pretelevisiva hasta llegar a los nuevos medios. La televisión juega un papel importante en el impulso de la preocupación por estudiar la comunicación política, ya que

La llegada de la televisión y su entronización como principal medio de comunicación de las democracias pluralistas causó el efecto de terremoto en los sistemas políticos, impuso formas desconocidas de comunicación a los dirigentes políticos y nuevos modelos de información periodística. En otras palabras, la política cambió su imagen de raíz, y muchas dinámicas tradicionales de obtención del consenso y de influencia en la opinión pública tuvieron que contar con las lógicas típicas de los medios. (Mazzoleni, 2010: 10)

Esta situación terminó por convertirse en un fenómeno mundial, en el que los diversos actores políticos se vieron precisados, por no decir obligados, a modificar su lenguaje y contenido tradicionales para obtener la atención de los medios y conquistar espacios de visibilidad.

Por su parte, Juan Ignacio Rospir (2003: 44) también está de acuerdo en la ubicación del origen del campo de estudio de la comunicación política en los Estados Unidos a mediados del siglo XX y establece que las razones fueron: por un lado, la temprana presencia de la televisión en la vida política, específicamente en la campaña presidencial de 1952, que no se dio en Europa; y, por el otro, la tradición de investigación en comunicación y comportamiento electoral. Aunque el surgimiento de la comunicación política como campo tenía que pasar por la ruptura del modelo predominante en ese momento de la teoría de los efectos limitados propuesta por Lazarsfeld y la recuperación de la idea del poder de los medios. Por eso menciona que

La comunicación política, como campo especializado, parte, por tanto, de la vuelta a una concepción poderosa de los medios, lo que implica el rechazo del modelo de “efectos limitados” y las explicaciones tradicionales acerca de la “persuasión de voto”. Los nuevos usos de la comunicación en el conocimiento de la realidad política, las relaciones entre el poder y los medios, las relaciones comunicativas entre el gobierno y los ciudadanos, la publicidad electoral, estuvieron igualmente entre los objetivos fundamentales. La vuelta a una concepción poderosa de los medios va a suponer que el estudio de las campañas electorales se convierta en el “banco de pruebas” – en el caso paradigmático-, sobre el que se empieza a edificar e instituir la nueva investigación en comunicación política tanto en Estados Unidos como en el resto de países. (Rospir, 2003: 44)

Esta proyección internacional del campo de la comunicación política abarca dos períodos: el primero es netamente estadounidense y comprende de los años cincuenta a los ochenta; el segundo, ya internacional, llega a la actualidad y tiene como área de expansión, inicialmente, los países del eje angloamericano y los europeos continentales y, posteriormente, el resto de las naciones; pero de aquellas que participan “de la cultura política y académica del constitucionalismo liberal europeo” (Rospir, 2003: 35). Este segundo periodo se da por la “americanización”, o sea, el proceso recíproco de influencia y de imitación del estilo estadounidense de hacer y entender la política y el periodismo.

El italiano Mauro Calise advierte sobre los riesgos de caer en la tentación de tomar la experiencia estadounidense como un paradigma válido para otras culturas. Sugiere que se le sitúe en un enfoque comparado mediante el cual se le relativice en función de los desarrollos teóricos y empíricos de otros contextos distintos, a pesar de la profunda huella dejada por dicho modelo en la investigación de la comunicación política (ctd. en Mazzoleni, 2010: 39).

Respecto a la evolución de los estudios y de las categorías interpretativas de la comunicación política, Casile agrega que ha sido “predominantemente etnocéntrica; es decir, se ha centrado en el análisis empírico de la realidad política estadounidense y ha reflejado en el plano normativo los valores típicos de la *political culture* anglosajona” (Mazzoleni, 2010: 39).

Si bien es cierto, como reconocen los autores mencionados, que es indiscutible la influencia internacional de la concepción estadounidense de la comunicación política, se deben ponderar algunas de las afirmaciones de Casile. Por ejemplo, y en primer lugar, resulta por lo demás exagerado calificar este predominio como “etnocéntrico”. Más que una visión étnica, hay una concepción genérica que busca analizar la realidad política estadounidense, como reconoce el propio Casile, y ésta es mucho más compleja que lo exclusivamente anglosajón.

En segundo lugar, habría que estudiar qué tanto este predominio ha sido una imposición de la investigación empírica estadounidense, en realidad más preocupada por sus propios problemas, y qué tanto ha sido, como una vez más señala Casile, producto de la tentación de los estudiosos de otros países por recuperar esta concepción para aplicarla a una realidad y culturas diferentes. Por ello resulta importante su propuesta de realizar estudios comparados. Propuesta que ya venía haciendo el *political behavior* desde unas décadas antes⁵.

Por otra parte, se tiene que, conforme a lo señalado anteriormente, las referencias de los autores que fueron conformando lo que posteriormente fue conocido como la *Mass Communication Research*, como Lasswell, Lazarsfeld y Merton por mencionar tan sólo a tres reconocidos investigadores; así como el estudio de la comunicación en los temas electorales, indican un aspecto muy importante sobre el campo de estudio de la comunicación política y es el de que, en realidad, el surgimiento y establecimiento del campo de estudio de la comunicación en general, pasó por la comunicación política.

En otras palabras, sin estos estudios originarios y fundacionales en materia electoral, política y hasta bélica no se podría entender la investigación de la comunicación, ya que contribuyeron a instituir este campo de estudio genérico. Por lo que la comunicación política pasó a ser un subcampo del campo de la comunicación; aunque, por su importancia y papel destacado por los aportes de su investigación, recibió en 1973, por parte de la *International Communication Association* (ICA), el

⁵ Como se verá un poco más adelante con Richard R. Fagen.

reconocimiento de enseñanza única, con un campo de investigación que supera los límites de las disciplinas y aceptó la formación de la *Political Communication Association* como una división de la ICA.

Ante estos antecedentes, cabe preguntarse cuál es la situación del debate sobre el campo de estudio de la comunicación política, en qué consiste y cuáles son sus características, límites, temáticas y tendencias. Existen diversos trabajos que se han dedicado desde hace varios años a responder estas preguntas, especialmente en el ámbito de habla inglesa, aunque hay algunos materiales en español. Por lo que es necesario revisarlos.

Richard R. Fagen escribe su libro que cuando todavía estaba muy joven la vinculación entre los estudios de la ciencia política y la comunicación, resultaba sumamente difícil establecer las fronteras de lo que podría llamarse “un enfoque comunicacional para el estudio de la política” debido a que se carecía de una teoría política fundada en la comunicación, de amplia aceptación y muy general. Un enfoque

para cuya comprensión se considera esencial la comunicación como proceso. El dilema adquiere una expresión gráfica si pensamos, por un instante, en las dimensiones bibliográficas del problema. En una bibliografía “seleccionada” añadida como apéndice a una obra reciente sobre comunicación y la política comparada, se mencionan más de doscientos títulos, tomados de campos tan diversos como la historia, la sociología, la antropología, la psicología y el periodismo, además de la ciencia política. Hace casi dos décadas, una bibliografía menos selectiva alcanzó con facilidad varios miles de referencias, mientras los autores, con la debida modestia, alegaban su carácter incompleto. En la actualidad, el floreciente interés por temas como la opinión pública, la cultura política, la adopción de decisiones, la propaganda y la socialización política –todos los cuales parecen ligados inevitablemente a la comunicación-, transforma en infinitamente elástica nuestra bibliografía hipotética de obras importantes acerca del “enfoque comunicacional en política” (Fagen, 1969: 17-18).

Fagen plantea aquí algunos de los puntos centrales del campo de la comunicación política. Destaca claramente el carácter plural de las disciplinas preocupadas por el estudio de la relación política-comunicación.

La propuesta de Fagen para el estudio de la relación política-comunicación pasa por la vertiente específica de la política comparada, la cual implica en esta relación, las tendencias teóricas⁶ (prevalcientes en la época en la que escribe su libro) que deben seguir aquellos que deseen utilizar el estudio de la comunicación como vía de acceso para el estudio de las formas políticas.

Con estas bases, Fagen formula su propuesta de estudio de la relación entre comunicación y política, que recupera y reconoce los aportes de algunas de las disciplinas preocupadas por dicha relación. Cabe destacar que, bajo la perspectiva de este autor, la relación comunicación-política se da en cualquier tipo de régimen, razón por la cual considera que cada sistema político implica un cierto modo de organizar las comunicaciones y la vida política.

Por otra parte, en la introducción del libro *Handbook of Political Communication*, Dan D. Nimmo y Keith R. Sanders consideran conveniente referirse a la comunicación política como un campo interdisciplinario emergente a partir del empuje behaviorista de la década de 1950. Añaden que, a pesar de que se puedan rastrear sus orígenes poco sistemáticos varios siglos atrás (como el trabajo de los sofistas, las reflexiones de Aristóteles y hasta los clásicos de la estrategia como Sun Tzu y Maquiavelo), es a partir de esa época que hay un enfoque consciente, especialmente porque es manifiesto el interés por la interrelación entre la comunicación y la política.

A esto se debe agregar que en 1950, en el libro *Political behaviorism*, se presentan los primeros intentos de definir a la comunicación política. Se considera a la comunicación política, junto al liderazgo político y las estructuras de grupo, un

⁶ Como la Cibernética, la teoría de los sistemas y modelos derivados de la política, identificadas en los trabajos de Karl Deutsch, David Easton y Gabriel Almond; o la influencia de la investigación de campo sociológica, ejemplo inevitable es de nuevo Almond con Sidney Verba.

“proceso de intervención” que se refiere “a qué influencias políticas son movilizadas y transmitidas’ entre ‘instituciones gubernamentales formales, por un lado, y el comportamiento del voto ciudadano, por el otro”⁷. (Nimmo y Sanders, 1981: 12)

No debe extrañar que esta definición se presente en un libro de comportamiento político, ya que, como se ha mencionado anteriormente, esa corriente de estudio era la predominante en esa época en la ciencia política estadounidense y la comunicación se perfilaba como uno de sus puntos de interés fundamentales. Por eso Nimmo y Sanders consideran profética la afirmación hecha en 1956 por Eulau, Eldersveld y Janowitz, en el sentido de que desafortunadamente “la investigación de la comunicación política ha quedado rezagada de trabajos similares de otros campos sustantivos de las ciencias sociales”⁸ (Nimmo y Sanders, 1981: 12).

Respecto a esta afirmación, Nimmo y Sanders (1981: 13) señalan que: 1) se define a la comunicación política como un campo sustantivo de la ciencia social, 2) es un campo atrasado, 3) emerge un campo de conocimiento sobre la comunicación política como un proceso de intervención y 4) define los límites del campo al establecer que es un proceso intermedio entre las instituciones formales de gobierno y el comportamiento del voto de los ciudadanos. Consideran, sin embargo, que ya para 1980 esto ha variado en dos aspectos: primero, la comunicación política ya no es un campo atrasado y, segundo, los límites de la comunicación política se han extendido considerablemente.

La primera conclusión derivada de Nimmo y Sanders (1981: 27-28) es que no existe consenso entre los estudiosos sobre sus contenidos y límites, lo cual se refleja no sólo en la dificultad de establecer claramente dichos contenidos y límites, sino también, y de manera muy particular, de obtener una definición de comunicación política que sea aceptada por las diversidad de estudiosos del campo.

⁷ *“by means of which political influences are mobilized and transmitted’ between ‘formal governmental institutions, on the one hand, and citizen voting behavior, on the other hand”*

⁸ *“political communication research has lagged behind similar work in other substantive fields of social science”.*

Nimmo y Sanders agregan, en segundo lugar, que el desacuerdo sobre la definición de cuáles son las metas del campo, constituye otra dificultad para precisarlo. Como ejemplo de esto mencionan que la meta de los behavioristas era la construcción teórica, pero esta teoría llevaba a diferentes lugares según las distintas visiones sobre la forma que debería tomar dicha teoría, de ahí que

Deutsch (...) y sus seguidores se esfuerzan por lograr una *teoría comunicacional de la política*, que considere toda actividad política como un sistema de comunicación y control. Otros investigadores (como Fagen y Chaffee), sin ver a toda la política como comunicación ni a toda comunicación como política, aspiran a una *teoría de la comunicación política* (...). El resultado sería un cuerpo de generalizaciones orientado al funcionalismo similar a aquellos obtenidos por los estudiosos que buscan una teoría del liderazgo político, una teoría de la socialización política, una construcción de políticas públicas, etc. Finalmente, hay investigadores (como Bell y Mueller) que especulan que la comunicación es política al hacer realizar/trastocar el orden social; por lo que la comunicación tiene dimensiones políticas clave: poder, influencia, autoridad, control, negociación, transacción simbólica y demás. De este modo, una *teoría política de la comunicación* garantiza la aspiración⁹ (Nimmo y Sanders, 1981: 28).

Es decir, la dificultad para los behavioristas de establecer la meta de la teoría radica en poder acordar hacia dónde se debería dirigir y para qué.

En tercer lugar, el acuerdo superficial sobre las definiciones y el debate sobre las metas sorprenden ante los orígenes tan disparados del campo (el pluralismo al que constantemente se ha hecho referencia). Por lo cual, Nimmo y Sanders consideran que se debe evitar la tentación de intentar una afirmación definitiva sobre

⁹ "Deutsch (...) and his followers strive for a communication theory of politics, one that considers all political activity as systems of communication and control. Other researchers (Fagen, Chaffee), viewing neither all of politics as communication nor all of communication as politics, aim for a theory of political communication. The result would be a functionalist-oriented body of generalizations Akin to those derived by scholars seeking a theory of political Leadership, a theory of public policy-making, and so on. Finally, there are researchers (Bell, Mueller) speculating that communication is political in achieving/disrupting social order; hence communication has key political dimensions-power, influence, authority, control, negotiation, symbolic transaction, and the like. Thus, a political theory of communication warrants aspiration."

lo que es el campo de la comunicación política y a dónde se dirige. Por ello afirman de manera categórica

Comportarse como el niño demasiado confiado al aproximarse a la comunicación política sería particularmente tonto. La inmadurez actual del campo y sus antecedentes diversos lo convierten en un esfuerzo plural que hasta ahora desafía una caracterización clara. (...) la comunicación política es un campo con enfoques teóricos, áreas temáticas y posturas metodológicas en continua evolución. Hasta ahora no existen límites fijos, dogmas duros, metodologías ortodoxas o verdades convencionales.¹⁰ (Nimmo y Sanders, 1981: 28)

Éstas son, entonces, las características del campo de estudio emergente para estos autores. Por lo que ahora se debe ver cómo se ha modificado esta visión con el tiempo.

Peter Dahlgren y Michael Gurevitch parten de un planteamiento que consideran, y lo es, obvio: “la comunicación política como un sistema y un proceso nunca tiene lugar en el vacío: siempre está moldeada por una variedad de factores contextuales e históricos”¹¹ (Dahlgren y Gurevitch, 2005: 375). La obviedad proviene de que la comunicación política, como la política, la democracia o el Estado, por mencionar algunos ejemplos, no deben ser comprendidos fuera de su contexto y momento histórico ya que, sin pretender caer en una afirmación mecanicista, responden a y son manifestaciones de dichos factores.

De ahí que estos autores señalen que el estudio de la comunicación política como un subcampo¹² estuviera moldeado, desde sus orígenes, en parte por la forma

¹⁰ “*To behave like the too-confident child in approaching political communication would be particularly foolish. The field’s current immaturity and diverse antecedents make of it a pluralist endeavor that as yet defies neat characterization (...) political communication is a field with continuously evolving theoretical approaches, subject matter areas, and methodological stances. As yet there are no fixed boundaries, hardened dogmas, methodological orthodoxies, or conventional truths.*”

¹¹ “*political communication as a system and as a processes never takes place in a vacuum: it is always shaped by a variety of contextual, historical factors.*”

¹² Si bien la comunicación política es un campo de estudio *per se*, forma parte de un campo más amplio que es el de la comunicación, en este sentido es un subcampo. Por eso Nimmo y Sanders mencionan el reconocimiento que le hizo la ICA y que fue señalado más arriba.

en que eran vistos ese sistema y proceso, y, por otra parte, por las tradiciones teóricas y las trayectorias de investigación imperantes. Con el cambio en el tiempo de los procesos y sistemas, así como de las perspectivas académicas, la forma en que es estudiada la comunicación política se ha modificado también. Ante lo cual cabe hacer una aclaración pertinente: a Dahlgren y Gurevitch (como a una parte importante de los investigadores), les preocupa la comunicación política y sus modificaciones en las sociedades democráticas occidentales.

Dahlgren y Gurevitch consideran que la comunicación política está desestabilizada por el incremento del poder global de las fuerzas del mercado que disminuye el terreno y la eficacia de los sistemas políticos, así como por las tendencias de los cambios culturales que tiene un papel importante en el compromiso político, por lo que la geografía de la comunicación política está en flujo y es poco probable que la política del mundo globalizado y los procesos de comunicación que lo transmiten sean confinados dentro de los límites nacionales. De ahí que se eleven las preocupaciones por la integridad del sistema de comunicación política. El lado negativo de la desestabilización puede traer ineficacia, imprevisibilidad y un declive de la veracidad y de la misión explicativa de la comunicación política; además de que la democracia se ve coartada y debilitada. El lado positivo es un incremento en el rango y la diversidad de las voces políticas, así como a nuevas formas de compromiso político y definiciones de lo que constituye la política.

La comunicación política, además de desestabilizarse de sus marcos y funciones tradicionales, también está en desarrollo. Esto se nota en el periodismo. Hay más proliferación de periódicos, los cuales, además de competir entre sí, tienen que hacerlo con los medios no periodísticos; se está volviendo más heterogéneo al dirigirse a públicos cada vez más pequeños y al proliferar en internet; las audiencias de los medios y formatos tradicionales están en declive; la distinción entre periodismo y no-periodismo se está volviendo borrosa (*talk shows* y docu-dramas). También se hacen presentes otros actores en la comunicación política, como el periodismo producido por no-periodistas o los expertos asesores en diversas áreas

de la comunicación política. La comunicación política en un mundo cambiante se da también mediante los diversos usos del internet, especialmente, aunque no exclusivamente, en la nueva política.

Si, como decíamos al principio de la revisión de Dahlgren y Gurevitch, su preocupación se encuentra centrada en la democracia y su relación con los medios de comunicación, estos autores plantean que el campo de estudio de la comunicación política pasa por recuperar lo que se ha hecho y lo que está por hacer en él, sobre todo porque consideran que la respuesta de la crisis de las democracias occidentales se encuentra en las culturas cívicas y que la comunicación política tiene un papel importante en ellas. Pero primero se debe partir de su visión sobre el campo de la comunicación política.

Para Dahlgren y Gurevitch la comunicación política es un campo de estudio que tradicionalmente se ha enfocado en la interacción entre instituciones/actores políticos, los medios de comunicación masiva y los ciudadanos. Este enfoque evidenció con el tiempo ciertas dificultades y limitaciones. Entre las que se pueden mencionar, en primer lugar, su visión tradicional de la política, ya que

La mayoría de los estudios sobre comunicación política tienden a partir del supuesto de que “lo político” se lleva a cabo en la interacción entre estos tres grupos de actores en el proceso de comunicación política (...) Al centrarse en la interacción entre los actores formales en la política tiende a desviar la atención de otros actores y actividades que potencialmente podrían desempeñar un papel importante e interesante en el proceso político, tales como los actores extra-parlamentarios. Más aún, esta tradición suele ignorar otras formas de comunicación mediada en las que la política puede ser relevante e importante —por ejemplo, filmes, *talk shows*—, asumiendo una frontera clara entre lo político y lo no político. Generalmente, desde la perspectiva de esta tradición de investigación, la comunicación política —y la política misma— tiende a ser descontextualizada de otros campos de lo vivido, de la vida cotidiana.¹³ (Dahlgren y Gurevitch, 2005: 386)

¹³ “Most studies within political communication tend to work from the assumption that the ‘political’ is being played out in the interaction between these three sets of actors in the political communication

Una segunda característica es la tendencia a centrarse en las opiniones de los ciudadanos y su conocimiento sobre política, pero al poner “demasiado énfasis en el aspecto informativo de la ciudadanía, mientras se ignoran otros, como los aspectos subjetivos de la ciudadanía”¹⁴ (Dahlgren y Gurevitch, 2005: 386). Los autores consideran que estos aspectos de la ciudadanía podrían ser de gran interés bajo la perspectiva de la teoría cultural contemporánea, aunque esta visión rechaza concentrarse en el ciudadano y la política en el sentido tradicional; a pesar de lo cual su énfasis está en el compromiso político de los ciudadanos mediante el análisis de los factores que pueden promover o impedir la participación política. Por lo que su respuesta está en las culturas cívicas que parten de la integración de la teoría cultural y la comunicación política.

Finalmente, para Dahlgren y Gurevitch se deben contemplar tres aspectos para el estudio de la comunicación política en una realidad en constante transición:

- 1) En un mundo en el que cambian los contornos básicos de la sociedad, la política, el poder, la cultura, el entorno mediático y el periodismo, hay que explorar nuevos caminos analíticos para comprender mejor la comunicación política contemporánea.
- 2) Además de estudiar el papel de la tecnología, entender que su rol es formativo, mas nunca determinista.
- 3) Ponderar el papel actual del estado-nación en un marco en el que hay esferas de actividad política y comunicación política que aparentemente lo eluden, como las ONG's y las corporaciones transnacionales.

Como resultado de estas bases proporcionadas por el campo de la comunicación política, Dahlgren y Gurevitch proponen integrar la teoría cultural y la comunicación política para conformar las culturas cívicas que, como se mencionó,

process. (...) By focusing on the interaction between the formal actors in politics it tends to deflect attention from other actors and activities that could potentially play an important and interesting role in the political process, such as extra-parliamentarian actors. Moreover, this tradition tends to ignore other forms of mediated communication in which politics can be relevant and important –e.g. films, talk shows- assuming a firm boundary between the political and the non-political. Generally, from the perspective of this research tradition, political communication –and politics itself- tends to be decontextualized from other domains of lived, everyday life.”

¹⁴ “too much emphasis on the informational aspect of citizenship, while ignoring other, subjective aspects of citizenship.”

consideran que es la forma de promover la participación política, base de la democracia occidental contemporánea.

Ralph Negrine y James Stanyer (2007: 1) parten, en su texto "*Political communication transformed?*", de un supuesto similar al de Dahlgren y Gurevitch, en cuanto a que la comunicación política en las democracias avanzadas e industriales se encuentra en estado de cambio. Consideran además que el modelo tradicional de la comunicación política que tenía como base los canales de comunicación electrónica limitados y regulares, una prensa estable y audiencias masivas con lealtades partidistas identificables está dando paso a una nueva estructura más plural y descentralizada, caracterizada por la fragmentación y la incertidumbre.

Por lo que su propuesta es que los estudiosos de la comunicación política se familiaricen no sólo con los últimos avances en el campo, sino también con los asuntos tradicionales. Llamado conveniente cuando frecuentemente se deja de lado el análisis de los procesos tradicionales para irse con las tendencias de moda sin considerar las razones, implicaciones y formas del cambio.

Para Negrine y Stanyer la investigación de la comunicación política se ha enfocado en la producción y diseminación de mensajes políticos en los medios de comunicación y su impacto en las audiencias ciudadanas. Por lo que consideran, de manera coincidente con varios estudiosos de la comunicación política de diversas tendencias y con alguna variante conceptual, que ésta supone tres grupos de actores: instituciones mediáticas, instituciones políticas y públicos ciudadanos, inmersos en un territorio político limitado, usualmente una democracia liberal.

De ahí que, tradicionalmente, el campo de estudio de la comunicación política, estrechamente definido, haya sido relacionado con la producción de mensajes políticos y su impacto, en especial durante las campañas electorales. Este enfoque permanece en el inicio del siglo XXI debido a que todavía hay investigadores ocupados en estudiar los procesos de comunicación relacionados con cuestiones políticas; así como en la distribución y mantenimiento del poder en las sociedades democráticas. Negrine y Stanyer plantean que el cambio socioeconómico y

tecnológico ha generado nuevas áreas para explorar y nuevos retos para el campo en su conjunto.

Un ejemplo temático de ello, y central tanto para la ciencia política en general como para la comunicación política en particular, es la forma en que se ve afectado el poder ante estos cambios. La respuesta es

la creciente visibilidad de las élites y el flujo pluralizado de información en las democracias multicanales significan que la posición de las élites políticas nunca ha sido más vulnerable. Las nuevas tecnologías han abierto, de una vez por todas, oportunidades para que las voces marginadas entren a la esfera pública y refuten las definiciones de los poderosos.¹⁵ (Negrine y Stanyer, 2007: 2)

Ante cuestionamientos de este tipo surgen las nuevas tendencias de investigación en el campo de estudio, o como dirían estos autores, los nuevos límites o fronteras.

Con todo, insisten que uno no se debe quedar con la perspectiva tradicional ni abandonarla por las nuevas problemáticas e intereses. El campo de estudio permanece y se actualiza; es decir, se amplía y transforma.

Para Dominique Wolton, la definición y el campo de estudio de la comunicación política están íntimamente ligados, de tal manera que la ampliación de la primera se refleja en el segundo. De ahí que

En un principio, la comunicación política designó el estudio de la comunicación del gobierno para con el electorado (lo que hoy se llama “comunicación gubernamental”); más tarde, al intercambio de discursos políticos entre políticos en el poder y los de la oposición, en especial durante las campañas electorales. Después el campo se extendió al estudio del papel de los medios de comunicación masiva en la formación de la opinión pública, y a la influencia de los sondeos en la vida política, mayormente para estudiar las diferencias entre las preocupaciones de la opinión pública y la conducta

¹⁵ *“the increasing visibility of elites and the pluralised flow of information in the multichannel democracies means the position of political elites has never been more vulnerable. New technologies have opened up opportunities for once marginalised voices to enter the public sphere and contest the definitions of the powerful”.*

de los políticos. Hoy la comunicación política abarca el estudio de la comunicación en la vida política, en el sentido lato, e integra tanto los medios como los sondeos, la investigación de política de mercados y la publicidad, con especial interés por los períodos electorales. Esta vasta definición hace hincapié en el proceso de intercambio de discursos políticos, entre una cantidad cada vez mayor de actores políticos, con la idea implícita de que de modo progresivo lo fundamental de la política moderna se organiza en torno de la comunicación política, a través del papel de los medios y los sondeos (Wolton, 1992: 29).

Wolton recupera y revisa, prácticamente, la temática de Nimmo y Sanders y destaca dos aspectos que formarán parte de su preocupación particular: la democracia y los sondeos, presentes en su visión de que en la comunicación política participan los actores que tienen la legitimidad para expresarse públicamente sobre política: los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos. Aunque en los últimos años su punto de interés se ha dirigido, como muchos otros estudiosos, hacia otorgarle una creciente importancia al papel que puede jugar internet en la llamada “nueva política”.

Bajo otra perspectiva, Jay G. Blumler y Michael Gurevitch (2005: 104) señalan que los diversos campos de estudio requieren de diferentes grados de repensamiento y revisión, según la “dureza” y “suavidad” de cada campo. Esta “dureza” o “suavidad” depende de la forma en que el paradigma básico y la estructura conceptual de un campo que se ve afectado por los cambios externos; así las “más suaves” son las que tienen la mayor necesidad de reconsiderar y reconstruir.

De esta manera, las ciencias físicas (o de la naturaleza) son “más duras” en tanto que sufren una menor afectación de los cambios. Sus modificaciones se deben más al debilitamiento acumulado del poder explicativo de un paradigma determinado que a los cambios de su objeto de estudio. Por el contrario, en las ciencias sociales, los cambios sociales, políticos y culturales impactan en mayor medida los marcos desarrollados por sus estudiosos, ya que se enfrentan a patrones nuevos y diferentes, por lo que son “más suaves”.

Éste es el caso del campo de la comunicación política, ya que los cambios en las tecnologías de la comunicación, en la estructura social y cultural, así como en el sistema político, provocan que los estudiosos y profesionales necesiten adaptarse continuamente a ellos, con la consiguiente reconsideración de su materia de estudio, por lo cual se le considera como un campo “suave”. Por lo que hay que ver cómo afectan estos cambios a la comunicación política.

Blumler y Kavanagh (ctd. en Blumler y Gurevitch, 2005: 104-105) consideran que la organización de la comunicación política ha pasado, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, por tres fases sucesivas y sobrepuestas en muchas democracias occidentales: La primera, que va de finales de los años 40 a los 50, caracterizada por mucha comunicación política que reflejaba con fuerza relativa posiciones partidistas y creencias asociadas, además por instituciones estables y el goce de fácil acceso a los medios masivos. La segunda es la era de la televisión con canales limitados en cadena nacional, la expansión de la audiencia política masiva y la elevación de los medios informativos a una situación institucional de mayor poder frente a los partidos y el gobierno. La tercera, actual y emergente es de abundancia en la comunicación por la proliferación de significados comunicativos dentro y más allá de los medios masivos. Estos cambios han provocado, en consecuencia, la modificación de las problemáticas a estudiar en el campo de la comunicación política y la ampliación de sus límites.

Swanson considera esta época como “compleja, volátil y... caótica” debido a cuatro impulsos que parecen ser los responsables de esa inestabilidad: 1) Los problemas de comunicación de los partidos políticos han sido agravados por profundos cambios sociales que han provocado la disminución de las reservas de apoyo con las que contaron en el pasado. 2) Los avances en la tecnología han generado un sistema de medios más elaborado, fragmentado, competitivo y comercialmente adaptado. Lo cual se refleja en más canales, variedad de formatos periodísticos y servicios, lo que incrementa la incertidumbre de quienes desean poner sus mensajes políticos en circulación. A lo que hay que agregar que los ciudadanos están en mejores condiciones de relacionarse con la política y la

comunicación, lo que los hace más difíciles de predecir y conocer a fondo. 3) Están siendo introducidas nuevas y embrionarias formas de comunicación dentro del sistema a través del internet y otras fuentes interactivas de información y opinión. 4) La geografía de la comunicación también está en movimiento. Las fronteras nacionales ya no definen tanto los sistemas de comunicación como la internacionalización de la organización y los flujos de comunicación masiva (ctd. en Blumler y Gurevitch, 2005: 105-106).

Blumler y Gurevitch (2005: 106) establecen que se necesita seleccionar algunos puntos clave para asegurar por dónde observar y analizar esta turbulenta escena a la que hay que darle sentido. Por lo que se preguntan cuáles podrían ser esos puntos. Su respuesta es que la aplicación del modelo de interacción e impacto de los diferentes componentes del sistema de comunicación política (instituciones y profesionales de los medios; instituciones políticas, partidos y abogados políticos; miembros de la audiencia; y el entorno socio-político) en las actuales condiciones podría estarse clarificando. Para lo cual se debe tomar en cuenta cómo está siendo afectado cada uno de los elementos del modelo por los diversos cambios mencionados anteriormente.

Para Juan Ignacio Rospir, el término comunicación política en las ciencias sociales se refiere a un área interdisciplinar en la que se encuentran la ciencia política, la sociología y la *Communication Research*. Además es una denominación que produce numerosas confusiones y controversias por su frecuente utilización y que no pasa del acuerdo unánime de reconocer que existe una cierta actividad política en la comunicación y una cierta actividad comunicativa en la política. Considera que es necesario delimitar a la comunicación política como campo de estudio e investigación y explicar sus contenidos y objetivos. Por eso dice que la comunicación política

tiene por objeto de estudio el papel de los medios de comunicación en el proceso político. Está centrada en narrar, estudiar y analizar cómo la política es comunicada y presentada por los políticos y los medios de comunicación a los ciudadanos. Está centrada en conocer las transformaciones que para el funcionamiento de la democracia traen las nuevas ejecuciones de los medios

de comunicación —en especial la televisión— a través del ciclo continuo de su trabajo diario. La comunicación política incide, por tanto, en el lugar central y los nuevos papeles políticos que los medios de comunicación desempeñan en las democracias consolidadas y en los países en transición a la misma (Rospir, 2003: 21).

Rospir concuerda con la diversidad de estudiosos que, amén de matices y diferencias de por medio, aceptan el “triángulo básico” políticos-medios-ciudadanos y sus múltiples interrelaciones, y que, a partir de él emerge la comunicación política como estudio interdisciplinar.

Por otra parte, justifica la autonomía del campo particular de la comunicación política sobre la comunicación en general al establecer que

Anclar o entender la comunicación política únicamente en el ámbito teórico o académico de la Comunicación de Masas significaría renunciar a la vocación de especialización y área interdisciplinar con la que nació y obtuvo el reconocimiento posterior. Significaría convertirla en una cohabitación o subcampo más de los habituales en los estudios de comunicación. Por este motivo, sin renunciar a la naturaleza comunicativa que la distingue e identifica, la comunicación política no puede quedarse sin la colaboración, entendimiento y búsqueda conjunta de preguntas y respuestas que el corpus de conocimientos e investigaciones de la Ciencia Política y Sociología le aportan. La búsqueda de nuevas perspectivas y explicaciones condujo a la necesidad de colaboración interdisciplinar. Partir de un nuevo hegemonismo comunicativo capaz de alcanzar y desplazar campos propios de otras disciplinas es, cuando menos, pretencioso. (Rospir, 2003: 23)

Ésta es otra afirmación para la polémica que debe ser analizada con cuidado. Vayamos por partes:

1. Rospir menciona que anclar a la comunicación política en el ámbito teórico de la comunicación de masas significa renunciar a la vocación de especialización y área interdisciplinar con la que nació. Con lo que confunde las cosas más elementales respecto al estudio de la comunicación al reducirla a la comunicación de masas. Por eso es preferible hacer referencia a las ciencias

de la comunicación en las que el estudio de la comunicación de masas es tan sólo una parte.

2. Por lo que, como ya se vio, el área interdisciplinar no es exclusiva de la comunicación política, sino una característica del estudio de la comunicación en general. Aún más, desde sus inicios nadie se ha atrevido a pedirle a la comunicación política que renuncie a la colaboración entre las diversas disciplinas interesadas. Aunque alguien lo planteara, nadie le haría caso por otro razón que se le escapa a Rospir: en buena medida el estudio de la comunicación política se hace desde cada disciplina para cada disciplina y a nadie le conflictúa eso, como también lo hace de manera interdisciplinaria.
3. El autor señala que la búsqueda de nuevas perspectivas y explicaciones condujo a la necesidad de la colaboración interdisciplinar. Esto es cierto. Sin embargo, cuando se plantea el problema desde la conformación del campo de estudio, se debe reconocer que también surge y se construye a partir de las investigaciones que se realizan desde la perspectiva particular de cada disciplina y que abordan aquellos aspectos que les interesan para comprender y profundizar en el conocimiento de su propio objeto de estudio. La pluralidad disciplinaria es un avance en este sentido, por eso surgen preguntas y respuestas que, como se sabe, requieren de la participación de otras disciplinas.
4. Por eso llama la atención otra afirmación de que el nuevo “hegemonismo” comunicativo es capaz de alcanzar y desplazar campos propios de otras disciplinas. El error de Rospir consiste en decir que se desplazan los “campos” de las disciplinas. Las disciplinas no tienen campos, tienen sus propios *objetos de estudio*. El campo es el producto de la coincidencia entre las diferentes disciplinas que abordan un tema que se convierte en común a todas ellas, aunque cada una lo aborde desde su particular perspectiva e interés. Se pueden seguir diversas estrategias para estudiar de manera más amplia y profunda un campo, como lo son la interdisciplinariedad, pluridisciplinariedad, multidisciplinariedad y bi-disciplinariedad, todas ellas manifestaciones de la pluralidad disciplinar.

Rospir señala la obligación de buscar una frontera identificable que comprenda los contenidos y objetivos perseguidos en el interior de la comunicación política. En un intento de abonar en la delimitación de estas fronteras, establece que se deben superar los “contextos políticos” y las “referencias políticas” como justificación para considerar ese estudio como comunicación política. Aunque inmediatamente después cae en lo polémico cuando menciona que

La necesidad de fronteras reconocidas en este campo es una discusión abierta de buena vecindad con materias tales como el marketing político, la propaganda, la sociología política, la opinión pública en su vertiente más empírica, las encuestas, o los estudios de persuasión y efectos de los medios, entre otras (Rospir, 2003: 24).

Prácticamente, y de un plumazo, Rospir saca del ámbito de estudio de la comunicación política varios de los temas fundamentales y hasta considerados fundadores de este campo como los efectos, los estudios de persuasión y la opinión pública. No extraña la exclusión de la propaganda por el simple hecho de que, como ya había mencionado antes, para él no es propia de la democracia.

Independientemente de eso, con él se resuelve de manera automática la disputa entre los propagandistas y los mercadólogos por ser los representantes de la comunicación política, ya que ambos quedan automáticamente fuera. El único caso en el que tiene la razón es la sociología política, que es una rama especializada, porque tiene otros ámbitos de interés y, en todo caso, como las otras disciplinas, contempla a la comunicación política en cuanto le sirve para avanzar en el estudio de su propio objeto.

Ante esta tendencia de finales del siglo pasado, Rospir señala que los retos para el futuro consisten, en primer lugar, en la identificación de fronteras reconocibles y definitorias para el campo de la comunicación política; ya que

El exceso de originalidad y de apertura permanente de nuevas líneas de investigación puede provocar la falta de identidad indispensable para que dichos estudios se reconozcan como pertenecientes al área de comunicación política. El exceso de hospitalidad y acogida hacia todos aquellos estudios

autodenominados de comunicación política puede vaciar o falsear –en un proceso apenas perceptible- el verdadero contenido del campo (Rospir, 2003: 54).

La desconfianza a la pluralidad temática, plantea, como segundo reto, estudiar las implicaciones de la nueva trayectoria emprendida por los medios, por lo que destaca la pregunta principal de la comunicación política: “¿qué aporta el actual modelo de comunicación política al proceso de decisión política de nuestras democracias?”. (Rospir, 2003: 53)

A diferencia de los anteriores autores, el español Cándido Monzón (1996: 220) le otorga un papel destacado a la opinión pública dentro de la comunicación política. Considera, al igual que Wolton, que la opinión pública se encuentra entre los temas principales de la comunicación política y que aquellos que tienen nombres diferentes, como “campañas y elecciones”, “medios de comunicación y política” o “actitudes políticas, elecciones y comunicación”, mantienen referencias constantes a la opinión pública; sin embargo, termina otorgándole una importancia tal que llega a señalar que la opinión pública y sus temas relacionados han impulsado el desarrollo de la comunicación política. Con todo, reconoce que la comunicación política le ha recuperado a la opinión pública su componente político y la ha situado, además, en el marco interdisciplinario relacionado con la sociología, las ciencias políticas, la psicología social y las ciencias de la comunicación.

Por su parte, Jacques Gerstlé (2005: 19) considera que la comunicación política es un objeto de estudio de difícil aprehensión porque se apoya en los conceptos de la comunicación y de la política, que de por sí están sobrecargados de sentido y cuyas relaciones son naturalmente problemáticas y sus manifestaciones multidimensionales; además de que es un ámbito de contornos muy inciertos, según se lo considere como un conjunto de teorías, de técnicas o de prácticas; pero también es entendida como procedimiento.

He aquí un punto central de la dificultad para realizar un análisis de lo que se ha trabajado hasta la fecha sobre comunicación política: no se está solamente ante problemas derivados de ser un campo de estudio, ni de rivalidades o perspectivas

teóricas diferentes, ni de su gran diversidad temática; se está ante un ámbito que rebasa lo meramente científico al incluir también el estudio y desarrollo de técnicas para la práctica de la comunicación política. Todo ello multiplica la producción de materiales de investigación orientados a fines variados, no necesariamente con un interés científico o que llegan a tener una intencionalidad dual. Por eso el listado temático abarca aspectos más vinculados a la aplicación práctica y técnica que a la científica.

Respecto a la investigación del fenómeno de la comunicación política, Gerstlé, politólogo francés, la considera un saber interdisciplinario con una diversidad de enfoques por la transversalidad de los problemas planteados. Señala que

La sociología, la lingüística, la semiótica, la antropología, el derecho, la historia, la psicología, la filosofía constituyen tantos sitios de análisis de la comunicación política que la ciencia política debe esforzarse por integrarla a sus propias preguntas frente a los otros paradigmas. (Gerstlé, 2010: 19)

Afirmación que resulta cuestionable en cuanto al planteamiento que invierte los términos al establecer que es la comunicación política la que convierte las áreas de conocimiento en su “sitio de análisis” y no que son ellas las que, al constituir a la comunicación política como campo de estudio, se adentran en ella para obtener respuestas a los cuestionamientos en la materia y que están vinculados a su propio interés y objeto de estudio. Lo que en cierta forma es comprensible porque, como politólogo, parte de su disciplina para estudiar a la comunicación política y se encuentra con la presencia de las otras disciplinas y sus paradigmas. Con todo reconoce el carácter interdisciplinario de la comunicación política.

Gianpietro Mazzoleni (2010: 15) considera el campo de la comunicación política es “interdisciplinario por definición”, y que las disciplinas científicas que lo conforman han contribuido a elaborar una ciencia que se distingue por su especificidad y sus límites respecto a las disciplinas originarias. Esto no ha impedido que cada una de ellas se centre en los aspectos del fenómeno más coherentes con su preparación científica y acordes con su marco teórico.

Para Mazzoleni, la comunicación política es un sector de límites poco definidos ya que, a pesar de su aparente sencillez, oculta una realidad difícil de definir debido a que “limita con muchos territorios en los que conviven la politología, la sociología, la antropología, las ciencias de la comunicación y de la opinión pública, la psicología, la retórica y la publicidad”. Lo que constituye a la comunicación en un tema “poliédrico”, que

Encierra en sí o recoge bajo su sombra otros fenómenos o determinados aspectos de éstos. Así, por ejemplo, el periodismo político, la propaganda electoral, los debates entre candidatos, los símbolos y rituales entran por derecho propio en el dominio de la comunicación política, aunque cada cual posea sus propias características. (Mazzoleni, 2010: 17)

Mazzoleni incluye temas como el de los símbolos y particularmente el de los rituales que, como tales, no son contemplados por otros autores. Esto amplía todavía más los límites de la comunicación política, con lo cual, de facto, entran otras disciplinas como la antropología. Destaca así el carácter interdisciplinario de la comunicación política, no sólo en el sentido de disciplina científica, sino también en el ámbito de la actuación política y de la práctica profesional.

La naturaleza poliédrica de la comunicación política no significa que tenga un carácter subalterno respecto a las disciplinas ya que, por el contrario, se convierte en un terreno privilegiado para la comprensión de la realidad política más amplia. Finalmente, considera que la comunicación política “ha conquistado una identidad científica propia, que en los últimos decenios se ha definido mejor gracias al crecimiento exponencial de las contribuciones internacionales, tanto de carácter analítico como empírico” (Mazzolleni, 2010: 18).

Como resultado de los planteamientos de los autores contemplados en este apartado sobre el campo de estudio de la comunicación política, puede resumirse que:

1. **Origen de la comunicación política.** El surgimiento del campo de estudio de la comunicación política se da en los Estados Unidos en los años 50 del siglo pasado a partir de los esfuerzos de la corriente del “*Political behavior*” en la

ciencia política, aunque sus antecedentes se encuentran en ese mismo país unas décadas antes. El criterio para establecer este inicio del campo es el de la utilización explícita del término comunicación política, sus esfuerzos para definirla (como mencionan Nimmo y Sanders), establecer límites, temática y elementos de un modelo para la misma; esto sin dejar de reconocer los esfuerzos anteriores ni mucho menos la práctica misma. Wolton, Mazzoleni, Calesi coinciden en esto y Rospir da las razones de por qué en Estados Unidos y en esa década.

2. **Pluralismo del campo.** Como todo campo de estudio, el de la comunicación política se ha caracterizado por la pluralidad disciplinaria existente en su interior. Las razones de ello son varias y diferentes para cada investigador y cada disciplina. Para Sidney Verba son, por ejemplo, los aportes y posibilidades que le otorgaban las teorías, métodos y conceptos que le proporcionaban otras disciplinas; para Patrick Charaudeau el reconocimiento de que no hay objetos, ni mucho menos campos exclusivos, y que estos campos son espacios de interés común en los que las diversas disciplinas pueden converger, complementarse y hasta colaborar.

En este contexto, los estudiosos que tocan este punto coinciden en el carácter plural del campo. Fagen identifica la diversidad disciplinaria manifiesta en la bibliografía que estudia la relación comunicación-política. Nimmo y Sanders concuerdan y mencionan que, ante la diversidad temática, los investigadores son cada vez más sensibles a las fortalezas y limitaciones metodológicas y técnicas.

Por su parte, Cándido Monzón, a partir de su preocupación central por la opinión pública, reconoce el papel de la comunicación política en su recuperación del componente político, además de darle un marco interdisciplinario. Juan Ignacio Rospir también está de acuerdo con el carácter de pluralismo disciplinario del campo por la necesidad los aportes de la ciencia política y la sociología; aunque su visión es limitada y equívoca sobre el

campo porque lo considera más como un área separada de las disciplinas científicas que un producto del interés común entre ellas.

3. **Fronteras del campo.** Esta preocupación de Rospir por delimitar las fronteras de qué está dentro y qué fuera del campo, producto de la pluralidad disciplinaria, es compartida por los estudiosos de la comunicación política. Sólo que en este punto no hay coincidencias, ya que unos establecen límites más amplios e incluyentes y otros los establecen de manera mucho más estrecha. Fagen menciona claramente la dificultad de establecer las fronteras del enfoque comunicacional en el estudio de la comunicación política. De ahí que diga que es a la vez una bendición y una maldición pensar tantos aspectos de la vida política en función de la comunicación; ya que el peligro es la dispersión.

Nimmo y Sanders consideran que, para la década de 1980, los límites de la comunicación política se habían extendido considerablemente de su punto de partida inicial 30 años antes cuando se habían establecido las fronteras en el proceso intermedio entre las instituciones formales de gobierno y el comportamiento del voto de los ciudadanos. Esta extensión lleva a que no exista consenso entre los estudiosos sobre los límites y contenidos temáticos de la comunicación política. La conclusión es que ante la constante evolución del campo, se debe evitar la tentación de intentar una afirmación definitiva sobre lo que es.

Para Ralph Negrine y James Stanyer el campo de estudio permanece, amplía y transforma, lo cual se refleja en su creciente temática. Por el contrario, a Rospir le preocupa profundamente esta diversidad y establece la obligación de buscar una frontera identificable que comprenda los contenidos y objetivos perseguidos en el interior de la comunicación política. En un inicio, por definir claramente las fronteras del campo de la comunicación política, deja fuera muchos ámbitos que son reconocidos por la mayoría de los autores. Para este autor, el campo se debe reducir prácticamente a los nuevos papeles políticos

que los medios de comunicación desempeñan en las democracias consolidadas, esto a partir del “triángulo básico” políticos-medios-ciudadanos.

Jack McLeod, Gerald Kosicki y Douglas McLeod coinciden en que intentar definir los límites de la comunicación política es una tarea cada vez más ardua porque es cada vez más extenso el horizonte de investigación y de las contribuciones llevadas a cabo por las diversas disciplinas y tradiciones de investigación. Esto se nota en que

en el pasado, el estudio de la comunicación política se limitaba a establecer una relación entre el uso del medio impreso y la selección de voto, pero se ha ido extendiendo a otros aspectos políticos de comunicación a medida que los investigadores han incorporado facetas adicionales al proceso comunicativo (McLeod, Kosicki, Mc Leod, 1996: 172).

A lo que se puede añadir que, además de que se han incluido otros y nuevos medios de comunicación (como la televisión y las TIC en la actualidad), así como fenómenos culturales que no habían sido considerados hasta ese momento (como los mitos y los rituales).

4. **Sistemas políticos y comunicación política.** Por ser este un tema que tiene su tratamiento particular en el capítulo cinco, tan sólo se menciona que aquí hay posiciones diversas y extremas, que van desde la de Fagen y Jean Marie Cotteret, quienes consideran que la comunicación política está presente en cualquier sistema político, hasta la de Rospir, para quien la comunicación política se da solamente en las democracias occidentales.
5. **Tendencias de investigación.** Para Dahlgren y Gurevitch la investigación de la comunicación política, a partir del proceso de desestabilización en el que se encuentra, debe partir de las culturas cívicas. Tiene que explorar nuevos caminos analíticos, estudiar el papel de la tecnología en su aspecto formativo

y ponderar el papel actual del estado-nación en un marco de globalización. Negrine y Stanyer plantean que se debe dar una confluencia de la investigación tradicional con las nuevas preocupaciones, ya que ambas son válidas y complementarias. El considerando es que el cambio socioeconómico y tecnológico ha generado nuevas áreas para explorar y nuevos retos, los cuales merecen y deben ser abordados, al igual que los anteriores.

Blumler y Gurevitch establecen que la tarea consiste en tomar los elementos del modelo (instituciones y profesionales de los medios; instituciones políticas, partidos y defensores políticos; miembros de la audiencia; y el entorno socio-político) y determinar cómo cada elemento es afectado por los cambios sociales, tecnológicos, nuevas formas de comunicación y la globalización.

Finalmente, para Rospir la tendencia debe partir por la identificación de fronteras reconocibles y definitorias de la comunicación política; así como por el estudio de las implicaciones de la nueva trayectoria emprendida por los medios.

1.3. La temática de la comunicación política

Una forma de comprender la dificultad de la aprehensión de la comunicación política; así como de la definición y límites de su campo de estudio, se encuentra en la revisión de la temática que ha sido considerada por diversos investigadores e instituciones académicas como parte de dicho campo.

Richard R. Fagen considera que la gran producción bibliográfica que existía hasta los años 60 sobre los temas que interesaban en esa época sobre la comunicación política, habla de la cantidad de investigación que se hacía y, probablemente, como sucede en muchos casos en la actualidad, sin siquiera saber

de manera explícita qué se estaba abonando en el terreno de un campo llamado comunicación política¹⁶.

De lo señalado por Fagen (1969: 17) sobresale, especialmente, la referencia a la dificultad de establecer las fronteras del “enfoque comunicacional en el estudio de la política”. Tal vez por eso dice que “la posibilidad de pensar, en función de la comunicación, acerca de tantos aspectos de la vida política, es a la vez una bendición y una maldición”. De ahí que considere que la posibilidad atractiva y útil de desarrollar modelos de comunicación dentro de un marco común de referencia, con el suficiente alcance y poder para manejar la diversidad de temas empíricos y normativos que preocupan a los estudiosos de la política, traería consigo el peligro de la dispersión.

Nimmo y Sanders (1981: 13), por su parte, establecen que siguen vigentes como temas de investigación los considerados por Eulau, Eldersveld y Janowitz (podemos afirmar que esto sigue siendo válido hasta nuestros días): los efectos de la televisión en la elección presidencial de 1952, la evaluación de la efectividad de la propaganda y el análisis de contenido del lenguaje político. Esa temática se ha diversificado, de tal manera que

La comunicación política tiene ahora una amplia variedad de facetas, ya no sólo es vista como un simple proceso de intervención entre las instituciones gubernamentales formales y el comportamiento del voto ciudadano. Entre las áreas sustantivas del campo se encuentran los estudios del lenguaje político, retórica política, publicidad política y propaganda, debates políticos, socialización política, campañas electorales, opinión pública, políticas públicas, movimientos políticos, relaciones entre el gobierno y los medios de comunicación, imaginario político, simbolismo político y un creciente número de otras investigaciones especializadas (...) los investigadores de la comunicación política son cada vez más sensibles a las fortalezas y

¹⁶ Otros autores, como Nimmo y Sanders (que se verán un poco más adelante), también hacen referencia a la dificultad de recopilar y clasificar la gran cantidad de material bibliográfico sobre la materia. En una búsqueda inicial de bibliografía para esta investigación doctoral sobre los diversos temas de comunicación política en inglés, se encontraron más de mil títulos, lo cual pone de manifiesto la gran cantidad de producción existente en este campo de estudio.

limitaciones de una variedad de aproximaciones metodológicas y técnicas. Las inquietudes teóricas giran en torno a estas aproximaciones como el proceso, usos y gratificaciones, difusión de la información, agenda-setting, teoría crítica, perspectivas constructivistas y estructura social. Y los investigadores utilizan una gran cantidad de técnicas para sus esfuerzos: históricas, críticas, análisis de contenido, experimentales, cuasi experimentales, encuestas y diseños de muestras pequeñas.¹⁷ (Nimmo y Sanders, 1981: 14)

En este listado no solamente se destaca la riqueza y pluralidad disciplinaria del campo, de temas, de teorías, métodos y técnicas, sino que también se deriva otro aspecto sumamente relevante: el de la producción de escritos. De ahí que realicen una afirmación muy fácil de comprobar en nuestros días y hasta multiplicada: la investigación disponible, publicada y no publicada, ahora rebasa prácticamente cualquier posibilidad de catalogación.

Ralph Negrine y James Stanyer (2007: 3-9) presentan una propuesta de selección temática que abarca la perspectiva temática tradicional y las nuevas problemáticas e intereses de investigación, que consiste, en grandes rasgos, en:

1. *Medios de comunicación y democracia*. Busca entender el lugar de las organizaciones mediáticas y los roles que juegan, o deberían jugar, en las democracias maduras.
2. *Elecciones y campañas*. Contempla los “significados” y “propósitos” de las elecciones y su cobertura; así como la manera en que son cubiertas las elecciones en la práctica y qué tipo de influencia han hecho de tal cobertura lo que es.

¹⁷ “No longer regarded as simply an intervening process between formal governmental institutions and citizen voting behavior, political communication now has a wide variety of facets. Numbered among the substantive areas of the field are studies of political languages, political rethoric, political advertising and propaganda, political debates, political socialization, election campaigns, public opinion, public policy, political movements, government-news media relations, political imagery, political symbolism, and a growing number of other research specializations. (...) political communication researchers are increasingly sensitive to the strenghts and limitations of a variety of methodological approaches and techniques. Theoretical concerns revolve around such approaches as process, uses and gratifications, information difusion, agenda setting, critical theory, constructivist views, and social structure. And researchers apply a plethora of techniques to their tasks –historical, critical, content-analytic, experimental, quasi-experimental, survey, and small-sample designs.”

3. *Evolución de las campañas de comunicación.* Cómo han cambiado las campañas, el proceso de hacerlas y las razones del cambio.
4. *Globalización.* Aunque no la globalización como tal, sino la forma en que los procesos políticos nacionales se han visto rebasados. Esto implica el reto de enfrentar los avances y las consecuencias emergentes de la modernización y la globalización de los procesos políticos.
5. *Relaciones mediáticas y poder.* Trata de los tipos de relaciones concretas entre los medios de comunicación y la gama de actores.
6. *Efectos de los medios de comunicación.* Es uno de los temas más socorridos y de los fundadores tanto del campo de la comunicación política como de las ciencias de la comunicación en general. Por eso, Negrine y Stanyer (2007: 7) aseveran, con justa e indiscutible razón, que “la investigación de los efectos es quizá el área mejor establecida de la investigación en comunicación política, la cual ha producido hallazgos diversos y frecuentemente contradictorios”. Huelga mencionar que es una de las vertientes que abarca una variedad considerable de posiciones sobre los efectos.
7. *Los medios de comunicación y los compromisos políticos.* Es la manera en que los individuos se comprometen (o no) con el proceso político y los procesos de comunicación política; y si los medios aumentan o inhiben el compromiso político y cómo lo hacen.
8. *Personalización.* Analiza el papel de la televisión en el cambio de la naturaleza del discurso político y en la clase política en general, además de que resalta la forma en que los aspectos de la personalidad o celebridad se han convertido en parte del escenario político. Aquí entran temas como el escándalo político.
9. *Nuevos medios.* En donde entra la discusión sobre el internet y la forma en que ha cambiado tanto el comportamiento político como la producción de contenido político.

Conforme a estos puntos, Negrine y Stanyer, con una visión mediática, consideran ofrecer una visión general del campo de la comunicación política. Saben que hay aspectos no contemplados, pero parten del hecho de que están implícitos en los temas generales enunciados.

Impulsado por la opinión pública, que representa su tema de interés central, el español Cándido Monzón (1996: 220-224) recupera los temas de la comunicación política propuestos por Nimmo y Sanders, no sin antes insistir en que muchos de ellos están vinculados con la opinión pública: el análisis retórico, el análisis de la propaganda, los estudios sobre cambio de actitudes, los estudios electorales, el análisis de las relaciones entre el gobierno y los medios de comunicación, el origen del análisis funcional y sistémico y, por último, la contribución de los cambios tecnológicos al desarrollo de la comunicación política. A esta lista agrega la propuesta por Nimmo y Swanson: fundamentos de la comunicación política, análisis de los mensajes políticos y perspectiva institucional, sistémica y cultural.

La también española María José Canel (2001, 24-26) considera que los estudios realizados bajo el ámbito de la comunicación política hasta el momento se pueden clasificar en:

1. Estudios que se centran en el *análisis del mensaje* de la comunicación política: Análisis de los contenidos de los mensajes, los temas, las metáforas, el lenguaje político, los discursos y la simbología política;
2. Estudios que se centran en los *procesos políticos* que acompañan la comunicación política, como el Régimen político, la Presidencia o el Parlamento; es decir, la gestión de comunicación de las instituciones políticas, aunque el más estudiado ha sido el de las elecciones. Sus estudios específicos son: mensajes electorales para la creación de imágenes de partidos políticos y candidatos, gestión y organización de campañas, comunicación de las ofertas electorales, recepción de los mensajes electorales por parte de los votantes, influencia de la comunicación electoral en el voto, etcétera;
3. Estudios que se centran en las *acciones de comunicación*: Debates políticos, publicidad política, mensajes informativos de los eventos político-comunicativos como las ruedas de prensa y los mensajes de ficción como el humor político o los *talk shows*;

4. Estudios que se centran en la *mediación del mensaje* realizada por los medios de comunicación: La relación entre políticos y periodistas, la sociología de las redacciones de los medios de comunicación, el fenómeno de la personalización de la política en los medios de comunicación, la cobertura que los medios de comunicación dan a las instituciones políticas; y
5. Los estudios que se centran en los *efectos* del mensaje de la comunicación política: búsqueda y procesamiento de la información política por parte del ciudadano; la influencia de los medios en los ciudadanos en cuanto a los procesos de formación de la opinión pública (influencias en el conocimiento, juicio y comportamientos de los ciudadanos); la influencia en la comunicación interpersonal en los juicios y comportamientos políticos de los ciudadanos; la contribución de los medios de comunicación a la socialización política; y los cambios de actitudes; información y actitudes políticas, información política y creencias políticas, información política y participación ciudadana, motivaciones del público para el uso de los medios de comunicación.

Rospir menciona que entre los temas fundamentales de la comunicación política se encuentran los nuevos usos de la comunicación en el conocimiento de la realidad política, las relaciones entre el poder y los medios, las relaciones comunicativas entre el gobierno y los ciudadanos, así como la publicidad electoral. Señala que se da un rechazo del modelo de los “efectos limitados” y de las explicaciones tradicionales de la “persuasión del voto” porque apenas consideraron a la televisión, que en ese entonces era un nuevo medio (Rospir, 2003: 39-44). Este rechazo implica el retorno de la concepción poderosa de los medios; es decir, se regresa a la idea de la omnipotencia de los medios. Por lo que el estudio de las campañas electorales se convierte en el “banco de pruebas” sobre el que se empieza a edificar e instituir la nueva investigación en comunicación política tanto en Estados Unidos como en los países donde se realiza este tipo de investigación.

Blumler, Dayan y Wolton (ctd. en Mazzoleni: 2010: 42-43) establecen en el artículo “*West European perspectives on political communication: Structures and dynamics*” de 1990, un perfil de la investigación europea en el que se muestran las

perspectivas y líneas que la han caracterizado y que son su aportación al estudio de la comunicación política:

1. Superación del modelo lazarsfeldiano de los “efectos limitados”. Esto mediante las investigaciones que sostienen la hipótesis del poder de los medios¹⁸, como son la teoría de los usos y gratificaciones de Katz, Blumler y Gurevitch, la teoría de la espiral del silencio de Noelle-Neumann y la perspectiva del *new look* de Blumler y McLeod.
2. Enfoque “holístico” del estudio de los procesos de la comunicación política. En donde, a diferencia de la corriente estadounidense que se preocupaba por el elector individual y el miembro del público, además lo hacen por el proceso en su conjunto: emisor, contenido, receptor e incluso relación entre el sistema de los medios y el sistema de la política.
3. Enfoque cognitivo mixto, en donde no se alinee a las teorías críticas ni se vea subyugado por el positivismo.
4. Tendencia a introducir los enfoques normativos en el análisis del funcionamiento de los sistemas de medios en la palestra política. Mientras en Estados Unidos se ha criticado la consecuencia el papel de la información en la desafección política del electorado, en Europa la investigación se centra en las variables sistémicas de los problemas que manifiesta la comunicación política, como la organización de los medios, las prácticas profesionales de los periodistas, el carácter colateral de muchos órganos de información respecto al sistema político, etcétera.
5. Énfasis en la interacción de los sistemas de los medios y los sistemas políticos y su mutua influencia.
6. Influencia estadounidense evidente en los estudios sobre el público.
7. Análisis longitudinal de las tendencias y de los cambios en los procesos de comunicación política. El uso repetido de los instrumentos analíticos ha

¹⁸ Aspecto en el que coinciden con la perspectiva del *political behavior* de los años cincuenta.

permitido el comienzo de series históricas y de cambios de datos comparables; y

8. Focalización aún demasiado interna y nacional de numerosos estudios. Lo que limita el intercambio y la colaboración; sin embargo, la realización de estudios comparados y la aparición de iniciativas científicas y editoriales de carácter europeo han sentado las bases de su superación.

Además de los estudiosos del campo de la comunicación política, las asociaciones de investigadores han planteado las temáticas y/o líneas de investigación que, cada una de ellas, consideran que se deben contemplar en dicho campo. Entre estas organizaciones destacan:

La *International Communication Association* (ICA) cuenta con las siguientes líneas de investigación: comunicación política, opinión pública, efecto en terceras personas, agenda *setting*, conocimiento político y sofisticación, participación, compromiso cívico, capital social y confianza política, efectos de los medios, psicología política, deliberación y diálogo político, comportamiento político, esfera pública, lenguaje y política simbólica, propaganda y persuasión, publicidad, entretenimiento y medios populares, religión pública, noticias y periodismo, internet y nuevas tecnologías, elecciones y campañas, política mediática, gobiernos y estados, políticos y legislaturas, movimientos, crisis, conflictos, guerra y terrorismo, ideologías y valores, identidad y diversidad, teoría política, teoría crítica y metodología, entre otros.

La *International Association for Media and Communication Research* (IAMCR) se maneja con base en los siguientes temas: cambios en los procesos de comunicación política inducidos por los nuevos medios y su influencia en todos los niveles; medios y socialización política; campañas políticas; opinión pública y participación política, e interacciones entre los medios y organizaciones intermediarias tales como grupos de interés y partidos políticos; estudios de los usos de los medios en campañas y elecciones, así como procesos de *marketing* político

en el gobierno; y el papel que juegan los medios en las formas de gobierno local e informal.

La Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación (AMIC), entre sus grupos de trabajo, dispone de dos vinculados con la comunicación política. Ambos cuentan con sus respectivas líneas de investigación. Por una parte está el grupo de comunicación política con temas como: la comunicación en los procesos electorales; posibilidades y limitaciones del *marketing* político; movimientos sociales y medios; estrategias de gobierno y su impacto en los medios de comunicación; presentación de las noticias políticas en los medios; competencia comunicativa a través del discurso político tanto del gobierno como de la oposición; procesos de discusiones colegiadas en el Congreso de la Unión y su carácter mediático; relación entre Estado y medios y la comunicación política y la democracia. Por otra parte, se encuentran el grupo de políticas de comunicación con los siguientes objetivos: analizar qué políticas de comunicación se deben formar para fortalecer la democracia en el proceso de transición política nacional; examinar con qué políticas de comunicación los canales de información, especialmente los electrónicos, se convirtieron en poderes fácticos que subordinan a los poderes públicos, al Estado y a la sociedad; estudiar cómo producir nuevas políticas de comunicación para el crecimiento sustentable del país; descubrir qué desigualdades existen en la producción del conocimiento sobre los diferentes asuntos en las políticas de comunicación; y explorar cómo generar políticas de comunicación para el desarrollo de la sociedad civil y la participación ciudadana en el nuevo siglo.

De la revisión de la temática contemplada por los autores y organizaciones académicas se destaca la gran diversidad de temas, siempre creciente y en proceso constante de actualización. Además de que en este listado no están presentes líneas temáticas de otras disciplinas como la antropología, por mencionar un caso. De ahí que se ratifique y amplifique lo establecido en el subcapítulo anterior: entre las dificultades para lograr la aprehensión del campo de estudio de la comunicación política se encuentra esta diversidad temática. A ella hay que agregarle los intereses propios derivados de cada disciplina, las perspectivas, las teorías y las concepciones

de democracia, así como el papel de la comunicación política en los sistemas políticos. Antes de abordar el tema de la forma en que el pensamiento sociopolítico se ha aplicado al estudio de la comunicación política, en el próximo capítulo se avanzará en la reflexión sobre la manera en la que la comunicación incide en la política.

CAPÍTULO 2

LA COMUNICACIÓN, UN PROCESO EN LA POLÍTICA

La comunicación política ha sido estudiada de diversas maneras y perspectivas en las ciencias sociales. Una parte destacada tiene que ver con la forma en que se da el vínculo entre la comunicación y la política; vínculo que, como se vio en el anterior capítulo, ha llamado la atención de estudiosos de la sociedad y la política, quienes lo han abordado desde sus respectivos puntos de vista e intereses. En el presente capítulo se recuperan algunos temas vinculados con esta problemática para delimitar cuáles son las teorías que se han dedicado al estudio de la comunicación política, cuál es el criterio para considerarlas y, finalmente, cuáles y por qué son las que se seleccionarán para el posterior desarrollo de este trabajo. Para lo cual, este apartado se divide en tres subcapítulos.

El primero plantea la discusión sobre la relación entre la comunicación y la política, a la vez que se les ubica como comportamientos que se pueden realizar gracias a la interacción social. Lo anterior ayudará a establecer la relación comunicación-política. De esta manera, se aborda una de las preocupaciones constantes entre los estudiosos de la comunicación política ya que las diferentes visiones de cuál es el vínculo entre comunicación y política contribuyen a establecer sus concepciones.

En el segundo subcapítulo, se parte de que la comprensión de la comunicación política está en la diversidad de su uso, lo que lleva a que no existan respuestas únicas ni integradoras sobre qué es la comunicación política. Ante esta problemática, se deben realizar intentos por establecer clasificaciones que agrupen concepciones y campos teóricos. Para lo cual se toma como base la propuesta de Jacques Gerstlé, autor que hace un destacado esfuerzo de agrupación de las corrientes teóricas.

El tercero revisa los elementos integrantes de la comunicación política propuestos inicialmente por el behavioralismo y recuperados por los investigadores europeos y de la teoría de la esfera pública que han sido utilizados, con sus matices y actualizaciones, como un factor determinante para el estudio de la comunicación política.

2.1. Comportamiento y comunicación política

Un aspecto central de la discusión sobre la comunicación política es la relación entre comunicación y política. Entre los estudiosos existen diversas posiciones, pero como las de Fagen, Nimmo y Sanders y Gerstlé. Al respecto, Richard R. Fagen, menciona que “la comunicación como proceso invade a la política como actividad” (Fagen, 1969: 18).

Nimmo y Sanders (1981: 27), por su parte, señalan que la mayoría de las definiciones de la comunicación política coinciden en que existe una actividad que es la “comunicación”, otra actividad que es la “política” y la “comunicación política” que es el resultado de la influencia de la primera sobre la segunda.

Por lo que un punto de partida necesario para el estudio de la comunicación política consiste en clarificar la consideración de la política y la comunicación como actividades y, además, en el caso de la última, como proceso. En este sentido, Jacques Gerstlé señala que la comunicación impregna “toda actividad política, en la medida en que casi todos los comportamientos de este tipo implican el recurso a una forma de comunicación, cualquiera que ésta sea”. (Gerstlé, 2005: 21).

Actividad y comportamiento serán dos términos utilizados frecuentemente por los estudiosos. Conforme a Manuel Martín Serrano, se va a entender, de manera genérica, actividad como comportamiento. De tal manera que designa como comportamiento a

cualquier actividad de un ser vivo orientada a satisfacer sus necesidades (cualquiera que sea el nivel fisiológico, cognitivo, afectivo, axiológico de esas necesidades), actividad que se resuelve en alguna clase de intercambio de energía entre el ser vivo y su ecosistema. (Martín Serrano, 1993: 46)

De esta observación se desprende un aspecto que a veces se deja en el olvido: un comportamiento no surge de la nada, siempre está acompañado de, por lo menos, una finalidad o un motivo, pero también dicha finalidad o motivo pueden implicar más de un comportamiento.

Los comportamientos tienen tres modalidades: los autónomos, que son aquellos en los que el propio sujeto puede satisfacer el logro que persigue mediante su propio comportamiento; los heterónomos o interactivos, en los que sólo mediante la participación de otro sujeto, el comportamiento puede obtener el logro; y los opcionales, en los que el logro se puede satisfacer con o sin la participación de otro. No todo comportamiento implica una interacción social, sino que ésta se presenta de manera específica en los de tipo heterónimo o interactivo y puede estarlo en los de perfil opcional. (Martín, 1993: 46-51)

La vida en sociedad sólo se puede dar mediante la interacción social. Gracias a ella se presentan contactos continuos y recíprocos entre los cosocietarios. La interacción implica la relación entre dos o más seres humanos que realizan alguna actividad que tiene una finalidad para, por lo menos, uno de los participantes. De manera general, los participantes en la interacción buscan influir y reaccionar ante el medio natural y social en el que se encuentran inmersos, para lo cual requieren de los otros.

La búsqueda de la interacción social se da por varias razones. Entre ellas destacan: el carácter gregario natural de la especie humana, la necesidad del trabajo conjunto como mecanismo de supervivencia, así como la dependencia y apoyo mutuo. Esta interacción requiere, ante todo, del esfuerzo de los diversos miembros de la sociedad para que se pueda llevar lo esperado a buen término.

La interacción genera, pues, una expectativa entre los participantes sobre los resultados a obtener ya que es producto de sus experiencias previas. Esto se debe a que

La relación del hombre con su medio ambiente y de los hombres entre sí; así como las circunstancias en las que ocurre, los propósitos para los que se realiza y los resultados de la acción, constituyen en el hombre experiencias que cuando se repiten regularmente permiten que anticipe los resultados de la acción frente a objetos y circunstancias similares a los experimentados con anterioridad. (Jiménez y Paulín, 1985: 7)

El conjunto de experiencias y expectativas conforman paulatinamente las características de la organización social y de las actividades que se dan en su interior, manifestadas tanto en su comportamiento individual como en el social.

Estos comportamientos sociales (heterónomos o interactivos, y hasta los opcionales cuando se decide por la participación con el otro) se manifiestan de dos maneras específicas: como actos ejecutivos y expresivos. Ambos constituyen, en realidad, un todo indisoluble de lo que genéricamente es el comportamiento como tal.

Manuel Martín Serrano (1993: 49-52) agrega que el logro de una finalidad determinada implica la realización de una secuencia de actos ejecutivos y expresivos. Se entiende por acción ejecutiva la interacción con Otro por coactuación y no por comunicación; y por acción expresiva aquella que está orientada a la interacción con Otro mediante la comunicación. De ahí que plantee, por un lado, una tipología de actos ejecutivos, en la que considera: 1) actos ejecutivos sustituibles por actos expresivos, 2) actos ejecutivos no sustituibles por actos expresivos; y, por la otra, una tipología de actos expresivos, que contempla: 3) actos expresivos sustituibles por actos ejecutivos y 4) actos expresivos no sustituibles por actos ejecutivos¹⁹.

Para los fines de este trabajo es relevante la distinción de los dos tipos de actos para evitar que se confunda, como se mencionó al principio del apartado, a toda actividad política como comunicacional y viceversa, ya que el comportamiento político implica actos ejecutivos y actos expresivos; además de que también se puede, y se hará en adelante, utilizar la expresión actividad como sinónimo de acto.

¹⁹ Como ejemplo de acto ejecutivo está mover una mesa y, de acto expresivo, la solicitud de un individuo a otros de que le ayuden a mover la mesa. La secuencia de actos expresivos y ejecutivos, en este caso, inicia cuando el solicitante pide la ayuda y los otros realizan la acción; el solicitante indica dónde la llevan y los otros lo hacen, etcétera. Un acto ejecutivo sustituible por actos expresivos se da cuando en vez de colocar a las personas alrededor de la mesa para cargarla, se les pide que lo hagan. Un acto ejecutivo no sustituible por un actos expresivos se da cuando se le dice a la mesa “muévete” en lugar de cargarla; la acción es, por ende, irrealizable. Un acto expresivo sustituible por un acto ejecutivo se puede dar cuando un padre, en lugar de ordenarle a un niño que se siente, lo toma y lo sienta él mismo. Un acto expresivo no sustituible por un acto ejecutivo se da en la enseñanza de ideas abstractas, que por su dificultad requieren forzosamente del acto expresivo para lograr su transmisión.

Como se ha visto hasta ahora, la comunicación es un tipo de comportamiento fundamental para la interacción social, pero es necesario aclarar las razones y el papel que juega en ella. Como se había mencionado anteriormente, las experiencias y expectativas conforman paulatinamente las características de la organización social y de las actividades que se dan a su interior, manifestadas en su comportamiento, tanto individual como social.

Estas experiencias y expectativas adquieren un significado especial cuando la acción concreta que se ha tenido se vierte en símbolos que permiten la abstracción y generalización de esas experiencias. Esto permite que sean conocidas y aprovechadas por otros seres humanos a los que les son transmitidas. Mediante el lenguaje se aprehende la realidad, se abstrae y universalizan las experiencias y sus significados; es decir, el lenguaje, como instrumento y parte del pensamiento, genera y contiene conocimiento; pero además sirve para comunicarlo a los otros.

La universalización mediante el lenguaje se logra cuando se trasciende lo individual y particular a lo colectivo y general. El lenguaje tiene como funciones socializadoras, por un lado, la de servir de instrumento de expresión y comunicación a los miembros de la sociedad y, por el otro, la de incorporar el sistema normativo que rige a la sociedad.

La relevancia de esta función radica en que las normas sociales, como producto de la interacción social, tienen la finalidad de regular el comportamiento de los integrantes de la sociedad con base en pautas de acción ideales. Pero también en el lenguaje y su uso se manifiesta no sólo el consenso hacia el sistema de valores vigente, sino también el disenso que puede llevar a modificaciones y reajustes que generen un nuevo consenso.

Como resultado de lo anterior, el lenguaje es un instrumento de control social ya que regula, dirige, ajusta y organiza tanto las creencias como el conocimiento, los sentimientos y las acciones de los hombres en sociedad. El control social se ejerce con el lenguaje cuando se establece qué decir o no decir de algo, y sobre el lenguaje cuando se establece cómo decir y cómo no decir algo. Esto implica que el control se

da tanto sobre la expresión de ideas como sobre las ideas mismas. En otras palabras, la coerción se da sobre lo que se comunica y sobre cómo se comunica. De ahí que

La sociedad no sólo ejerce coerción respecto de lo que se comunica sino también, con respecto de lo que no se ha de comunicar. Cada sociedad ejerce control sobre las informaciones que se transmiten en ella: sobre lo que se puede informar y sobre lo que no se puede informar; sobre lo que se permite decir a medias y sobre lo que está prohibido decir. (Jiménez y Paulín, 1985: 20)

Consenso y disenso, control y coerción, funciones instrumental y axiológica son características del lenguaje. Construyen y actualizan como resultado cotidiano e histórico de la interacción social, lo que le otorga al lenguaje, por lo tanto, una dimensión cultural al ser producto social de la actividad humana. Sin embargo, el lenguaje es instrumento de la interacción social a través de la comunicación, ya que ésta le permite cumplir sus funciones.

La comunicación en tanto comportamiento es, en sentido estricto, el verdadero mecanismo que sirve de base al lenguaje para lograr la interacción social, ya que

La comunicación es tanto producto como medio de interacción social, y ambos surgen y se establecen sobre la base de un lenguaje que estructura dentro de un sistema particular los signos y símbolos que el hombre ha producido como resultado de la experiencia que ha enfrentado en diversas situaciones relacionales con su medio ambiente físico y social circundante. (Jiménez y Paulín, 1985: 8)

La comunicación es producto de la interacción social ya que se construye en la actividad comunicativa para permitir la comprensión y el entendimiento entre los actores sociales, y es medio en tanto que se le utiliza como forma de lograr acuerdos que lleven a la realización de acciones determinadas.

Los integrantes de la comunidad deben ponerse de acuerdo sobre qué y cómo van a realizar las actividades necesarias para salir adelante. La comunicación es el

mecanismo que les permitirá integrarse como sociedad, comprenderse y determinar las acciones a realizar.

Varios autores de diversas corrientes teóricas han destacado el papel definitorio que tiene el código común en la comunicación. El punto de partida para ellos es cómo y de qué manera se realiza la comunicación. El filósofo marxista Adam Schaff responde, por poner un ejemplo destacado y representativa de esta visión de la importancia del código común, que “la comunicación intelectual siempre está conectada con la comprensión, con *la misma* comprensión, por las dos partes, de ciertos enunciados definidos”²⁰ (Schaff, 1983: 158).

El código común deriva de un proceso eminentemente social de convención, praxis y transmisión del significado de las palabras y otro tipo de signos y símbolos que permiten que los cosocietarios tengan la misma comprensión del significado. En otras palabras, se presenta una *comunidad de significado*. Comunidad que permite la comprensión entre emisores y receptores: la comunicación.

La comunidad de significado, o código común, va más allá del mero significado de signos y símbolos. Es una idea de un contenido más rico y profundo. Implica que los signos contienen cargas sociales, históricas y culturales que resultan del devenir de una comunidad. Esto permite que cada sociedad posea una comprensión particular de los signos, diferenciada de los códigos comunes de otras sociedades. No se puede entender de otra manera la afirmación de Cotteret de que el código común es “un acuerdo acerca de un conjunto de valores comunes, los cuales permiten a los participantes jugar el juego, para coexistir y, en una hipótesis mejor, vivir juntos” (Cotteret, 1977: 4).

²⁰ Schaff aclara que esto se debe a que “la comunicación consiste en que la persona que produce los signos fónicos y la persona que los oye, los entienden del mismo modo, es decir, les dan los *mismos significados*. Ésa es precisamente la definición de comunicación adelantada por Lundberg cuando dice que ‘la comunicación puede definirse como la transmisión de significados por medio de símbolos’”. (Schaff, 1983: 159) Cursivas en el original.

Esta concepción de la comunicación a partir de la comunidad de significado, le otorga un carácter cultural al ser producto de una convención resultante de la interacción social. La comunicación es un producto cultural que deberá ser aprendido por los nuevos miembros de la sociedad para que estén en capacidad de comprender a los otros y ser, a la vez, comprendido por ellos.

Hasta el momento se ha mencionado a la comunicación de diferentes maneras. Es momento de precisar los términos porque se hará mención constante de ellos a lo largo del trabajo. En primer lugar, la comunicación es un **proceso** porque hay una sucesión de etapas encadenadas, integradas, que hacen (permiten) que la expresión de un individuo sea interpretada por otro²¹. En segundo lugar, es un tipo de **comportamiento** en tanto que es una actividad orientada a la satisfacción de necesidades o fines determinados. En tercer lugar, es una **actividad** cuando se desarrolla o realiza de manera concreta, en este sentido se entiende también el **acto expresivo** y el **acto interpretativo**. Las actividades o actos son acciones específicas que parten de un comportamiento general y están encadenados con otros actos expresivos y/o con actos ejecutivos. La realización de esta cadena es el comportamiento. La comunicación también es **producto** (producto cultural) cuando sirve de paradigma ya que ha sido resultado del proceso histórico social de la actividad comunicativa humana; paradigma que lleva a la construcción de la comunidad de significado, pero también al uso prescriptivo de la comunicación misma (qué decir, qué no, cuándo decirlo, de qué manera).

Ahora bien, hecha la precisión sobre los diferentes aspectos del fenómeno comunicativo, se vuelve al planteamiento inicial sobre la relación entre política y comunicación.

La política, como la educación o la administración, por mencionar unas cuantas actividades, requieren forzosamente de la participación de varios individuos.

²¹ Para los fines de este trabajo no son relevantes los elementos del proceso de comunicación que se consideren como integrantes del mismo, ya que dependen de las características de cada modelo de comunicación, de su grado de apertura o cerrazón y del enfoque teórico particular del cual se parta.

Son actividades sociales; es decir, se dan en sociedad. Lo cual implica la interacción entre los cosocietarios. Esta interacción sólo es posible mediante la comunicación, ya que gracias a ella los individuos se pueden poner de acuerdo sobre los significados, convencer o persuadir a los demás, transmitir conocimientos o hasta imponerse a otros. Todo esto y mucho más se realiza mediante actos comunicativos. No importa la denominación particular que se les ponga: comunicación educativa, comunicación organizacional o comunicación política; trátase de enseñar, organizarse en el trabajo o gobernar. Finalmente, es toda actividad comunicativa necesaria para que las otras actividades se puedan realizar. La denominación simplemente señala la institución concreta en que dicha actividad se realiza.

Si se sostiene la aseveración de Nimmo y Sanders, de la que se habló al inicio de este apartado, sería válido establecer, respecto a la comunicación educativa, que existe un cuerpo de actividad que es la “comunicación”; otro cuerpo de actividad denominado “educación”; y lo que se forma cuando la primera actividad influencia a la última: la “comunicación educativa”.

La política, en tanto actividad social, se da mediante una interacción social que requiere forzosamente de la comunicación. En palabras de Fagen “es precisamente la capacidad comunicatoria del hombre lo que hace posible la vida social (y en consecuencia la vida política), tal como la conocemos. La comunicación resulta básica para toda actividad social y política” (Fagen, 1969: 14). Entonces, toda actividad humana que requiere de la interacción, necesita forzosamente de la participación de otros para llevarse a cabo.

Si toda comunicación es social, cabe cuestionarse si toda política es comunicación. Fagen y Gerstlé consideran que casi toda conducta política implica cierto tipo de actividad de comunicación. Por lo que política y comunicación, como se ha mencionado, son dos actividades diferentes, pero la política necesita de alguna modalidad de comunicación para la realización de **casi** todas sus actividades. Se debe recordar que estos autores contemplan a la comunicación política como un subconjunto de la actividad comunicacional; es decir, una parte vinculada con la vida política.

Hasta aquí se consideró la importancia de la interacción social como mecanismo fundamental de los seres humanos, el papel central de la comunicación en la interacción y su función para que lleguen a acuerdos y, sobre todo, se comprendan; así como las modalidades del comportamiento, en el que se ubicó el comunicativo como una parte complementaria en igualdad de importancia con el ejecutivo. Ahora se deben señalar las principales concepciones y campos teóricos de la comunicación política.

2.2. Concepciones y campos teóricos de la comunicación política

Como se señaló anteriormente, un problema central para comprender la comunicación política se encuentra en el uso diverso que se le ha dado a este término en los distintos ámbitos en el que aparece: se hace referencia a la comunicación política en la actividad periodística, la hacen también los políticos y los analistas; así como los expertos que desde su especialidad en la propaganda, el *marketing* político o los sondeos de opinión se pelean por ser los verdaderos representantes de la comunicación política; también, por supuesto, los estudiosos del tema, cada uno de ellos desde su trinchera disciplinaria y doctrinaria. Todo lo cual reitera que no hay respuestas únicas ni integradoras sobre qué es la comunicación política.

Ante la problemática de formular una imposible concepción única o integradora derivada del reconocimiento de la gran diversidad de visiones, temáticas e intereses mencionados en el capítulo anterior, se deben realizar intentos de establecer clasificaciones que agrupen dichas concepciones y campos teóricos. Un caso destacado es el de Jacques Gerstlé, quien hizo un esfuerzo en este sentido. Para lo cual presentó una propuesta de concepciones, dimensiones competitivas y campos teóricos competitivos de la comunicación política, que se revisan a continuación.

Para Gerstlé hay cuatro concepciones de la comunicación política. En primer lugar, se encuentra la *concepción instrumental*, la cual tiene un carácter

reduccionista y que está constituida por el “conjunto de técnicas y procedimientos de que disponen los actores políticos, en especial los gobernantes, para seducir y manejar a la opinión pública” (Gerstlé, 2005: 16). Es una concepción tecnocrática que, además de disociar y mutilar a la comunicación y a la política, la reduce al manejo experto de instrumentos como las técnicas de observación social y las de promoción y difusión; por lo que identifica al *marketing* político como la nueva comunicación política que es el producto de la televisión, las encuestas y la publicidad.

En segundo lugar está una *visión ecuménica*, opuesta a la instrumental, y que Norris define como “un proceso interactivo relativo a la transmisión de la información entre los actores políticos, los medios de información y el público” (ctd. en Gerstlé, 2005: 17). Esta concepción está vinculada a una representación sistémica dominada por el funcionalismo y por ideas que plantean la libre circulación sin trabas de la comunicación y la ausencia de relaciones de fuerza entre los protagonistas. En la visión ecuménica “todo pasa como si la igualdad prevaleciera en la realización de los intercambios comunicacionales” (Gerstlé, 2005: 17).

Además de los autores estadounidenses vinculados con el funcionalismo y la teoría sistémica, se encuentran otros, como Jean Marie Cotteret, quienes parten de esta concepción al entender por comunicación política el intercambio de informaciones entre gobernantes y gobernados, aunque, a diferencia de ella, no elude la existencia de una relación de dominación.

Otro autor que para Gerstlé se acerca a esta visión es Wolton, de quien dice que se presume que existe una auténtica reactividad entre los diversos actores de su noción de la comunicación política en la que hay un intercambio entre los actores que tienen la legitimidad para expresarse públicamente sobre la política (políticos, periodistas y opinión pública a través de las encuestas); reactividad que, en el mejor de los casos, es imperfecta.

Se encuentra también la *concepción competitiva*, de la cual Jay G. Blumler señala que consiste en “Una competencia para influenciar y controlar, gracias a los

principales medios, las percepciones públicas de los grandes acontecimientos políticos y de lo que está en juego” (ctd. en Gerstlé, 2005: 18). A diferencia de la ecuménica, aquí ya hay explícitamente una lucha por el control de las representaciones colectivas con la presencia de los medios en la interacción, pero también están presentes el conflicto y la cooperación.

Por último está la *concepción deliberativa*, que constituye un retorno parcial a la Grecia del siglo V a. C. en donde la comunicación y la política son consustanciales. Éste es el terreno de la discusión, del debate, de la argumentación y del razonamiento públicos entre ciudadanos iguales. Esto es posible, dice Gerstlé, gracias a algunos autores que unen la deliberación con la fascinación tecnológica.

De las cuatro concepciones anteriores, Gerstlé opta por la competitiva, de cuya aceptación dice que afecta los contornos, y hasta la definición, de la comunicación política, según si se parte del enfoque de la interacción social o únicamente de la visión de la interacción simbólica. Por lo que se aceptan todos los análisis metafóricos de la política en términos de comunicación en el caso de la interacción social y solamente son válidas las definiciones que parten de las representaciones y prácticas simbólicas en el caso de la interacción simbólica.

De esta manera, el politólogo francés plantea la situación en términos similares a los de Manuel Martín Serrano cuando este último señala que la interacción social se da a partir de dos tipos de comportamiento claramente diferenciados y complementarios, pero que no deben confundirse: los ejecutivos y los comunicativos. Éste es un punto clave para entender una parte fundamental de la comunicación política: la relación entre comunicación y política. Por eso Gerstlé señala que lo que está en juego es su definición; es decir, qué se entiende por comunicación política a partir de cuál es el contorno que marca sus límites o fronteras: la interacción social en su conjunto, lo cual implica que la política es comunicación, o la interacción simbólica que establece que no toda política es comunicación, sino solamente aquella que se manifiesta en representaciones y prácticas simbólicas. Se trata de la concepción con la que concordamos.

Para lo cual Gerstlé contempla la necesidad de examinar las dimensiones de la comunicación política; dimensiones que no son exclusivas una de otra y que variarán en su importancia según las aproximaciones teóricas que se les hagan y su pertinencia respecto de los objetos de investigación: *La dimensión pragmática* consiste en la relación mediatizada por la comunicación que une al emisor y al receptor. Se entiende que se parte de la concepción competitiva, como se aclaró anteriormente, por lo que aquí lo relevante es que con la comunicación se establece una forma de relación social que se da en un espacio de tensión entre la cooperación y el conflicto. De ahí que cuando se busque la cooperación, la comunicación política sea una discusión deliberativa para tomar una decisión mediante la intercomprensión; por el contrario, cuando se desee la dominación, se da la orden o la manipulación. Lo que está en juego es “la aptitud para vivir juntos, para cooperar e integrarse, o bien, oponerse y enfrentarse” (Gerstlé, 2005: 25)²².

Por otra parte, *la dimensión simbólica* parte del reconocimiento de que la actividad política se basa en la utilización del lenguaje cuando aparece como alternativa a la violencia física. Razón por la cual,

la política es, sin duda, un universo de fuerzas pero también un universo de signos que manifiestan una eficacia social y no únicamente cognitiva o expresiva. El lenguaje y su realización en discurso permiten llegar a acuerdos, a compromisos. Tiene, entonces, una virtud pacificadora en las relaciones sociales. Pero el discurso sirve también para el conflicto, la estrategia, la manipulación, la dominación. Los signos son también armas, recursos en el combate político. No solamente por la posibilidad que ofrecen de agredir directamente a un adversario sino también porque son portadores de representaciones del mundo, de percepciones de la realidad social y física (...) (Gerstlé, 2005: 25)

De lo que se desprende y destaca, como se ha señalado, que las relaciones sociales no sólo son de cooperación, sino también de dominación y que la comunicación es

²² En este sentido, se establece en el axioma de Watzlawick que “Todo intercambio de comunicación es simétrico o complementario, según se funde sobre la igualdad o la diferencia” (ctd. en Gerstlé, 2005: 25).

un instrumento para que se lleve a cabo. Por eso el lenguaje no puede ser considerado neutro, ya que, como menciona Bourdieu,

es legítimo abordar las relaciones sociales -y las relaciones de dominación- como interacciones simbólicas, es decir, como relaciones de comunicación que implican el conocimiento y el reconocimiento, por lo que no se debe olvidar que las relaciones de comunicación por excelencia, que son intercambios lingüísticos, son también relaciones de poder simbólicas en las cuales se actualizan las correlaciones de fuerza entre los hablantes o sus respectivos grupos (ctd. en Gerstlé, 2005: 26).

Los símbolos presentes en estas interacciones son una representación de lo real que se manifiesta tanto en el lenguaje como en los mitos y ritos, todos los cuales conforman códigos que están a disposición de manera desigual en la sociedad, pero que son indispensables para que se dé la interacción. Como se afirmaba en el subcapítulo anterior, la existencia de un código común es requisito fundamental para que haya comunicación.

La tercera dimensión es la *estructural*, y consiste en las vías (canales, redes y medios) por donde se encauza la comunicación. Los canales institucionales, como el parlamento y la administración; los organizacionales, como los partidos políticos y otras fuerzas organizadas; los mediáticos, como los órganos de información escritos y audiovisuales; y los interpersonales, como los grupos sociales y las relaciones interindividuales.

Respecto a las redes, Gerstlé considera la necesidad de diferenciar las redes sociales y las de comunicación. Las primeras se caracterizan por ser organizaciones sociales no constituidas, con actores con roles poco especializados, con conexiones aleatorias, lo que las diferencia de los aparatos u organizaciones formales. Las redes de comunicación son una infraestructura, un conjunto de posibilidades materiales de comunicación, lo cual no significa que determinen forzosamente la estructura real de la comunicación, que es el conjunto de comunicaciones realmente intercambiadas en un grupo. La comunicación puede encauzarse por una red física o una social, aunque también de manera mixta, pero “la red física es evaluada por la fiabilidad, la

red social vale por la confianza que sus miembros se atribuyen y las consecuencias asociadas a ese sentimiento” (Gerstlé, 2005: 29).

Por otra parte, Gerstlé hace una clasificación de lo que denomina los principales paradigmas del pensamiento político y las ciencias sociales que están en competencia y que reflejan su disputa en el ámbito de conocimiento de la comunicación política. Al respecto, cabe señalar, contrario a lo que menciona Gerstlé, que si bien puede haber competencia entre los estudiosos de un fenómeno, disciplinas científicas o hasta nacionalidades, el trabajo científico es más que competencia ya que el problema es, en todo caso, diferente o más amplio: la diversidad entre paradigmas y disciplinas se explica más bien por la variedad de perspectivas y de intereses de conocimiento. La competencia, desgraciadamente, ha llegado en ocasiones a enfrentamientos estériles en aras del rechazo de una doctrina o una teoría por su lugar de origen, finalidades y hasta diferencias ideológicas y políticas, más que por el diálogo y el intercambio de ideas.

Lo que se debe reconocer y aceptar es la pluralidad de ideas y perspectivas que se manifiestan en concepciones teóricas. Gerstlé hace un recuento de los principales ámbitos del conocimiento que inciden en el ámbito de la comunicación política: los enfoques comportamentalista, estructural-funcionalista, interaccionista y dialógico.

El enfoque comportamentalista surge en Estados Unidos y tiene como base la investigación empírica. Para Gerstlé, los investigadores más destacados de esta corriente son Lasswell, Hovland y Lazarsfeld. Su temática principal es la propaganda, los estudios electorales, los efectos de la comunicación masiva y las relaciones entre la prensa, la opinión pública y las autoridades.

Uno de los estudiosos más relevantes de este enfoque es el politólogo Harold Lasswell, quien a partir de 1927 publicó estudios sobre la propaganda, que será uno de sus temas de mayor interés. Para Lasswell, la propaganda es “el manejo de las actitudes colectivas mediante la manipulación de símbolos” (Gerstlé, 2005: 34), definición que Gerstlé considera, con razón, bastante cercana a ciertas acepciones

de la comunicación política y por la que, agregamos, algunos estudiosos como Alejandro Pizarroso Quintero, mencionan que la comunicación política y la propaganda son lo mismo y que la primera es el término de moda que sustituye a la segunda. El modelo comunicacional de Laswell formulado en 1948 en su texto “Estructura y función de la comunicación en la sociedad” será de gran importancia para el enfoque comportamentalista, especialmente el aspecto vinculado con la influencia.

El psicólogo social Carl I. Hovland, por su parte, trabaja en los mecanismos de persuasión y la composición de los mensajes subjetivos. Entre sus investigaciones destaca la temática vinculada a los efectos a corto y largo plazo de la propaganda, especialmente en las tropas.

Paul Felix Lazarsfeld se concentra en investigaciones sobre la influencia de la comunicación en las campañas electorales. Aplica una visión sociológica y los métodos cuantitativos a sus estudios. Lleva a cabo una destacada colaboración con el también sociólogo Robert King Merton, con quien publica el artículo “Comunicación de masas, gustos populares y acción social organizada”. Dentro de su prolífica labor, la obra más destacada de Lazarsfeld es uno de los grandes clásicos de los estudios electorales publicado en 1944: *El pueblo elige. Estudio del proceso de formación del voto durante una campaña*, en el que participan Bernard Berelson y Hazle Gaudet.

El enfoque estructural-funcionalista tiene también su origen en Estados Unidos. Ubica la comunicación política en el contexto de la sociedad como un conjunto de sistemas de relación y consiste en “el conjunto de procesos interactivos entre los elementos de un sistema político y entre el sistema y su entorno” (Gerstlé, 2005: 36); según lo cual, los diferentes sistemas (como el político, económico y cultural) integrantes de la sociedad intercambian información, lo que asegura la adaptación de cada sistema a su entorno. Los estudiosos más destacados son Deutsch con su obra representativa *Los nervios del gobierno*, Fagen, Easton; así como Almond y Coleman.

Por su parte, el enfoque interaccionista acepta que la comunicación es una forma de interacción. Está constituida por dos corrientes: el interaccionismo estratégico y el simbólico. El primero, a diferencia del enfoque sistémico del estructural-funcionalismo, “asume el punto de vista de un actor que debe afrontar a los adversarios y tomar decisiones marcadas por la interdependencia” (Gerstlé, 2005: 38); razón por la cual, la comunicación política se presenta como una acción estratégica por su naturaleza instrumental. De ahí que sea una estructura de juego que dirige los bienes, las insignias, los derechos, los apoyos y los conocimientos; es decir, el conjunto de recursos del poder. Conforme a esto, según Lemieux, la comunicación política es como “un juego de relaciones de poder cuyos recursos y temas son medios materiales, simbólicos, informacionales, jurídicos e incluso humanos” (ctd. en Gerstlé, 2005: 38).

El interaccionismo simbólico inspirado en G. H. Mead consiste en el estudio entre el yo y la sociedad, la cual es considerada como un proceso de comunicación simbólica entre los actores sociales, por lo que tiene una dimensión pragmática de la comunicación. Para Blumer, la interacción simbólica consiste en “la actividad en la cual los seres humanos interpretan sus comportamientos recíprocos y actúan sobre la base de las significaciones conferidas por esta interpretación (ctd. en Gerstlé, 2005: 39).

Finalmente, el enfoque dialógico coincide con el interaccionista en que tiene una concepción intersubjetiva de la comunicación por el papel del interaccionismo simbólico; además de que está orientado a la cooperación. Su diferencia radica en que busca la legitimidad mediante el consenso obtenido en la discusión. Este enfoque parte de la influencia de las obras de Hannah Arendt y Jürgen Habermas.

Como toda propuesta de clasificación, la de Gerstlé no se libra de la polémica. En efecto, se pueden hacer algunas consideraciones a los enfoques que buscan agrupar los principales paradigmas del pensamiento político y las ciencias sociales que inciden en las aproximaciones teóricas en el estudio de la comunicación política.

En primer lugar, como se estableció en el apartado sobre el campo de estudio de la comunicación política²³, si bien los “padres fundadores” sentaron las bases para el surgimiento de la *Mass communication research* y hasta de las ciencias de la comunicación en sí, sus aportaciones no fueron exclusivas en materia política, ya que así como estudiaron la propaganda y los procesos electorales, también hubo quienes lo hicieron de la misma manera para la publicidad, por mencionar un tema vinculado con su preocupación por el comportamiento. Además, se pone en el mismo grupo del enfoque comportamentalista a autores diversos y hasta contrapuestos, tanto en su preocupación temática como en su posición sobre la influencia de la propaganda, los medios y las campañas en los receptores.

De esta manera se tiene a Laswell, quien manifiesta una visión instrumental de la propaganda a partir de la “teoría hipodérmica”, hasta Lazarsfeld que rompe con este postulado con sus ideas sobre el “doble flujo de la comunicación” y los “efectos limitados”, que representan la superación total de la hipodérmica en un proceso paulatino de cuestionamiento por parte de varios estudiosos entre los que se encuentran también Hovland, Lewin y Merton. La visión de Lazarsfeld es diferente, además, en que deja de lado la motivación instrumental por la administrativa. De ahí que no resulte convincente ubicar en el mismo grupo clasificatorio a un determinista de la conducta con los cuestionadores de dicha concepción, que se distancian en forma y fondo. La preocupación por el comportamiento no es razón suficiente para clasificarlos en el mismo grupo.

En segundo lugar, algunos de estos autores, como Lasswell, Lazarsfeld y Merton son ubicados por diversos estudiosos de las teorías de la comunicación como funcionalistas en algún momento de sus investigaciones, lo que complica la clasificación del siguiente enfoque. El surgimiento y desarrollo de las investigaciones que posteriormente serían denominadas de manera genérica como “teorías de la comunicación”, a pesar de tener su origen en disciplinas diversas, pasaron por una búsqueda constante de respuestas y conocimientos, para lo cual los estudiosos

²³ *Vid supra*, p. 8.

estaban abiertos a los aportes que podían obtener de otras disciplinas, teorías y métodos. El funcionalismo representó una posibilidad para ellos y fue de gran importancia en el pensamiento de los investigadores estadounidenses. De ahí que los estudiosos mencionados sentaran las bases de su aplicación en la comunicación, lo que fue seguido por la siguiente generación.

Deutsch, Fagen, Easton, Almond y Coleman, entre los más destacados y cada uno bajo su visión, son representativos de una nueva corriente que emana de una “revolución” al interior de la ciencia política estadounidense. En este aspecto radica la diferencia con los “padres fundadores”. Si bien parten de su influencia en cuanto seguimiento y ruptura de sus aportes, buscaron un camino en el cuestionamiento de lo que hasta entonces se había hecho en dicha disciplina, por lo que conformaron una corriente nueva denominada “behavioralismo”²⁴, la cual sería de gran influencia en la investigación de Estados Unidos y el mundo. En vista de que estos estudiosos establecieron su pertenencia al behaviorismo y que el estructural-funcionalismo es un término muy genérico que abarca, además, otras temáticas diferentes a la comunicación política, en adelante se utilizará por precisión la expresión behaviorismo.

En tercer lugar, como se estableció en su momento, estudiosos de diversas corrientes y nacionalidades han reconocido que la investigación de la comunicación política, en sentido estricto, surge en los años cincuenta del siglo pasado, precisamente vinculada con los investigadores integrantes del behaviorismo. En aquella parte se decía que el criterio para establecer el inicio del campo es el de la utilización explícita del concepto comunicación política, sus esfuerzos para definirla y establecer límites, temáticas y elementos de un modelo para la misma. Por lo que se asume que los “padres fundadores” son el antecedente que ejercerá la influencia que dará vida al estudio de la comunicación política en un largo proceso de gestación. Conforme a esto, entonces, y en otras palabras, el enfoque comportamentalista de Gerstlé es más bien un precedente que un ámbito de la comunicación política.

²⁴ *Vid Infra*, subcapítulo 3.1.

Por último, un poco después, entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, surge en la Europa continental una corriente de pensamiento diferente identificada con Hannah Arendt y Jürgen Habermas, la cual tendrá también una gran relevancia en el pensamiento académico y hasta político. El estudio de la comunicación política en el ámbito de la esfera pública será una de las consecuencias de la recuperación y desarrollo de las ideas de estos pensadores, especialmente de Habermas. A esta corriente es a la que Gerstlé ubica como el enfoque dialógico.

Por ser los más reconocidos por sus aportes al estudio de la comunicación política y de su definición, los próximos tres capítulos de este trabajo se centrarán en los enfoques behaviorista y de la esfera pública desde sus bases doctrinales, su aplicación al estudio de la comunicación política y su consideración sobre su papel en los sistemas políticos. Antes de lo cual se hará una revisión de los elementos de la comunicación política que han sido los más retomados y considerados, con todo y sus matices y variantes, por los estudiosos de la comunicación política de diversas tendencias teóricas.

2.3. Un intermedio necesario: los elementos de la comunicación política

Uno de los temas más destacados dentro del behaviorismo, y que han ejercido una influencia considerable sobre la mayoría de las corrientes que se han dedicado al estudio de la comunicación política, es el de los elementos del modelo de la comunicación política. Es en este aspecto en donde existen mayores coincidencias entre ellas, con todo y sus siempre presentes matices según las variantes teóricas.

A pesar de lo cual, estas corrientes parten de las interrelaciones de los elementos de la comunicación política en la democracia y en los mecanismos de participación; así como los mecanismos de control y ejercicio del poder. De manera general, los elementos se mantienen aunque se modifique o amplíe cada uno de ellos en su interior como resultado de los avances tecnológicos, políticos, socioeconómicos y culturales; los cuales serán investigados e interpretados de

acuerdo con las bases teóricas de cada corriente. Al respecto, las principales perspectivas son:

Nimmo y Sanders (1981: 12) identifican los elementos presentes desde los años 50 por el behavioralismo: las instituciones gubernamentales, los ciudadanos y la comunicación como un proceso de intervención entre ellos. En términos precisos, señalan que en el influyente libro titulado *Political behavior* se establece que la comunicación política es uno de los procesos de intervención junto con el liderazgo político y las estructuras de grupo; aunque, cabe aclarar, que en esos momentos fundacionales del behavioralismo los autores hacían referencia específica a las instituciones gubernamentales formales y al comportamiento del voto ciudadano, que entonces eran materia de preocupación fundamental de esta corriente.

Dahlgren y Gurevitch (2005: 380-3) consideran que este enfoque tripartita presenta dificultades y limitaciones porque al centrarse en actores formales desvía la atención de otros actores y actividades que podrían jugar un papel relevante en el proceso político y descontextualiza otros campos de la vida cotidiana. Especialmente se deben considerar los patrones de desarrollo de la comunicación política que llevan al surgimiento de nuevos actores, a la proliferación y heterogeneidad del periodismo, pero especialmente al internet, que están contribuyendo a la conformación de la “nueva política”.

Para Negrine y Stanyer (2007:1) el modelo tradicional de comunicación política, basado en canales de comunicación electrónica limitados y regulados, una prensa estable y audiencias masivas con lealtades partidistas identificables, está dando paso a una nueva estructura más plural y descentralizada, la cual se caracteriza por la fragmentación y la incertidumbre. Este cambio responde a los requerimientos de las democracias avanzadas e industriales.

Consideran que la triada instituciones políticas, instituciones mediáticas y públicos ciudadanos ubicada en un territorio político limitado, usualmente una democracia liberal, es un punto de partida útil en la investigación de la comunicación política, pero que oculta interrelaciones complejas, dinámicas y en evolución. Por lo

que se deben considerar las variantes que van modificando los elementos clásicos de esta triada.

En efecto, con el desarrollo tecnológico y socioeconómico, las instituciones mediáticas ya no se pueden reducir a los medios electrónicos y la prensa, ahora se debe considerar el flujo pluralizado de información permitido por las tecnologías de la información y la comunicación; además de que los públicos ciudadanos tienen las herramientas para estar mejor informados, por lo que también pueden ser, a la vez, participativos y conformar nuevas instituciones políticas demandantes de espacios en la toma de decisiones.

Lo cual no significa que se dejen de tomar en cuenta los mecanismos tradicionales de ejercicio del poder y de comunicación, sino que coexisten con las tendencias transformadoras de la tecnología emergente, por lo que su propuesta es no abandonar los estudios de lo tradicional en aras de lo novedoso porque entonces se generaría una visión parcial del fenómeno de la comunicación política.

Blumler y Gurevitch (2005: 105-6) coinciden plenamente con la posición de Negrine y Staney al señalar que el modelo de interacción e impacto de los diferentes componentes del sistema de comunicación política (instituciones y profesionales de los medios; instituciones políticas, partidos y abogados políticos; miembros de la audiencia y el entorno socio-político) está siendo afectado por los cambios sociales, los avances tecnológicos, las nuevas formas de comunicación propias de las tecnologías de la información y la comunicación; así como por la globalización.

Dominique Wolton²⁵ plantea este modelo tripartita con dos variantes importantes: la opinión pública que, mediante los sondeos, representa a los ciudadanos y al espacio público como marco fundamental para comprender la comunicación pública.

²⁵ El planteamiento específico de Wolton se desarrollará de manera específica en los capítulos cuatro y cinco por ser parte central de su concepción de la comunicación política.

Gianpietro Mazzoleni desarrolla, por su parte, los elementos del modelo de comunicación política, a los que denomina actores, y son:

El sistema político o sistema de la política, por el que se entiende “*generalmente el conjunto de las instituciones políticas que constituyen la osamenta de la vida política del país*”²⁶ (Mazzoleni, 2010: 30). Está integrado por los tres poderes y niveles de gobierno, los cuales establecen una comunicación de tipo institucional; así como por un área no institucional (partidos, movimientos y grupos de presión), que puede o no representar a las instituciones, ocupar o no posiciones de responsabilidad pública o de gobierno, competir e interactuar entre sí y con los otros dos grandes actores con el objetivo de conquistar el poder o imponer determinadas decisiones, la cual desarrolla una “comunicación político-partidista” cuya base es la libertad de pensamiento, asociarse y competir por la representación y la defensa de unos intereses.

El sistema de medios, que es, según la definición de McQuail, “*el conjunto de las instituciones mediáticas que desarrollan actividades de producción y distribución del conocimiento (información, ideas cultura)*”²⁷ (ctd. en Mazzoleni, 2010: 31). Está conformado por las diversas modalidades de radio y televisión, la prensa, los libros, el cine y los nuevos medios, especialmente internet. Estos medios se comunican con el sistema político conforme a las modalidades de cada cultura y los objetivos de las empresas que los poseen y explotan; así como por las regulaciones que les impone el sistema político respecto a su actividad en la sociedad. Los medios se sitúan como interlocutores de las instituciones del sistema político y se atribuyen frecuentemente la función de portavoces de la opinión pública.

El ciudadano-elector, el cual no es localizable de manera inmediata en una estructura organizada, aunque puede hacerse oír por medio de grupos y asociaciones. Un aspecto relevante es que, “aparte del ciudadano individual, sus representaciones ‘colectivas’, la opinión pública y el electorado, son más nominales

²⁶ Cursivas en el original.

²⁷ Cursivas en el original.

que reales” (Mazzoleni, 2010: 32). Esta es la razón por la que se debe especificar los componentes y comportamientos específicos a los que se hace referencia en cada caso concreto.

A partir de la definición de las características de los tres actores de la comunicación política, Mazzoleni (2010: 32-35) establece la dirección de los flujos de interacción:

- **Del sistema político al sistema de los medios.** La comunicación del sistema político hacia el sistema de medios es la expresión de una relación de poder que pretende su influjo y control con la finalidad de imponerle su selección y construcción de la realidad. El flujo adquiere las formas de reglamentación, relaciones con los medios, así como la colaboración e intercambio con los medios informativos.
- **Del sistema político al ciudadano-elector.** Adquiere las formas de comunicación pública e institucional, el contacto personal y la propaganda-publicidad. Estas formas son expresión de una actitud “deferente”. La comunicación pública se da por el deber de informar al ciudadano.
- **Del ciudadano-elector al sistema político.** Es la respuesta a los mensajes del sistema político a través del voto, el debate público y la interacción directa; además de los sondeos de opinión.
- **Del sistema de los medios al sistema político.** Los medios disponen de la facultad de seleccionar los símbolos y de influir en los actos políticos. Se manifiesta mediante la información de datos de índole o interés público; la vigilancia/crítica de la labor de las instituciones del sistema político arrogándose la función de portavoces de los ciudadanos; la información partidista como portavoz de partidos, intereses políticos o grupos de presión; y la mediatización cuando impone su lenguaje y formato a la comunicación, como la “espectacularización” y la construcción de imágenes.

- **Del sistema de los medios al ciudadano-elector.** Se concreta mediante la información periodística, la información partidista y la propaganda.
- **Del ciudadano-elector al sistema de los medios.** Se presenta más bien como “público” mediante la retroalimentación genérica, ya que el carácter de masas de la comunicación no posibilita que se dé de otra manera. Algunos autores como Wolton consideran los sondeos realizados por un medio como una modalidad de comunicación.

Sobre estos flujos y formas de comunicación política llama la atención y cabe destacar el mero carácter reactivo de las comunicaciones del sistema político y del sistema de los medios que le otorga Mazzoleni a los ciudadanos-electores, lo que significa que no los considera fuente de acción ni participación activa en este proceso, ni, por ende, en la política en sí. Esto implica, entonces, que el modelo de democracia participativa es muy limitado.

Finalmente, tanto los elementos integrantes de los diferentes modelos como estos mismos, deben estudiarse de manera más amplia conforme a las corrientes teóricas que les sirven de fundamento. Como se señaló anteriormente, se eligieron para este trabajo de investigación al behavioralismo político y a la teoría de la esfera pública por su relevancia y aportes al campo de estudio de la comunicación política y a su definición. Por lo que en el siguiente capítulo se abordan los principios y características de estas corrientes del pensamiento sociopolítico.

CAPÍTULO 3

FUNDAMENTOS CONCEPTUALES DEL PENSAMIENTO SOCIOPOLÍTICO APLICADOS AL ESTUDIO DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

Se ha emprendido el estudio de la comunicación política desde diferentes disciplinas sociales, perspectivas y teorías. Ésta es una de las razones por las cuales este campo ha sido difícil de aprehender y delimitar para acotar su temática, a pesar de los esfuerzos y reflexiones al respecto. Uno de los ámbitos centrales de mayor discusión y disenso es el que se refiere a las teorías adecuadas o aceptadas para abordar la investigación de la comunicación política.

A pesar de ello, dentro del pensamiento sociopolítico destacan de manera relevante el behavioralismo, proveniente de la ciencia política estadounidense, y la esfera pública desarrollada en algunos países de Europa, especialmente en Alemania. Ambas corrientes son pilares fundamentales para el estudio de la comunicación política por la gran influencia que han ejercido en la academia no sólo nacional o continental, sino hasta internacional.

El behavioralismo tiene su origen en la inquietud de un sector de investigadores que busca romper con la forma en que la ciencia política tradicional venía funcionando y a la que denuncia por no salir de la lectura exegética de los pensadores políticos clásicos y por ser una disciplina normativa que establecía el deber ser como su propósito fundamental. Ante esta situación, tales especialistas proponen al comportamiento político, es decir, a la acción real de los individuos, como el objeto de estudio de la ciencia política; la metodología cuantitativa como la herramienta central; y la ruptura con el principio normativo vigente hasta entonces. Los behavioralistas se plantean como los revolucionarios que rompen paradigmas, derriban las viejas estructuras y le otorgan la anhelada cientificidad a la ciencia política.

Por otra parte, y desde un camino y una óptica diferentes, Hannah Arendt y Jürgen Habermas realizan, cada uno desde su enfoque particular pero retomando la tradición del pensamiento europeo desde los griegos, una crítica de la sociedad moderna, de los problemas para la construcción y consolidación de la democracia, así como de la participación ciudadana a partir del análisis de la confrontación y complementariedad entre las esferas pública y privada. Propuesta que, a diferencia de la anterior corriente, tiene una clara pretensión normativa.

El objetivo del presente capítulo es el de establecer las características de ambas corrientes, analizar sus particularidades y señalar las principales críticas

que han recibido. La idea finalmente es conocerlas para comprender los fundamentos conceptuales que han propuesto y que han sido retomados por los estudiosos para aplicarlos a una parte destacada del campo de la comunicación política. Este apartado se divide en dos partes. En la primera se aborda la propuesta behaviorista y, en la segunda, la formulación de Arendt y Habermas.

3.1. El behaviorismo político

Cuando James McCann relata el cuestionamiento que se le hizo a Sidney Verba sobre el tipo de estudio que estaba realizando y su definición respecto al campo en el que se encontraba²⁸, la pregunta iba más allá de consideraciones teóricas e innovaciones metodológicas, o de una preocupación por los límites disciplinarios. Estos aspectos, por sí mismos relevantes, formaban parte de un tema más importante y central: lo que estaba en el trasfondo del comentario tenía que ver con el propósito y objeto de estudio de la ciencia política.

En los Estados Unidos, esta disciplina estaba viviendo en los años cincuenta del siglo pasado una importante transformación en sus temáticas y propósitos de investigación. Esta etapa llegó a ser considerada como revolucionaria por propios y extraños, aunque también criticada y rechazada por diversos sectores académicos en su país y en el extranjero: el behaviorismo²⁹. Movimiento que, por las pasiones y debates que provocó tanto favorables como en contra, llevó a Albert Somit y Joseph Tanenhaus a decir que “Si la controversia que despertó constituye alguna medida, esta discusión por una política más

²⁸ *Vid supra*, p. 3.

²⁹ No se debe confundir el behaviorismo (*behavioralism*) político con el conductismo (*behaviorism*) de la psicología. A pesar de que algunos autores utilizan estos términos de manera indistinta, la tendencia mayoritaria en la ciencia política estadounidense es la de usar la primera denominación. Lo que tienen en común el behaviorismo y el conductismo es su preocupación por estudiar el comportamiento, aunque de manera diferente, como se verá más adelante cuando se haga referencia a la concepción de la vertiente de la ciencia política. De entrada, al behaviorismo no le interesa ni le preocupa el condicionamiento estímulo-respuesta propio de la corriente psicológica al estilo de Skinner o John B. Watson, al que, por demás, considera reduccionista, ya que “el comportamiento político todavía estaba imbuido de actitudes, significados y creencias sobre la política; y éstos no podían reducirse a movimiento corporal” o mecanicista. (Farr, 1995: 263)

científica resulta el acontecimiento más importante de toda la historia intelectual de la disciplina” (Somit y Tanenhaus, 1988: 219).

El behavioralismo fue calificado de revolucionario en el sentido al que hace referencia Thomas Kuhn en su clásica obra *La estructura de las revoluciones científicas*. Llegó a significar una ruptura con el pasado y constituir un nuevo paradigma en la ciencia política³⁰. De esta manera, por ejemplo, el politólogo italiano Giovanni Sartori dice que la revolución behaviorista significó, alrededor de los años cincuenta, la transición entre la fase precientífica y otra propiamente científica en la ciencia política: “Naturalmente, esta revolución se incubaba desde hacía tiempo. La introducción de las técnicas cuantitativas se remonta a Stuart Rice y Harold Gosnell, y muchas premisas las habían planteado entre 1908 y 1930 Bentley, Merriam y Lasswell” (Sartori, 2010: 247). Por su parte, en términos similares, Somit y Tanenhaus (1988: 220) mencionan que, sólo de manera metafórica, el conductismo constituyó para la ciencia política el paso de una etapa preparadigmática a una etapa paradigmática³¹.

Los antecedentes más claros de la llamada revolución behaviorista, reconocidos por sus integrantes y por politólogos de otros países como Sartori, se encuentran en los aportes de Arthur Bentley, Charles Merriam y George Catlin. Bentley escribió en 1908 el libro *The Process of Government*, el cual pasó desapercibido en su época, amén de que ejerció una fuerte influencia a partir de su reedición en 1949, estableciéndose como uno de esos textos que no figuran en su momento, pero que tiempo después es recuperado y valorado por una comunidad académica.

Un ejemplo relevante de ello es el de David Truman, quien lo rescata en 1951 en su libro *The Government Process*. Truman coincide en los puntos

³⁰ James Farr, al igual que otros autores, cuestiona el uso erróneo del calificativo de “revolucionario” que recibió el behaviorismo, ya que un examen más detenido “ha mostrado que el análisis que hace Kuhn de los paradigmas y de su derrocamiento revolucionario tiene poco que ver con la estructura o la historia de las ciencias sociales –una observación que el propio Kuhn hiciera originalmente”. Lo cual no ha evitado que sea común el uso de su obra y terminología en el ámbito de las ciencias sociales. Señala, por otra parte, que los behavioristas se sentían también “revolucionarios”, en el sentido político, porque habían derrocado “el viejo orden” de la ciencia política e instaurado uno nuevo (Farr, 1995: 260).

³¹ Somit y Tanenhaus establecen que sólo “metafóricamente” por las razones expuestas en la anterior nota al pie de página.

centrales de Bentley, como es el del gobierno, al que define como “el proceso del ajuste de un conjunto de grupos de interés en un grupo o sistema distinguible concreto” (ctd. en Farr, 1995: 272). Otra idea, que será de suma importancia para los futuros behavioristas y para Truman en particular, es la crítica de Bentley a la ciencia política tradicional, a la que llamaba muerta porque conceptualizaba y estudiaba su objeto en términos de formalismos estériles.

Por lo que respecta a Charles Merriam, este estudioso presenta en 1921 el manifiesto “La actual situación del estudio de la ciencia política”, en el que recomienda introducir “conocimientos psicológicos en el estudio de las instituciones y procesos políticos, así como el empleo de métodos estadísticos para incrementar el rigor científico del análisis político (...) propuso (además) *practicar* la ciencia política en vez de hablar de ella”. (Almond, 1999: 56)

Merriam escribió varios ensayos sobre la investigación política, la importancia de la psicología y la unidad interdisciplinar de la ciencia social que aparecieron publicados en 1925 en el libro *New Aspects of Politics*. Ahí establece las líneas principales de desarrollo del estudio de los procesos políticos:

1. El método a priori y deductivo, hasta 1850.
2. El método histórico y comparativo, 1850-1900.
3. La tendencia actual a la observación, medición de sondeos, 1900.
4. Los comienzos del tratamiento psicológico de la política. (Farr, 1995: 274)

Estas líneas adelantan el principio del método que se seguirá mayoritariamente a mediados de los años cincuenta.

Los behavioristas tomaron el discurso inaugural de Merriam como presidente de la American Political Science Association (APSA) en 1925 como una proclama de lo que debían hacer en adelante con la ciencia política: “algún día podremos adoptar un ángulo de enfoque distinto al formal, como otras ciencias tienden a hacer, y empezar a examinar el comportamiento político como uno de los objetos de investigación esenciales”. (ctd. en Farr, 1995: 274)

Probablemente la labor programática y promocional más importante de Merriam se dio en la Universidad de Chicago, donde buscó realizar su idea de una investigación interdisciplinar, para lo cual fundó un departamento con

políticos, estudiantes y colegas, que compartieran su punto de vista. De la que posteriormente fue la famosa “Escuela de Chicago” surgieron figuras de la talla de Harold Gosnell, Gabriel A. Almond, David Truman y, muy especialmente, Harold Lasswell. Los miembros más jóvenes fundarán en los años cincuenta el movimiento behaviorista. La segunda guerra mundial y, posteriormente, la guerra fría contribuirán a su irrupción en el mundo académico.

El tercer antecedente destacado, junto con Bentley y Merriam, es George Catlin, de quien Almond (1999: 56) dice que es, probablemente, el primero que haya hablado, en sentido estricto, de un tratamiento conductista de la política y que, además, rechaza las objeciones de establecer una distinción entre los asuntos humanos y sociales, y los objetos de estudio de las ciencias naturales. A pesar de lo cual no es optimista respecto a las perspectivas de la ciencia. Por lo que Catlin menciona que

Por el momento, la política debe concretarse a la humilde tarea de registrar y cuando sea posible hacerlo, mensurar y clasificar el material histórico pasado y contemporáneo, así como seguir probables pautas para el descubrimiento de formas permanentes y principios generales de acción (...) Es razonable esperar que la ciencia política a final de cuentas resulte ser algo más que esto, que nos brinde cierta esperanza de poder algún día controlar la situación social, y nos muestre, si no lo que se debe hacer, por lo menos –siendo la naturaleza humana como es- lo que no se debe hacer, toda vez que semejante acción ha de poner a descubierto la estructura de la sociedad, así como las líneas de actividad de las fuerzas más profundas que contribuyeron a definir dicha estructura. (ctd. en Almond, 1999: 56-57)

Con esta pretensión de descubrir “formas permanentes y principios generales de acción”, así como de la ciencia política “brinde cierta esperanza de poder algún día controlar la situación social”, Catlin acerca de manera clara al positivismo tanto a la ciencia política en general como al futuro behaviorismo en particular, que tanto les fue criticado.

Después de estos antecedentes relevantes, en 1956 Heinz Eulau edita *Political Behavior*, que será visto como el parteaguas definitivo de la ruptura con la ciencia política tradicional y el advenimiento de la revolución behaviorista. En este libro, compilación de trabajos de varios autores, entre los que se encuentran

Bentley y Merriam, se declara que en las ciencias sociales se ha puesto en marcha una revolución a mediados de los años cincuenta que ha impactado a la ciencia política.

David Truman adelanta, ya en 1951, en un artículo titulado "*The Implications of Political Behavior Research*", las características de lo que será el behavioralismo. Ahí señala que:

"La meta final del estudiante del comportamiento político (...) es el desarrollo de una ciencia del proceso político" basada en pruebas sistemáticas, hipótesis rigurosas, técnicas cuantificables, conocimiento acumulable y cooperación interdisciplinar. Aunque "la indagación de cómo deben actuar los hombres no es un interés de la investigación del comportamiento político", era cierto, no obstante, que "una razón de gran importancia de cualquier investigación del comportamiento político es descubrir uniformidades [y sus consecuencias] para el mantenimiento de un sistema preferido de valores políticos". (Farr, 1995: 276)

Con lo que Truman reitera lo que se podría denominar también como características fundamentales del estudio del behavioralismo: primero, la pretensión de seguimiento estricto del método científico para garantizar la cientificidad de la ciencia política; segundo, el comportamiento político como objeto de estudio; tercero, el polémico positivismo debatido tanto al interior como al exterior de esta corriente; y, cuarto, los no menos cuestionados, negados y queridos valores del liberalismo y la democracia.

Por su parte, James Farr, politólogo estadounidense, sintetiza los temas generales del behavioralismo: "1) una orientación de la investigación al comportamiento político; 2) un alegato metodológico a favor de la ciencia, y 3) un mensaje político sobre el pluralismo liberal" (Farr, 1995: 262).

Respecto al primer punto, señala que para los behavioralistas el comportamiento, así como los grupos, procesos y sistemas dentro de los cuales se podía explicar, era el tema en el que se debía centrar la investigación de la ciencia política. Para lo cual parten de la ruptura con la ciencia política "tradicional" que

había hecho durante mucho tiempo mucho ruido acerca de las formalidades del Estado, las constituciones y la ley, así como acerca de las ideas normativas de los grandes teóricos políticos como Platón, Locke y Mill. Lo que se necesitaba desesperadamente, sostenían, era prestar atención al comportamiento político en sí –a lo que la gente hacía y realmente llevaba a cabo, no a lo que pensaban, enseñaban, escribían o a lo que prestaban tributo verbal. (Farr, 1995: 262-263)

En pocas palabras, Heinz Eulau, uno de los pioneros de esta corriente, dice que “El comportamiento humano es la raíz de la política” (ctd. en Farr, 1995: 263). En este sentido agrega que “el análisis del comportamiento político se basa sobre el supuesto de que la política, como forma específica de la actividad humana, no es, ni puede ser, independiente de cuanto se sabe, o llegue a saberse, acerca del comportamiento social en general” (Eulau, 1974: 545).

Por ello es que el comportamiento político debe ser el objeto de estudio de la ciencia política y su principal objetivo el de vincular lo específicamente político con los demás aspectos de las relaciones sociales. De esta manera se establece claramente que el behavioralismo se orientará a estudiar la conducta de los individuos y de los grupos que intervienen en el proceso político; es decir, aquello que los hombres hacen en la política y por qué lo hacen.

He aquí uno de los aspectos fundamentales de la ruptura con el pasado: el rechazo a que la ciencia política se dedicara al estudio exegético de las ideas de los grandes teóricos y pensadores de la política; ideas que eran tomadas como *normativas* de la sociedad y la política, además de las especulaciones sobre las formalidades del Estado, las constituciones y la ley.

En especial, las concepciones normativas de la ciencia política tradicional son rechazadas por los behavioralistas porque imponerle a la actividad política de los hombres una visión predeterminada y considerada como “buena”, “adecuada” o “ideal”, o sea, de lo que “debe ser”, no es tarea de esta disciplina si tiene pretensiones de científicidad; en todo caso esa será preocupación de los políticos, no de los politólogos. Por eso su planteamiento es partir del hecho de dejar de estudiar el “deber ser” por el “ser”, para decirlo en otros términos. El postulado de los behavioralistas consistió en estudiar “el ser” como el comportamiento real, efectivo, de los actores políticos.

Esta ruptura con el pasado tiene otros rubros a destacar y que David B. Truman puntualiza como rasgos predominantes de la ciencia política prebehavioralista:

(1) una falta de interés en los sistemas políticos como tales, incluyendo al sistema estadounidense, que en ciertos casos consideraba como un hecho indiscutible sus propiedades y necesidades; (2) una concepción no examinada y en su mayor parte implícita sobre el cambio político y el desarrollo, que era optimista, reformista, y en cierto modo irreflexiva; (3) un descuido casi absoluto de la teoría en cualquier significado importante del término; (4) un entusiasmo consecuente por un concepto de “ciencia” que rara vez llegaba más allá del burdo empiricismo; (5) una preocupación más limitada por los asuntos de estados Unidos que frenaba el desarrollo de un método comparativo efectivo; y (6) el establecimiento de una restricción comprometida con la descripción concreta. (ctd. en Somit y Tanenhaus, 1988: 243)

Es así que, con base en estas críticas, los procesos de la política (procesos reales, no sus formalismos fijos ni los ideales éticos “normativos”), se convirtieron en la mejor forma de representar los escenarios o consecuencias del comportamiento político, sobre todo los que se revelaban en grupos o sistemas más grandes.

Cabe aclarar que esta preocupación e interés por las consecuencias o efectos del comportamiento político³² son diferentes al del conductismo (*behaviorism*) aplicado a la comunicación, ya que toda acción, para ser política, debe afectar de alguna manera al sistema. Este término, “sistema”, sustituyó al de “Estado”. Concepto que, con los de “comportamiento, grupos, procesos y sistemas (...) revolucionaron el propio lenguaje dentro del cual podían examinarse los objetivos de investigación de la ciencia política”. (Farr, 1995: 263)

Respecto de este cuestionamiento del concepto del Estado y su sustitución por el “sistema”, David Easton publica en 1953 *The Political System*, en donde, además de criticar la ciencia política tradicional y la teoría política en particular, descalifica el uso político del concepto Estado y sugiere centrar las

³² Esta aclaración es pertinente, especialmente porque de ella se derivará una de las concepciones de la comunicación política más influyentes a partir de Richard R. Fagen, como se verá más adelante.

investigaciones en torno al concepto “sistema” y la construcción de una “teoría sistémica”, los cuales, a pesar de lograr que se utilicen de manera generalizada en la ciencia política, no es aceptada por todos los behavioralistas. Con todo, será una propuesta que influirá los estudios políticos.

En realidad, este cuestionamiento del Estado es muy anterior al realizado por el behavioralismo en general, y Easton en particular. Desde inicios del siglo XX había ya una corriente crítica del Estado, por ejemplo, con Bentley; pero es después de la primera guerra mundial cuando se desata la oleada más crítica y se hace referencia a la “declinación del Estado” (Gunnell, 1999). El concepto “Estado”, considerado como una idea metafísica por el behavioralismo y sus antecesores, es sustituido, especialmente a partir de los años cincuenta, por el liberalismo pluralista y su idea de gobierno emanada de Bentley en 1908 y recuperada por Truman³³.

La metodología, en segundo lugar, implicó también una ruptura con el pasado. Como ya se mencionó en la rememoración de Sidney Verba, los politólogos estaban en busca de nuevos caminos y herramientas para su investigación. En otras ciencias sociales, como la sociología y la psicología, se había avanzado en el uso de métodos y técnicas de investigación cuantitativos y los behavioralistas estaban más que dispuestos a utilizarlas. Por ello

Los revolucionarios behavioralistas, cuya orientación era expresamente interdisciplinar, sostuvieron en voz muy alta que la ciencia política podía avanzar si y sólo si adoptaba (o inventaba) nuevas técnicas de investigación, tales como el uso de los datos de encuesta, los cuestionarios de sondeos, la experimentación psicológica, las técnicas de construcción de escalas y los métodos estadísticos. Cuales quieran que fueran las técnicas determinadas que se adoptaran o inventaran, el énfasis general recaía claramente en la necesidad de cuantificación. (Farr, 1995: 264)

Esta preocupación por los métodos cuantitativos trae aparejada otra mayor: otorgarle la anhelada científicidad a la ciencia política, ya que, para ellos, el tipo de estudios normativos que se hacían antes no se la daban. Por eso Sartori habla

³³ *Vid supra*, p. 55.

de una era precientífica y Somit hace referencia a la etapa preparadigmática antes del advenimiento del behavioralismo; lo que, con su arribo, trajo consigo la era científica o paradigmática, como se prefiera.

La investigación de la ciencia política behavioralista parte, ante todo, de los hechos, por lo que se asume como netamente empírica. En este sentido, los hechos demostrables del comportamiento político.

Salvo estas consideraciones generales cabe señalar que en el “behavioralismo” se incluyen, en realidad, una diversidad de posturas y matices no siempre empatables. Por ejemplo, unos asumen, ante todo, el principio de descubrir hechos, otros critican el carácter “hiperfactual” y, algunos más, como Easton, consideran que la ciencia aspira a “teorías generales que estaban compuestas por leyes o generalizaciones cuasilegales que organizaban y explicaban los hechos” (Farr, 1995: 265); hechos relacionados con el comportamiento, los grupos, los procesos y los sistemas políticos.

En este sentido de diversidad que le dio un carácter amorfo al behavioralismo, Evron M. Kirkpatrick, uno de sus destacados integrantes y fundadores, menciona que “el término sirvió de paraguas (*sic*), lo suficientemente espacioso como para proporcionar abrigo temporal a un grupo heterogéneo unido solamente por la insatisfacción con la ciencia política tradicional” (ctd. en Somit y Tanenhaus, 1988: 221). A lo que Robert A. Dahl complementa que “el conductismo era menos un ‘estado de ánimo’, que un compromiso doctrinal” (ctd. en Somit y Tanenhaus, 1988: 221).

Debido a esta división de posturas y concepciones entre los que buscan descubrir y estudiar hechos, y quienes desean formular generalizaciones teóricas y leyes que agrupen dichos hechos, es por lo que también resulta difícil considerar a todo el behavioralismo como positivista. A pesar de que algunos de ellos, como David Easton y Robert Dahl, lo acepten explícitamente. Con todo, aclara Farr (1995: 265), la teoría es vista desde un mero punto de vista explicativo, no en un sentido normativo, lo que, como se ha señalado, es uno de los aspectos de crítica fundamental a la anterior ciencia política estadounidense. Para ellos, la teoría, al ser empírica y explicativa, no debería ser valorativa ni

objetiva; por lo que, consideraban, había un abismo lógico entre hecho y valor, entre “es” y “debe”, que bajo ningún concepto debían cruzarse.

Dicho de otra manera, si se querían abordar términos normativos como la libertad, la justicia o la autoridad, sólo se debía hacer mediante el estudio de las emociones subjetivas o estados expresivos; es decir, de la forma en que se manifestaran en el comportamiento observado; lo demás, como reflexión y especulación, era metafísica. Por eso consideraban, en palabras de Heinz Eulau, que

Los politólogos “tradicionales” no sólo estudiaban las cosas equivocadas (...); lo hacían del modo equivocado, bien prescribiendo lo que había de ser un buen ciudadano o un Estado justo, bien mediante la “exégesis textual de los clásicos, como si fueran escritos sagrados” (ctd. en Farr, 1995: 266).

El tercer tema general del behavioralismo es el pluralismo liberal en los Estados Unidos. Para esta corriente, el sistema político pluralista y liberal se manifestaba como característico de Estados Unidos. Lo afirmaban porque era el resultado de sus investigaciones de la política estadounidense y no producto de un discurso normativo o de buenos deseos. Este sistema político era más o menos aceptado por la mayoría de los ciudadanos, incluidos los apáticos, y especialmente por las elites.

Los valores del sistema pluralista liberal de individuos y de grupos, integrados por el individualismo, la racionalidad, la apertura y la tolerancia, contaban con el consenso del pueblo estadounidense. Este sistema estaba integrado por individuos que actuaban en grupos para realizar sus intereses colectivos, para lo cual, los grupos

Se ordenaban en diferentes escenarios dentro de los cuales competían por obtener influencia y a través de los cuales llegaban a una serie de acuerdos con el fin de ejercer impacto sobre la gobernación y la distribución del poder en la clase de democracia representativa que se encontraba en los Estados Unidos. El sistema, globalmente, por tanto, era estabilizado por estos conjuntos de grupos de interés superpuestos y en competición que operaban dentro de los límites de la ley, pero sin los dictados del estado (para usar el vocabulario tradicional). Farr, 1995: 266)

Aunque los behavioralistas señalaban enfáticamente que esta caracterización del sistema político estadounidense era, como se mencionó, el resultado de sus investigaciones, terminó convirtiéndose en uno de los principales puntos de crítica que recibieron.

En efecto, si bien decían que conforme a sus principios eran neutrales en su valoración del sistema, sus críticos mencionaban que sus concepciones y preferencias políticas estaban presentes. Esto era inaceptable para los behavioralistas desde el punto de vista ético, además de que lógicamente no podía hacerse; a pesar de que ellos mismos se reconocieran como liberales. Menos aún podían aceptar que se considerara que ellos establecieran el sistema pluralista como un principio normativo, lo cual iba en contra de sus convicciones ya que fue un factor que establecieron como ruptura con la anterior ciencia política. A pesar de ello, éste fue uno de los principales elementos de tensión y crítica constante hacia el behavioralismo.

Respecto del inventario de las áreas de investigación del comportamiento político, Heinz Eulau (1974: 545-550) menciona que puede ser llevado a cabo en función de los contextos situacionales e institucionales en los cuales el hombre actúa políticamente, y consiste en: el estudio del comportamiento administrativo, el comportamiento político de la comunidad, el comportamiento político internacional, el análisis de sistemas, el enfoque de grupo, el análisis del proceso de adopción de decisiones, la comunicación, el análisis del poder y el análisis del poder social. Para lo cual establece uno de los aspectos fundamentales para comprender la concepción del behavioralismo respecto del comportamiento político, en general, y del papel de la comunicación política en particular: el interés preferente en determinar las **consecuencias del comportamiento individual para el funcionamiento de las instituciones políticas.**

Ante la anterior afirmación es necesario recalcar que el behavioralismo entiende el comportamiento individual en sentido amplio, integrado por sus actos y por las orientaciones de sus actuaciones: identificaciones, demandas, expectativas y valoraciones. A pesar de ello, el individuo no es el objeto de estudio de esta corriente, sino que más bien trata de

describir y explicar la conducta política de un grupo, una organización, una comunidad, una elite, un movimiento de masas, o una acción, pero no por ello deja de admitirse que tales colectividades no existirían con independencia de la conducta de sus miembros individuales. Las interacciones y transacciones contribuyen a formar un sistema de relaciones estructuralmente distintas y funcionalmente específica, susceptibles de un estudio pleno de sentido. (Eulau, 1974: 545)

Con lo cual queda claro que el estudio del comportamiento individual no trae consigo el riesgo de la pulverización en una gran cantidad de comportamientos individuales, ni de una sumatoria de los mismos que no conduce a nada, sino que se da de una manera estructuralmente integrada en un ente colectivo particular y diferenciado.

Por otra parte, Albert Somit y Joseph Tanenhaus (1988: 222-224) establecen sus lineamientos básicos, a partir de la revisión de los análisis que hicieron sobre el behavioralismo varios de los estudiosos más destacados de esta corriente, como David B. Truman, Robert A. Dahl, David Easton, Heinz Eulau, Evron M. Kirkpatrick y Mulford Q. Sibley. No sin antes aclarar que, ante la diversidad de concepciones y posturas entre los behavioralistas señaladas en otro momento, ni siquiera el más comprometido de ellos comparte necesariamente todos estos puntos. Los principales lineamientos son:

1. La ciencia política puede convertirse en una ciencia capaz de predicción y explicación, por lo que debe preocuparse por la búsqueda implacable de regularidades en la conducta política y de las variables asociadas a ella. Su tratamiento analítico debe ser riguroso.
2. La ciencia política debe ocuparse principalmente de las conductas de individuos y/o agregados políticos observables; es decir, de lo que hacen o dicen. Las instituciones no entran porque es imposible estudiar la conducta institucional.
3. Los datos deben cuantificarse y los "hallazgos" deben basarse en datos cuantificables.
4. La investigación debe estar orientada hacia la teoría y dirigida hacia la misma. La teoría debe producir hipótesis que puedan probarse con datos empíricos.

5. La ciencia política debe encaminar sus esfuerzos en favor de la investigación “pura” y olvidar la investigación aplicada que busque solucionar problemas sociales inmediatos y específicos.
6. La verdad o falsedad de valores como la democracia, la libertad y la igualdad no pueden establecerse científicamente y no están al alcance de la investigación legítima, por lo que deben abandonarse. Sólo se pueden estudiar cuando la conducta es resultado de estos temas o está relacionada con ellos. La ciencia política no tiene ningún interés en las cuestiones morales o éticas como tales.
7. Como la conducta política es una forma de conducta social, los científicos políticos deben ser interdisciplinarios para aprovechar la capacidad, técnicas y conceptos de otras ciencias sociales; y
8. La ciencia política debería ser más consciente de sí misma y más crítica respecto de su metodología; así como de la planificación, ejecución y evaluación de sus proyectos de investigación.

Respecto a las críticas formuladas por los antibehavioristas a esta corriente, Somit y Tanenhaus (1988: 225-228) señalan las principales que se le han formulado, no sin la aclaración de que algunas de ellas podrían ser aceptables para los propios behavioristas:

1. La ciencia política no puede ser una ciencia debido a que los fenómenos con los que trata no se presentan a un estudio riguroso; no se puede tratar la conducta humana, individual o social, con la falta de apasionamiento que requiere el conocimiento científico; la ciencia política (como cualquier ciencia social) no puede sujetarse a la experimentación; ante la existencia de demasiadas variables y contingencias históricas lo más que se puede hacer es el establecimiento general de regularidades; no pueden establecerse “leyes” de conducta política para el hombre.
2. La conducta política pública sólo cuenta una parte de la historia, ya que la mayor parte de la vida política se encuentra debajo de la superficie de la acción humana y no puede comprenderse directamente; además de que diferentes individuos pueden realizar el mismo acto por razones muy diferentes, por lo que la observación de una conducta repetida no nos explica los diversos porqués de ella.

3. La cuantificación requiere de conceptos precisos y de una métrica confiable, pero la ciencia política no tiene ninguna de las dos cosas.
4. No se puede hablar de una teoría general de gran alcance cuando la ciencia política todavía carece de formulaciones de nivel bajo y medio, que sean adecuadas para los hechos que tiene a la mano.
5. La investigación aplicada y el interés por las cuestiones de política pública son, sobre bases filosóficas e históricas, garantizables y deseables.
6. Los temas políticos significativos involucran temas morales y éticos, por lo que históricamente la ciencia política está preocupada por los problemas del bien y del mal, aunque estos problemas no puedan resolverse “científicamente”.
7. El enfoque interdisciplinar puede resultar de utilidad, pero se debe conservar la identidad e integridad de la ciencia política. Los préstamos indiscriminados de conceptos y técnicas son inadecuados para la investigación científica.
8. La preocupación respecto de la metodología ha sido llevada demasiado lejos, por lo que se ha llegado a exaltar la técnica a costa del contenido.

Estos puntos, tanto de los lineamientos como de las críticas, no sólo resumen las posiciones respecto al behavioralismo, sino que también manifiestan los tópicos y argumentos del debate. En ellos se plantean puntos polémicos, algunos presentes en la discusión más genérica sobre la cientificidad de las ciencias sociales más que del behavioralismo en particular, como se hace en la primera crítica a esta corriente.

Éste es un viejo tema que periódicamente regresa y que pareciera no tener solución definitiva. Lo que llama la atención es que ésta era una discusión de los científicos sociales contra la negativa de los científicos de la naturaleza de otorgarle el reconocimiento de cientificidad a las disciplinas sociales y ahora, al interior de la ciencia política, se utilizan los mismos argumentos provenientes de las ciencias duras para descalificar no a una disciplina o agrupación de ellas, sino a una corriente en particular por su pretensión de darle a la ciencia política un efectivo *status* de ciencia.

Por su relevancia particular, el aspecto de la cuantificación abordado en el tercer punto de los lineamientos y de las críticas requiere también una mención especial. El papel otorgado por el behavioralismo a las matemáticas no es tema menor, por lo que es materia de reflexión de otros politólogos. Por ejemplo, Giovanni Sartori comenta que

En mérito a la cuantificación o mensurabilidad, y por consiguiente al tratamiento estadístico de los datos, el problema no reside en saber si la ciencia política debe convertirse o no en cuantitativa. El problema es si los datos cuantitativos disponibles, o cuya adquisición podamos prever razonablemente, son “relevantes” a los fines de los problemas que se plantea el politólogo. Nadie cuestiona que una medición es mejor que una estimación puramente impresionista, hecha a ojo. Lo que se cuestiona es que la ciencia política pueda remitirse y reducirse al dominio de lo cuantificable. En la medida en que la naturaleza de los datos (si serán cuantitativos o no) determina cuáles son los problemas, la ciencia política corre el riesgo de descubrir “más y más” en mérito del “menos y menos”; de volverse precisa, incluso exacta, pero sobre cosas triviales. Bienvenidos sean, pues, los datos cuantitativos que se prestan para un tratamiento estadístico; pero el hecho de que sean datos expresables en números no los hace de por sí importantes, no constituye un criterio de relevancia (Sartori, 2010: 249).

De ahí que Sartori establezca que la revolución behaviorista haya significado el desarrollo de la investigación de la ciencia política a partir de la conjunción complementaria entre el trabajo de escritorio y el trabajo de campo.

Otro aspecto destacado, mencionado anteriormente³⁴, es el vinculado con los valores, contemplados en el sexto punto de los lineamientos y críticas. Como señala Sartori (2010: 249-250), los behavioristas, bajo la influencia de la *Wertfreiheit* formulada por Max Weber, procuraban “liberarse del valor”; es decir, ser neutrales en cuanto a la valoración del sistema y que una de sus críticas fundamentales a los tradicionalistas era precisamente que eran valorativos. Paradójicamente, los behavioristas después fueron acusados de “no valoratividad conservadora”; mientras que sus críticos reclamaban la “libertad de valorar”.

³⁴ *Vid supra*, p. 84.

La conclusión de Sartori respecto de la no valoración radica en que epistemológicamente es difícil sostener que un saber científico depende en primerísimo y determinante lugar de su no valorabilidad; quien lo hace así peca de exageración y simplismo. Añade que “Mientras la neutralización de los valores resulta, cuando menos para la ciencia política, un principio regulador de fundamental importancia, la elisión (*sic*) de los valores se presenta como un principio constitutivo que está por demostrarse” (Sartori, 2010: 253). Éste es un tema que, como se puede ver, ha generado mucho debate, pero no sólo en la ciencia política, sino también en las ciencias sociales en general.

Por otra parte, en un recuento de las influencias recibidas por el behavioralismo, es menester señalar que los científicos sociales europeos que huyen del nazismo y de la guerra tendrán un papel destacado. Somit y Tanenhaus (1988: 231) mencionan que, aún cuando pocos de ellos se inclinaban hacia el conductismo y que más bien le eran hostiles, le acercaron a los estadounidenses corrientes de pensamiento como el positivismo lógico o la obra de Max Weber, de las cuales los futuros behavioralistas tomaron muchas cosas prestadas.

En este reconocimiento, Gabriel A. Almond establece respecto a la estadística, uno de los mayores orgullos del behavioralismo, que la mayoría de los avances más importantes fueron logrados por europeos y agrega que “La Place y Condorcet eran franceses; la familia Bernoulli era suiza; Bayes, Galton, Pearson y Fisher, ingleses; Pareto, italiano; y Markov, ruso. El primer teórico de la ‘elección pública’ fue un escocés llamado Duncan Black” (Almond, 1999: 58); sin embargo, lo que hicieron los estadounidenses fue mejorar y aplicar los métodos cuantitativos en la investigación por encuestas, el análisis de contenidos, el análisis estadístico agregado, la elaboración de modelos matemáticos y la comprobación empírica de hipótesis psicológicas y sociológicas formuladas en la bibliografía europea sobre ciencias sociales.

A este recuento, Almond le añade la penetración de los científicos sociales europeos refugiados como Paul Lazarsfeld, Kurt Lewin, Maria Jahoda, Wolfgang Kohler, Hans Speier, Erich Fromm, Franz Neumann, Otto Kirchheimer, Leo Lowenthal, Franz Alexander, Hannah Arendt, Hans Morgenthau y Leo Strauss, entre otros. Por lo cual, considera que

dicha corriente migratoria trajo consigo las diversas polémicas entonces existentes en el área de las ciencias sociales, y que es un mito la contraposición de un enfoque europeo y otro estadounidense en torno al problema de la orientación humanista vs. científica. El desarrollo de las ciencias sociales y políticas en los Estados Unidos de Norteamérica muestra una clara continuidad con sus antecedentes europeos (Almond, 1999: 58).

Por lo que, contrario a la crítica antibehavioralista respecto de la interdisciplinariedad y aprovechamiento de los métodos, técnicas y conceptos de otras disciplinas sociales, Almond concluye que “La ciencia política en general está abierta a cualquier metodología susceptible de hacernos más inteligible el mundo de la política y de la administración pública” (Almond, 1999: 59). Aunque, contrario al espíritu de los años cincuenta, establece que tampoco se debe desdeñar el saber propiciado por la metodología tradicional sólo porque ahora se dispone de la estadística y las matemáticas.

Las críticas recibidas, además de la autocrítica realizada al interior del behaviorismo, dieron pie al replanteamiento de esta corriente desde finales de los años sesenta, con lo cual se constituirá el postbehaviorismo. En el espíritu del señalamiento realizado por Gabriel Almond respecto de las aportaciones e influencias recibidas por el behaviorismo de parte de los investigadores europeos y de la ciencia política tradicional, los postbehavioristas reconocen que los estudiosos que siguen otras concepciones teóricas pueden hacer aportaciones útiles al conocimiento del comportamiento político. Los postbehavioristas plantean, además, que la teoría debe ser el punto de partida de la investigación empírica; no obstante, debe ser falsable, es decir, ponerse a prueba y ser desmentida por los hechos o por un experimento adverso.

El arranque del behaviorismo desde sus antecedentes, hasta los ajustes y modificaciones posteriores que llevaron a los avances y matices del postbehaviorismo, convirtieron a esta corriente, como se dijo desde un inicio, en una de las más influyentes en la ciencia política, tan así que se ha convertido para propios y extraños, con críticas y alabanzas, en un referente inevitable. En la actualidad hay otras corrientes preocupadas por el estudio del comportamiento

político, pero no existirían sin las aportaciones iniciales y posteriores realizadas por los behavioralistas.

El behavioralismo, en su esfuerzo por estudiar el comportamiento político, apostó por la interdisciplinariedad y Gabriel Almond, en su rememoración de influencias, simplemente hace un reconocimiento de ella, a la cual lleva a sus últimas instancias, pero con la visión clara de que no se trata sólo de tomar por tomar, sino que el eclecticismo implica tener claro qué, cómo y por qué se obtienen préstamos de otras áreas de conocimiento. Otra decisión, igualmente relevante, es la de determinar aquellas áreas que sean viables de materia de estudio para la comprensión de su propio objeto de estudio. Una de estas áreas fue la comunicación y a partir de ahí surgió la preocupación por la comunicación política.

3.2. La esfera pública

Existe una tendencia en el ámbito académico por reconocer los aportes de Hannah Arendt y Jürgen Habermas, aunque en realidad mucho más al segundo que a la primera, al estudio de la esfera o espacio públicos. A pesar de ello, ellos recuperan una larga tradición del pensamiento europeo desde los griegos. Podrían enumerarse varios autores, pero el propio Habermas retoma y analiza específicamente la concepción de idea e ideología de la publicidad burguesa y la opinión pública de Immanuel Kant, Georg Wilhelm Friedrich Hegel, Karl Marx, John Stuart Mill y Alexis de Tocqueville, entre los más destacados³⁵. Por otra parte, hay quien destaca (Cohen y Arato, 2002: c. 5) los aportes de los alemanes Carl Schmitt y, especialmente, Reinhart Koselleck en el estudio de la esfera pública liberal, que servirá de influencia en la conformación de la concepción de la esfera pública de Arendt y Habermas.

Carl Schmitt, entre los años veinte e inicios de los treinta del siglo pasado, defiende una visión apolítica del liberalismo moderno basada en la discusión

³⁵ *Vid Infra*, pp. 101-105.

pública o deliberación abierta a través del parlamentarismo, el cual será su manifestación “política”. De esta manera, entiende la discusión como

un intercambio de opinión que está regido por el propósito de persuadir al oponente de la verdad o justicia de algo, o de hacer posible que uno sea persuadido de que algo es verdadero y justo [...] A la discusión pertenecen convicciones compartidas como premisas, el deseo de ser persuadido, la independencia de los vínculos del partido, la libertad y el hecho de haberse liberado de los intereses egoístas [...] A la esencia del parlamentarismo pertenecen, por lo tanto, la deliberación pública de argumentos y contraargumentos, el debate público y la discusión pública. (ctd. en Cohen y Arato, 2002: 243)

Por lo que la voluntad política común surge como resultado del proceso de confrontación abierta de opiniones diferentes. La voluntad política se obtiene de manera legítima cuando “las normas de la independencia de los representantes, su libertad de expresión e inmunidad, y la apertura de los procedimientos, reciben todos su validez del principio de la discusión pública” (Cohen y Arato, 2002: 244).

Es en la discusión en donde se realiza efectivamente la democracia, más que en cualquier otra dimensión formal. Por eso, para estos autores, Schmitt se da cuenta de que el principio de la discusión se da en la sociedad y no en el Estado, lo que marca una diferencia con Hannah Arendt; ello implica, además, que vea el parlamento como el mecanismo de penetración de la sociedad en el Estado y sirviendo como mediador para la separación entre estas esferas. Por lo que, a pesar de sus principios liberales, reconoce la importancia del Estado, aunque sin intervenir en los ámbitos económico y cultural propios de la esfera social. Aquí radica precisamente la función mediadora del parlamento: mantener la estabilidad y el equilibrio entre sociedad y Estado.

Para que el parlamento pueda cumplir con esta función mediadora, las libertades (de opinión, expresión y prensa) de que goza se deben extender a una vida pública fuera de él. Los individuos privados, la sociedad, requieren de esas libertades para que el liberalismo pueda sobrevivir, por lo que llegan a constituir un mecanismo de control social sobre el parlamentarismo para que éste cumpla cabalmente la función señalada.

Por su parte, Reinhart Koselleck (ctd. en Cohen y Arato, 2002: 248) establece, a finales de los años cincuenta del siglo XX, que la separación de la política y la moral como consecuencia del creciente desinterés del Estado absolutista de controlar la conciencia individual privada, llevó a la constitución de la sociedad como una formación independiente del Estado y posteriormente contraria a éste. La sociedad de la Ilustración surge bajo la protección de los funcionarios estatales ilustrados como producto de la combinación de los beneficiarios de la naciente burguesía beneficiaria de la política y crecimiento económicos nacionales, que tenía dinero pero no influencia política, y de las élites intelectuales y judiciales. Su forma de organización se da en el salón privado, el café, el club, la biblioteca, la logia masónica y, después, la sociedad secreta.

La moral juega un papel clave en la polarización entre sociedad y Estado, ya que el carácter apolítico de la moral permitía cuestionar un Estado amoral, lo que convertía a la moral en indirectamente política. Esto llevó a que la Ilustración radical se propusiera la disolución y remplazo del Estado. Para Cohen y Arato de la crisis del Antiguo Régimen absolutista y los planteamientos de la Ilustración, emerge la esfera pública liberal de Schmitt, por lo que la crítica “que es el arma por excelencia de la esfera pública, se ha vuelto política” (Cohen y Arato, 2002: 250). Ante lo cual, el Estado absolutista no tiene capacidad de respuesta, ya que al ser construido para contrarrestar la crítica de las armas “fracasa ante las armas de la crítica que, debido a su naturaleza supuestamente apolítica, desarma una respuesta política adecuadamente militante”. Las consecuencias de la negación de la política por parte de los agentes políticos es el colapso del Estado absolutista y la incapacidad de establecer un nuevo modelo político.

Finalmente, para Koselleck la crítica moral apolítica cae en la hipocresía cuando sólo reconoce su motivación moral. Al respecto, Cohen y Arato (2002: 251) señalan que Koselleck no se decide a culpar a la razón crítica de voluntad de poder o de tener una tendencia implícita a la guerra civil. Lo que sí establece es que la esfera pública cumplió una mediación central para los hombres de la Ilustración, políticamente débiles pero con deseos de poder, al servir no sólo de estrategia para quitarle el poder al Estado, sino también para institucionalizarla como una nueva alternativa política.

Ante estos planteamientos de Schmitt y Koselleck, Hannah Arendt y Jürgen Habermas elaborarán su concepción de la esfera pública y su papel.

Una de las preocupaciones en la obra de Hannah Arendt consiste en la alienación del hombre en lo que denomina el Mundo Moderno. El sentido de esta alienación radica en que se han desdibujado las funciones de la vida familiar y la política establecidas en las esferas privada y pública, respectivamente; para ser subsumidas, cada vez más, en la “sociedad”. Esta nueva esfera social constituye el nuevo campo en el que se median las relaciones entre las dos primeras esferas y lo privado asume carácter público y viceversa.

Para esta filósofa alemana interesada en la teoría política, el surgimiento de la sociedad ha venido a trastocar el funcionamiento y diferenciación de las esferas pública y privada como se habían dado en la antigua Grecia y que con el tiempo se fueron perdiendo hasta llegar al momento en el que surge la esfera social en el Mundo Moderno con la consiguiente pérdida de la autonomía de ambas esferas. Por eso se ve precisada a criticar a la nueva esfera mediante la recuperación, defensa y exaltación del modelo griego como una forma de rescatar la separación y funcionamiento autónomo y adecuado de las esferas pública y privada. Su esfuerzo se materializa de manera particular en su obra *La condición humana*, la cual escribe en Estados Unidos en 1958.

En su reflexión sobre la condición humana, Arendt (2005: 35) parte de la idea de que el hombre obtiene su calidad humana en la acción, que es una de las tres actividades constitutivas de la *vita activa*, junto con la labor y el trabajo. La labor es la actividad que se realiza para satisfacer las necesidades vitales producidas durante el proceso biológico de la vida. El trabajo es una actividad mundana que proporciona cosas que resultan artificiales porque responden a las exigencias no naturales de los hombres.

La acción, por último, es aquella actividad que le otorga al hombre la capacidad de ser libre en tanto que le permite trascender lo dado y empezar algo nuevo mediante su actuación. La acción se manifiesta en la pluralidad, el lenguaje y la voluntad libre. La pluralidad es considerada *la condición (conditio per quam)* de toda vida política. Arendt concibe la pluralidad como la condición de la acción

humana porque todos somos humanos; es decir, lo mismo y nadie igual a cualquier otro que haya vivido, vive o vivirá, o sea, es único. Por eso señala que

La acción sería un lujo innecesario, una caprichosa interferencia en las leyes generales de la conducta, si los hombres fueran de manera interminable repeticiones reproducibles del mismo modelo, cuya naturaleza o esencia fuera la misma para todos y tan predecible como la naturaleza o esencia de cualquier cosa (Arendt, 2005: 36).

En esta dialéctica general-particular emanada de la pluralidad, el hombre se realiza como tal en el momento en que, mediante la acción, establece su unicidad y particularidad al diferenciarse de los otros hombres mediante su relación con ellos y la determinación de qué quiere y cómo lo quiere hacer. La pluralidad implica, entonces, una gran variedad de posiciones y acciones, las cuales necesitan ser confrontadas y debatidas con los otros para llegar a un esfuerzo común.

Respecto del lenguaje, su importancia en la acción radica en que “cualquier cosa que el hombre haga, sepa o experimente sólo tiene sentido en el grado en que pueda expresarlo”, por lo que los hombres en cuanto seres políticos “que viven, se mueven y actúan en este mundo, sólo experimentan el significado debido a que se hablan y se sienten unos a otros a sí mismos” (Arendt, 2005: 32). En este sentido, se debe entender el lenguaje como discurso. Lenguaje o discurso es el instrumento para manifestarse, pero también para debatir y llegar a acuerdos; el lenguaje es instrumento para la relación dialéctica entre los hombres.

Además, la acción no se da en un mundo elegido a voluntad y capricho del hombre; por el contrario, para Arendt (2005: 36-37), éste es un ser condicionado por las cosas con las que entra en contacto, las cuales se convierten en condición de su existencia. Aquí se establece otra relación dialéctica en la que el mundo está formado de cosas producidas por la actividad humana, las cuales, a su vez, condicionan constantemente a sus productores, de la misma manera que lo hace la naturaleza. En esta relación de condicionamiento, el hombre se encuentra condicionado por el mundo producto de su actividad; sin embargo, puede actuar mediante el ejercicio de su libre voluntad para modificarlo, el cual, al volverse producto de su actividad, vuelve a condicionarlo; en un proceso dialéctico constante y permanente.

Pluralidad, lenguaje y libre voluntad son manifestaciones de la acción, la cual, junto con la labor y el trabajo conforman la llamada *vita activa*, vida humana en la que cosas y hombres forman el medio ambiente de cada una de las actividades humanas. Este ambiente es el mundo en el que le ha tocado vivir a los hombres y es producto de su actividad; de la misma manera en que es el medio, como se señaló antes, que lo condiciona. La actividad o acción se da porque los hombres viven juntos, se da al interior de la sociedad de los hombres.

En síntesis, de las actividades de la *vita activa*, la acción es la que determina, en última instancia, la condición humana mediante sus tres elementos constitutivos, ya que la labor no requiere forzosamente de la participación de otros, aunque un ser laborando solo no sería humano, sino un *animal laborens*. El trabajo se puede realizar sin los otros, pero no sería humano si así lo hiciera, ya que, como menciona Arendt, “El hombre que trabajara, fabricara y construyera un mundo habitado únicamente por él seguiría siendo un fabricante, aunque no un *homo faber*; habría perdido su específica cualidad humana y más bien sería un dios”. Ante lo cual, solamente la acción tiene la “prerrogativa exclusiva del hombre; ni una bestia ni un dios son capaces de ella y sólo ésta depende por entero de la constante presencia de los demás” (Arendt, 2005: 51).

Esta presencia de los demás implica para el pensamiento griego, especialmente de Platón y Aristóteles, un punto diferencial respecto de posteriores pensadores. Para ellos, la sociedad no era una característica específica y fundamentalmente humana, ya que la tenían en común con los animales; es decir, la sociedad no separa a los hombres de los animales, sino que simplemente es una característica animal de los hombres. Por eso, Arendt aclara, respecto a la natural y meramente social compañía de los hombres, que “se consideraba como una limitación que se nos impone por las necesidades de la vida biológica, que es la misma para el animal humano que para las otras formas de existencia animal” (Arendt, 2005: 51-52). Razón por la cual critica la traducción primitiva del *zoon politikon* aristotélico como *animal socialis* presente en Séneca y el *homo est naturaliter politicus, id est, socialis* (“el hombre es político por naturaleza, esto es, social”) de Santo Tomás, ya que distorsionan el significado del concepto acuñado por el “Estagirita”.

Para Aristóteles (ctd. en Arendt, 2005: 52), el *bios politikos* considera, de entre todas las actividades humanas presentes en las comunidades, como estrictamente políticas solamente dos: la acción (*praxis*) y el discurso (*lexis*), de las que surge la esfera de los asuntos humanos. Esfera de la que se excluye todo lo que sea meramente necesario o útil; es decir, en términos de Arendt, la labor y el trabajo. La concepción del hombre como animal social, más propia del mundo romano, no coincide con la del pensamiento griego, para el cual la organización política es diferente y hasta opuesta a la asociación natural centrada en el hogar y la familia; asociación que será considerada como vida privada. Por el contrario, la vida política, el *bios politikos*, surge con el nacimiento de la *polis* o ciudad-estado; con lo cual el ciudadano recibe dos vidas: una política y una privada, en las que diferenciará de manera tajante lo comunal (*koinon*) de lo que es suyo (*idion*), respectivamente.

Establecida esta división de la vida del hombre en privada y pública, Hannah Arendt (2005: 56) ubica la vida privada en la dimensión de la esfera doméstica o privada y la vida política en la esfera de la *polis* o política. En cuanto a la primera, señala que tiene como rasgo distintivo el de que los hombres vivían juntos llevados por sus necesidades y exigencias para garantizar su mantenimiento individual y la supervivencia de la especie. Por su parte, la esfera de la *polis* era la de la libertad. Ambas esferas tenían una relación porque el dominio de las necesidades vitales en la familia era la condición para la libertad de la *polis*.

La compañía de los hombres es, efectivamente, un requisito para sobrevivir; sin embargo, esto no quiere decir que la relación entre ellos sea de igualdad y cooperación. Por el contrario, la necesidad lleva a la organización doméstica privada y al uso de la fuerza y la violencia como los únicos medios para dominar la necesidad (un ejemplo de ello es la esclavitud). El hombre, por lo tanto, solamente puede ser libre cuando, mediante la organización doméstica y el uso de la fuerza y la violencia, deja de preocuparse por la necesidad; es decir, cuando puede dedicar sus esfuerzos a una actividad diferente a la labor y el trabajo: la acción.

Ésta es la razón por la que resultan inválidos los cuestionamientos del por qué los filósofos griegos no cuestionaban la esclavitud. Como lo señala Arendt, ellos dieron por sentado que la libertad se localizaba en la esfera política y que sólo podía ejercerse si se tenía resuelto el problema de la necesidad. Por lo que la esclavitud era una forma válida y aceptada de conseguirlo; en otras palabras, “Debido a que todos los seres humanos están sujetos a la necesidad, tienen derecho a ejercer la violencia sobre otros; la violencia es el acto prepolítico de liberarse de la necesidad para la libertad del mundo” (Arendt, 2005: 57).

De la misma manera que la violencia es un acto prepolítico para los griegos, gobernar y ser gobernado, gobierno y poder, también son prepolíticos y, por ende, propios de la esfera privada más que de la *polis*. En efecto, en la esfera privada no existe la libertad mientras el cabeza de familia deba atender los requerimientos de la necesidad, ni tampoco hay igualdad en tanto que, por la búsqueda de obtener la ansiada satisfacción de dicha necesidad, unos hombres se ponen por encima, dominan a otros. La violencia y el gobierno son, por ello, prepolíticos, ya que el individuo debe cumplirlos en la esfera privada antes de que pueda acceder y pertenecer a la *polis*, que es en donde hace política.

Como se ha señalado, en la esfera privada se cuidaban y garantizaban las necesidades de la vida, la supervivencia individual y la continuidad de la especie. Arendt (2005: 68) considera que como en esta esfera el hombre no existía como verdadero ser humano, sino como espécimen del animal de la especie humana, los griegos tenían un gran desprecio por lo privado.

De manera tajante, Hannah Arendt comenta que

Vivir una vida privada por completo significa por encima de todo estar privado de cosas esenciales a una verdadera vida humana: estar privado de la realidad que proviene de ser visto y oído por los demás, estar privado de una “objetiva” relación con los otros que proviene de hallarse relacionado y separado de ellos a través del intermediario de un mundo común de cosas, estar privado de realizar algo más permanente que la vida propia. La privación de lo privado radica en la ausencia de los demás; hasta donde concierne a los otros, el hombre privado no aparece y, por lo tanto, es como si no existiera. Cualquier cosa que realiza carece de significado y consecuencia para los otros, y lo que importa a él no le interesa a los demás (Arendt, 2005: 78).

Por el contrario, en la *polis* ser libre “significaba no estar sometido a la necesidad de la vida ni bajo el mandato de alguien y no mandar sobre nadie; es decir, ni gobernar ni ser gobernado” (Arendt, 2005: 58). Por eso al cabeza de familia se le consideraba libre únicamente cuando contaba con la facultad y condiciones de abandonar el hogar y entrar en la esfera política. Formar parte de esta esfera implicaba estar entre iguales, entre pares por contar con la misma condición, ya que la igualdad era “la propia esencia de la libertad: ser libre era serlo de la desigualdad presente en la gobernación y moverse en una esfera en la que no existían gobernantes ni gobernados”. Ser libre implicaba formar parte de la minoría de la ciudad-estado, una minoría de iguales en una población mayoritaria de desiguales que no tenía la mínima posibilidad de ser libre ni igual.

Por lo que Arendt destaca que

Pertenecer a los pocos “iguales” (*homoioi*) significaba la autorización de vivir entre pares; pero la esfera pública, la *polis*, estaba calada de un espíritu agonal, donde todo individuo tenía que distinguirse constantemente de los demás, demostrar con acciones únicas o logros que era el mejor (*aien aristeuein*). Dicho con otras palabras, la esfera estaba reservada a la individualidad; se trataba del único lugar donde los hombres podían mostrar real e invariablemente quiénes eran. En consideración a esta oportunidad, y al margen del afecto a un cuerpo político que se la posibilitaba, cada individuo deseaba más o menos compartir la carga de la jurisdicción, defensa y administración de los asuntos públicos (Arendt, 2005: 64).

La *bios politikos* es tan importante para los antiguos griegos que sin ella se sentían desprovistos de algo, por ello Arendt dice que “Un hombre que sólo viviera su vida privada, a quien, al igual que el esclavo, no se le permitiera entrar en la esfera pública, o que, a semejanza del bárbaro, no hubiera elegido establecer tal esfera, no era plenamente humano” (Arendt, 2005: 61-62). La vida política es, entonces, una “buena vida”. Por lo que destaca la importancia de la esfera pública para la realización del hombre.

La participación del ciudadano en la *polis* le representa una “buena vida”, como la califica Aristóteles, porque era mejor, más libre de cuidados y noble que la ordinaria, pero especialmente por ser de una calidad diferente, ya que no estaba ligada al proceso biológico vital, en otras palabras, había dejado de ser

animal para ser hombre. Era un hombre de valor por atreverse a la empresa de los asuntos de la ciudad. Ese valor se manifiesta en virtud política. Sólo baste recordar que, desde los romanos como Petrarca y Boecio hasta pensadores como Maquiavelo y Baltasar Gracián, la virtud es clave para diferenciar a los hombres y que la raíz de esta palabra es *vir*, que significa varón y, por ende, ser virtuoso es ser varonil, o sea Hombre. El virtuoso es el que tiene la fuerza para conquistar a la fortuna, salir adelante y construir su destino (Magaña, 2006: c. 2).

En este sentido, vivir juntos mediante la compartición de palabras y hechos, le otorga a la *polis* dos funciones: primero, le multiplica a los hombres las ocasiones para ganar “fama inmortal”, que es uno de los valores fundamentales de los griegos, la trascendencia; es decir, proporciona “las oportunidades para que el individuo se distinga, para que muestre con hechos y palabras quién es en su única distinción” (Arendt, 2005: 223). La segunda función es que la *polis*, con su propia existencia, garantiza que las palabras y hechos se vuelvan imperecederos, que de otra manera requeriría de que gente como Homero presentara dichos actos y palabras a los que no fueron testigos de ello, lo cual no siempre se podía dar.

Por lo que la *polis* no es tanto la ciudad-estado como espacio físico, sino como organización de gente que la establece como el espacio de personas que viven juntas con la finalidad de actuar y hablar juntos para trascender. Por ello dice Arendt que es el “espacio donde yo aparezco ante otros como otros aparecen ante mí, donde los hombres no existen meramente como otras cosas vivas o inanimadas, sino que hacen su aparición de manera explícita” (Arendt, 2005: 225). Estar privado de esto es estar privado de la realidad, porque la realidad está garantizada por la presencia de otros y la aparición ante otros.

La acción y el discurso le proporcionan a la esfera pública una peculiaridad fundamental y es la de que, gracias a ambas, nunca se pierda su carácter potencial, el cual es garantía para que no se socaven ni maten las comunidades políticas. Este carácter potencial es propia y constituyente del **poder**, el cual es producto de la actuación conjunta de los hombres y desaparece cuando se separan. El poder es la potencialidad de estar juntos y depende del acuerdo temporal y confiado de muchas voluntades e intenciones. Debido a esta

necesidad de acuerdo se le otorga más importancia al discurso que a la acción por su importancia para convencer a los otros y para que se establezca su relación.

Hannah Arendt diferencia el poder de la fuerza, la cual es una cualidad natural de un individuo aislado. La fuerza se ejerce de un hombre hacia otro, el poder de un grupo de hombres hacia otros, así los primeros sean pocos y los otros muchos. La existencia y fortaleza del poder se dan en la unidad, la cual es su prerequisite y garantía:

el poder, como la acción, es ilimitado; carece de limitación física en la naturaleza humana, en la existencia corporal del hombre, como la fuerza. Su única limitación es la existencia de otras personas, pero dicha limitación no es accidental, ya que el poder humano corresponde a la condición de la pluralidad para comenzar. Por la misma razón, el poder puede dividirse sin aminorarlo, y la acción recíproca de poderes con su contrapeso y equilibrio es incluso propensa a generar más poder, al menos mientras dicha acción recíproca sigue viva y no termina estancándose. La fuerza, por el contrario, es indivisible, y aunque se equilibre también por la presencia de otros, la acción recíproca de la pluralidad da por resultado una definida limitación de la fuerza individual, que se mantiene dentro de unos límites y que puede superarse por el potencial poder de los demás (Arendt, 1995: 226-227).

La conclusión es que la aspiración de omnipotencia implica siempre la destrucción de la pluralidad. Además de que si bien la violencia puede ser capaz de destruir al poder, nunca será su sustituto; sin embargo, la función del poder consiste en preservar la esfera pública.

Por otra parte, a partir del establecimiento de esta clara diferenciación existente entre la esfera pública y privada del mundo griego, Hannah Arendt plantea su crítica fundamental a la época contemporánea, cuando señala que en el Mundo Moderno las esferas social y política están mucho menos diferenciadas. Esto se debe a que, como Marx acepta de los economistas clásicos, la política es una función de la sociedad y la acción, el discurso y el pensamiento son fundamentalmente superestructuras relativas al interés social. Lo cual hace imposible captar la diferencia entre ambas esferas porque, con el ascenso de la sociedad, se convierte en interés "colectivo" lo que antes era doméstico. Por eso

dice que en “el Mundo Moderno, las dos esferas fluyen de manera constante una sobre la otra, como las olas de la nunca inactiva corriente del propio proceso de la vida” (Arendt, 2005: 58).

La consecuencia de la emergencia de la sociedad en el Mundo Moderno es que se borró la línea divisoria entre lo privado y lo público; además de que se cambió el significado de estas palabras más allá de lo reconocible, así como su significación para la vida del individuo y del ciudadano. De esta manera, lo privado dejó de entenderse como la privación de la “buena vida” con la modificación y enriquecimiento de la esfera privada en el individualismo privado, para llegar hasta oponerse a la nueva esfera social, como a la política. De ahí que “lo privado moderno en su más apropiada función, la de proteger lo íntimo, se descubrió como lo opuesto no a la esfera política, sino a la social, con la que sin embargo se halla más próxima y auténticamente relacionado”. (Arendt, 2005: 62) Finalmente, con el auge de lo social, el interés privado por la propiedad privada se transforma en interés público.

La sociedad también ha excluido la posibilidad de acción en todos sus niveles que tenían los individuos en la *polis* y la ha sustituido por la conducta que espera de cada uno de sus miembros mediante la imposición de innumerables y variadas normas. La finalidad es eliminar toda acción espontánea o logro sobresaliente. La sociedad será, a partir de este momento, una sociedad de masas en la que la esfera de lo social puede abarcar y controlar a todos los miembros de una sociedad determinada, igualmente y con idéntica fuerza. La obtención de esta igualdad para todos los integrantes de la sociedad representa la conquista de la esfera pública. Por lo que la distinción y diferencia tan apreciados y deseados por los griegos han desaparecido de la esfera política y pasado a la vida privada, con la consiguiente pérdida de la razón de ser de la acción, la libertad y la igualdad.

He aquí el punto de ruptura de Arendt con el Mundo Moderno y la esfera social. Ella es defensora de la esfera pública del mundo griego y su clara distinción de la esfera privada, cada una de las cuales cumplen cabalmente con su función. Por el contrario, la sociedad ha venido a trastocar esta división en el momento en el que las instituciones privadas asumen funciones públicas y las

instituciones públicas las privadas. Por lo que se proponía recuperar la importancia y dignidad de la esfera pública clásica para el hombre moderno.

Para Cohen y Arato el fracaso de Arendt en demostrar la compatibilidad de su ideal normativo de la esfera pública con la modernidad consistió en que “estaba fuertemente relacionado con su crítica intransigente de la esfera social de mediación, a la que identificó como la dimensión específicamente moderna de la vida institucional” (Cohen y Arato, 2002: 243). El problema que detectan es que Arendt parte de una concepción idealizada de la política griega, dicha política decae para ella con el surgimiento de la sociedad, el Estado y la economía modernos, aunque reconoce, paradójicamente, que este modelo había desaparecido mucho tiempo atrás. A pesar de lo cual considera que durante las revoluciones modernas se abren espacios de experimentación de libertad pública.

La propuesta de concepción de la esfera pública de Jürgen Habermas retoma y supera la perspectiva de Arendt, pero también de Schmitt y Koselleck, para lo cual parte previamente de la revisión de la idea de opinión pública y de la publicidad burguesa presentes en el pensamiento europeo desde finales del siglo XVIII a partir de Kant y pasando por Hegel, Marx, Mill y Tocqueville.

Habermas señala que para Immanuel Kant la crítica de la dominación absolutista realizada por las personas políticamente racionales se ve como impolítica, en tanto que no tiene una aspiración política, sino más bien moral. Por lo que la publicidad, que es la esfera del raciocinio (la única que tiene poder), es ejercida por los ciudadanos constituidos en público: sigue el principio de mediación entre política y moral. De ahí que el postulado sea pensar por sí mismo, que es la única forma de superar la minoría de edad. Dicho postulado, convertido en principio, establece que

El uso público de su razón ha de estar libre en todo momento, y sólo él puede dar lugar a la Ilustración entre los hombres; el uso privado de la misma, empero, puede a menudo llegar a ser muy limitado, sin por ello, no obstante, obstaculizar seriamente el progreso de la Ilustración. (ctd. en Habermas, 1999: 139)

Por lo cual todos los ciudadanos están llamados a ser publicistas al dirigirse mediante escritos al propio público, que es el mundo; es decir, la esfera de la

publicidad. De esta manera, los ciudadanos adquieren este status por el hecho de ser un público racionante capaz de llegar a acuerdos sobre los asuntos “comunes”.

Para que se pueda realizar esta actividad racionante, la sociedad burguesa se establece como esfera de la autonomía privada; es decir, en un ámbito separado, autónomo del estado. Además, en tanto sociedad burguesa, Kant establece que sólo los propietarios privados, por tener alguna propiedad privada de la cual vivir, tienen acceso al público políticamente racionante ya que su autonomía se fundamenta en la esfera del tráfico mercantil, la cual interesa mantener como esfera privada.

Habermas señala que, ante la amenaza de estallido de la esfera privatizada del tráfico mercantil y del trabajo social por sus conflictos internos, a la publicidad no le conviene continuar la mediación entre política y moral. Hegel cuestiona que la sociedad burguesa pueda funcionar como un orden natural de ese tipo y en su concepto de opinión pública denuncia a la publicidad burguesa como ideología.

Para Hegel, la opinión pública es “la generalidad empírica de los puntos de vista y de las opiniones de muchos” (ctd., en Habermas, 1999: 150). La función de la publicidad es la de racionalizar el dominio al servir a la integración del opinar subjetivo en la objetividad que constituye el Estado. Por lo que la coincidencia del raciocinio político del público ya no se garantiza en la opinión pública, sino en el Estado.

Esto se debe a que, para Hegel, en la opinión pública se da el conocimiento de la mera apariencia y no de la razón, que es cosa de sabios. En este sentido, Hegel es tajante respecto de la concepción de Kant, ya que en el concepto hegeliano de sociedad civil se “destruye decisivamente las ficciones liberales sobre las que se basaba la autocomprensión de la opinión pública como legítima razón”, como menciona de manera categórica Habermas (1999: 150-151).

Superada la concepción kantiana de la publicidad como esfera de la razón propia de la burguesía, ahora con Marx se rompe con la visión hegeliana de la

publicidad como ideología al considerarla falsa conciencia ya que oculta el interés de la clase burguesa. Para Habermas, la crítica de Marx destruye, además, todas las ficciones de la idea de publicidad burguesa. De entrada, la ausencia de los presupuestos sociales de igualdad de oportunidades para ser propietarios y, por ende, las cualificaciones necesarias de propiedad e instrucción como hombre privado para ser parte de la publicidad.

Por otra parte, la contradicción del enfrentamiento de los burgueses con los trabajadores asalariados trae como consecuencia el desvanecimiento de la equiparación de los “propietarios” con los “hombres”, ya que “su interés en el mantenimiento de la esfera del tráfico mercantil y del trabajo social deja de ser un interés propiamente privado para degradarse a interés particular, que sólo por medio del ejercicio del poder puede imponerse a otros” (Habermas, 1999: 156). Por lo que dicha imposición de un grupo sobre los demás termina por limitar esa libertad tan preciada para la publicidad burguesa. Esto implica que la única forma de ser nuevamente hombre (*homme*) y responder verdaderamente a los intereses ciudadanos, o sea, no particulares, es salir de la realidad burguesa.

Conforme a lo anterior, la identificación central entre opinión pública y razón queda quebrantada ante la confusión de lo justo y lo correcto con la concepción de personas privadas reunidas en público que coinciden luego de discursos y contradiscursos; ya que es la imposición de unos sobre otros: predominan los intereses, no la razón; aunque se pretenda que la publicidad sea la manifestación del raciocinio y no de las relaciones de poder. Por eso el planteamiento de Marx radica en que la inserción de las clases no burguesas en la publicidad política y en las instituciones provocará que se les utilice como arma en contra de la burguesía. Desaparece la contradicción entre burgués y hombre al emerger en su lugar la identidad entre ciudadano y hombre. En donde la libertad del hombre privado ya no se determina por la propiedad, sino por su rol como ciudadano social.

En esta revisión de la concepción de publicidad, Habermas concluye con la teoría del liberalismo, la cual considera que ha sido superior a la crítica socialista de la publicidad burguesa. Para el liberalismo, la publicidad, conformada por el público burgués de acuerdo a las primeras concepciones, ahora se va ampliando

por la divulgación de la prensa y la propaganda, con lo que pierde la seguridad de la conexión de las instituciones del tráfico social y el relativamente alto nivel de instrucción. Con lo que los conflictos de la esfera privada se manifiestan en la publicidad, las necesidades de los grupos sociales que no podían ser satisfechas en el mercado autorregulado (privado) ahora son reguladas por el Estado, la publicidad se convierte en campo de enfrentamiento de intereses que llegará a ser hasta violenta con la consecuente desaparición de la tan preciada “razón” y las leyes expresarán de manera más o menos abierta el compromiso entre intereses privados en pugna.

John Stuart Mill, uno de los más destacados pensadores liberales, ve con desconfianza esta ampliación de la publicidad por el acceso de diversos grupos con intereses irreconciliables y formaciones dispares. Deplora “el yugo de la opinión pública” que considera como el “medio de coacción moral” y establece que “en el conjunto una creciente tendencia a extender el poder de la sociedad mediante el dominio de la opinión pública, una tendencia que está llegando ya a la impertinencia” (ctd. en Habermas, 1999: 164). Ante lo cual Habermas concluye de manera categórica que “El dominio de la opinión pública aparece como el dominio de la muchedumbre y de los mediocres” (Habermas, 1999: 164). Por lo que Mill señala que las cuestiones políticas deben ser decididas por los puntos de vista instruidos y cultivados de un relativamente reducido número de personas llamado especialmente para esta tarea. Personas poderosas que constituirán un público de élite con un raciocinio que sea determinante en la opinión pública.

Por su parte, Alexis de Tocqueville concibe a la opinión pública como un mecanismo de coacción que incita a la conformidad, con lo cual pierde su carácter de crítica. Al respecto señala que

En la medida que los ciudadanos se equiparan unos con otros llegando a ser análogos, disminuye en cada uno la inclinación a creerse ciegamente a un determinado hombre o a una determinada clase. Crece la propensión a creer en la masa, y cada vez más es la opinión pública quien gobierna al mundo... La publicidad posee en los pueblos democráticos un poder único, excepcional. No convence de sus concepciones, las impone, y macula a las almas por medio de una presión intelectual violenta ejercida por todos sobre el entendimiento de uno. (ctd. en Habermas, 1999: 165)

Tocqueville establece el carácter de masa de esos ciudadanos que se asumen como análogos y que conforman esa publicidad ampliada tan criticada por el liberalismo. Masa sin instrucción y que se impone como poder único. Aquí no hay lugar para la razón ni la crítica.

Por eso Habermas señala que Tocqueville, de la misma manera que Mill, considera que si bien la opinión pública puede servir para limitar al poder, a su vez debe ser sometida. También por ello Mill considera que la exigencia de tolerancia se dirige ahora a la opinión pública y no a los censores, y que el derecho a la libre manifestación de la opinión ha de proteger al raciocinio crítico del público de las acometidas del público mismo en contra de los incómodos y ya no tanto de la policía. Por ello Mill concluye que el público raciocinante ya no tiene acceso a una opinión racional porque “sólo la diferenciación de las opiniones en el estado dado del entendimiento humano concede a todos los aspectos de la verdad una esperanza de juego limpio” (ctd. en Habermas, 1999: 166).

El llamado es claro, ahora el reclamo es más por tolerancia que por crítica porque sólo así la razón podrá sobrevivir. El problema, acota Habermas, es la ausencia de una concordancia entre los intereses y un interés general no demostrado racionalmente, lo cual impide la unidad de razón y opinión pública.

Con el triunfo de la burguesía se disuelve la relación originaria entre publicidad y esfera privada; además de que los perfiles de la publicidad burguesa se desfiguran al socavar el ámbito privado y su principio de la notoriedad susceptible de crítica. La publicidad penetra cada vez más esferas de la sociedad y pierde su función política.

Habermas revisa este proceso desde su origen, cuando durante la alta Edad Media se van desconcentrando la reproducción social y el poder político. Los Estados nacionales y territoriales concentran el poder público, el cual se coloca por encima de las sociedades privatizadas. Cuando las sociedades privadas se emancipan del reglamento mercantilista; es decir, cuando logran que el Estado no intervenga en su funcionamiento y que ellas mismas se rijan, entonces obtienen la autonomía de la que emanará la esfera privada, cuyo requisito fundamental consiste, precisamente, en mantener fuera cualquier forma de intervención estatal.

A pesar de ello, como ya se vio con el liberalismo, durante el siglo XIX, los conflictos de intereses rebasan el marco de la esfera privada y requieren del intervencionismo estatal para su contención o solución. Lo cual coincide con un proceso de sustitución del poder estatal por el social. Con lo que se presenta una “dialéctica de una progresiva estatalización de la sociedad paralela a una socialización del Estado” (Habermas, 1999: 173), lo que destruye paulatinamente la separación entre Estado y sociedad, base de la publicidad burguesa. Por lo que entre ambas y de ambas surge una esfera social repolitizada que borra la diferencia entre “público” y “privado”, y disuelve la publicidad liberal.

La base de la contradicción en la esfera privada generada por la competencia imperfecta y de precios dependientes provoca que el poder social se concentre en manos privadas. Esto hace evidente la naturaleza antagónica de la estructura social y la necesidad de un estado fuerte que intervenga en el control de las contradicciones y, por ende, en la esfera privada. Los económicamente débiles deciden combatir con medios políticos a los que tienen una posición ventajosa en el mercado. Los antagonismos económicos se traducen en conflictos políticos y el Estado interviene, en unas ocasiones, en contra de los débiles y, en otras, a su favor.

El Estado participa más bien buscando el mantenimiento del equilibrio del sistema que como defensor de un interés en particular, así sea de los privilegiados. Aquí radica una de las claves que explica el no cumplimiento de las expectativas del pensamiento marxista respecto de la ruptura revolucionaria del sistema a partir del carácter irreconciliable de las contradicciones, como señala Strachey: “precisamente la lucha de las fuerzas democráticas contra el capitalismo fue lo que posibilitó la continuación del sistema” (ctd. en Habermas, 1999: 176).

En esas luchas, las funciones del Estado se ampliaron especialmente en el transcurso del siglo XX al pasar del mero mantenimiento del orden (las que Marx y Engels denominan aparato represivo del Estado) a las de configuración, que incluyen desde la protección, reparación y compensación de los grupos económicamente más débiles; hasta la prevención, amortiguamiento, planificación e, incluso, dirección de transformaciones de largo plazo de la estructura social.

Para lo cual el Estado añade a su rol administrativo, la prestación de servicios que habían estado en manos privadas, con lo que su intervención en la esfera privada queda declarada y los principios del liberalismo destruídos.

Habermas considera que no puede negarse la “influencia democrática” sobre el orden económico, al hecho de que los intereses de las diversas fuerzas sociales se trasladen a la dinámica política y, mediante la mediación estatal, retroactúen sobre la propia esfera del tráfico mercantil y del trabajo social. La consecuencia de esto radica en que

en el centro de la esfera privada públicamente relevante de la sociedad burguesa se forma una esfera social repolitizada en la que las instituciones estatales y sociales van de consuno, se encadenan a un marco funcional ya no diferenciable de acuerdo con criterios de público y privado. Desde el punto de vista jurídico, esa nueva interdependencia de las dos esferas hasta entonces separadas se expresa en el resquebrajamiento del sistema clásico de derecho privado. (Habermas, 1999: 178)

Se tiene entonces que, entre las esferas pública y privada, se conforma una nueva, la esfera social, constituída por ese terreno resultante de las luchas entre las diversas fuerzas privadas mercantiles y del trabajo que defienden sus respectivos intereses, que al rebasar el ámbito de su esfera se vuelven “públicamente relevantes” por su afectación al sistema en general, y la intervención del Estado para evitar esa fractura. Dicha combinación de factores implica la separación tajante de las dos primeras esferas y la disolución de sus fronteras para dar paso al surgimiento de la social, que se forma en el territorio que se está abriendo por las contradicciones mencionadas.

Esta situación se profundiza con la transmisión o “evasión” de las tareas de la administración pública a empresas privadas. Con lo cual el ciclo se cierra: el Estado interviene en la esfera privada y ésta en la pública, propia del Estado (socialización del Estado y estatalización de la sociedad); lo que da pie al desarrollo y fortalecimiento de la esfera social, que será ahora el lugar en el que se diluciden los conflictos de los factores de interés privados, ya que “Esa esfera no puede ya ser concebida ni como esfera puramente privada, ni como esfera

genuinamente pública; ni puede coordinarse sin más con los ámbitos del derecho privado o el derecho público” (Habermas, 1999: 181).

Este proceso de desaparición de las fronteras entre las esferas pública y privada pasa por un proceso todavía más traumático con la urbanización y construcción de las grandes ciudades. Los espacios libres para el contacto y comunicaciones públicos son cada vez menores, los individuos son paulatinamente aislados unos de los otros y no se pueden conjuntar a las personas privadas en público. Lo que termina con la destrucción de la interrelación entre las esferas pública y privada. Esto se debe no a que “el hombre de la gran ciudad sea un hombre-masa, sino porque ya no le es posible contemplar la cada vez más complicada vida global de la ciudad de un modo que le resulte público” (Habermas, 1999: 188). Ante esto, el ocio será la actividad que ocupe el espacio de la publicidad literaria en la que estaba instalada la subjetividad de la familia burguesa.

Al estar inserto en el ciclo de producción y consumo, el ocio es una actividad apolítica porque no constituye un mundo emancipado de las necesidades existenciales directas (como las básicas). Esto marca la diferencia con la etapa anterior, con la del público que surge en el siglo XVIII, el del hombre consciente de su rol como hombre y como burgués que le permitía saber que de la esfera privada brotaba la publicidad. Si bien no se movía necesariamente en la publicidad política, la publicidad literaria le permitía una especie de carácter político al sustraerse a la esfera de la reproducción social al participar en los salones, clubs y sociedades de lectura.

La familia es el marco ideal para la formación y penetración de la publicidad literaria, pero el paso de una literatura más bien ideológica de las nuevas revistas familiares y folletos ilustrados de gran difusión que emergen desde finales del siglo XIX sumen en una crisis a la publicidad literaria que se llega a reflejar también en el salón burgués. Se presenta una abstinencia de todo raciocinio literario y político, y la discusión social es sustituida por las actividades de grupo, en las cuales no se constituye público alguno. En donde sobrevive el raciocinio público, mediante la organización formal de coloquios y eventos, éstos adquieren también el carácter de bien de consumo.

Aquí radica la diferencia entre la publicidad que busca el raciocinio y la formación del público y el ocio que se alimenta del consumo de bienes: “El contacto con la cultura forma, mientras que el consumo de la cultura de masas no deja huella alguna; proporciona un tipo de experiencia que no es acumulativa, sino regresiva” (Habermas, 1999: 195). La importancia de la publicidad literaria consiste en que no sólo forma hombres en la cultura, sino que también en ella se entrena y presenta la crítica. La pérdida de la publicidad literaria es la pérdida de la visión crítica propia de un público lector raciocinante. Lo mismo sucede con el público de la publicidad política, la cual pierde su carácter político en aras de las demandas del consumo. La influencia de la prensa políticamente raciocinante pierde influencia cuando se amplía el público consumidor de la cultura.

La esfera social surge entonces como un espacio repolitizado que no entra bajo la categoría de lo público ni de lo privado, y en la que no medien las personas privadas políticamente raciocinantes, ya que

El público es completamente relevado de esa tarea por otras instituciones: por asociaciones, en primer lugar, en las que las personas privadas organizadas colectivamente intentan configurarse políticamente de un modo directo; mediante partidos, por otro lado, que convertidos en órganos del poder público se sitúan *por encima* de la publicidad, cuyos instrumentos fueron en otro tiempo. El proceso del ejercicio y compensación políticamente relevantes del poder tiene lugar de un modo directo, sin mediaciones, entre las organizaciones privadas, las asociaciones, los partidos y la administración pública; el público como tal sólo es esporádicamente admitido en ese ciclo del poder, y sólo para fines acclamatorios (Habermas, 1999: 204).

Esto provoca la ruptura total de la vieja publicidad sin lograr construir una que la sustituya. La función mediadora se ha perdido al pasar del público y de la publicidad burguesa a las instituciones y los partidos políticos que mantiene la relación directa con el aparato del Estado³⁶. Los medios de comunicación de masas son un vehículo para que estas instituciones consigan la aceptación o

³⁶ Un claro ejemplo de esto es la llamada “partidocracia”, en donde los partidos políticos han sustituido a los ciudadanos en su derecho de ser elegidos. En México, como en muchos otros países, la única forma que tienen los ciudadanos de ser candidatos a un puesto de elección popular es ser postulados por uno de ellos, lo que contraviene un derecho constitucional. En otros países se establece que bajo ningún concepto un partido estará por encima de un ciudadano.

resignación del público mediatizado. La publicidad deja entonces de ser crítica para pasar a ser instrumento de manipulación del público como de legitimación ante él. La publicidad perdió su carácter crítico para obtener ahora, mediante la prensa que deja de ser exclusivamente noticiosa, un nuevo carácter político: el de la opinión.

La visión sobre la relevancia de la esfera social de Habermas marca su distancia y ruptura con Arendt. Para ella significaba la denigración de su idealizado modelo clásico de la esfera pública y de la realización del hombre, por demás imposible en esos términos en el mundo moderno. Para Habermas es un proceso ineludible que, si bien trae consigo la eliminación de la publicidad burguesa con la consiguiente crítica y la introducción del ocio, también permite ampliar la democratización de la esfera privada al llevarla a la esfera social, y obtener triunfos y avances para los grupos económicamente menos poderosos. Convirtiendo a la esfera social en el lugar de la lucha y mediación institucionalizada con el aparato del Estado.

A partir de la propuesta de Habermas surgieron nuevas formas de conceptualizar y redefinir el espacio público, como los de Peter Dahlgren, Jean-Marc Ferry y Dominique Wolton. Propuestas que han sido aplicadas al estudio de la comunicación política, particularmente en Europa. El próximo capítulo da cuenta de cómo fueron aplicados el behavioralismo político y las concepciones de la esfera política a este campo de estudio.

CAPÍTULO 4

HACIA LA CONCEPTUACIÓN DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA

El estudio de la comunicación política ha sido llevado a cabo desde diversas concepciones provenientes de las disciplinas sociales. Se trata de un campo en el que éstas han incidido tanto por constituir una forma de ahondar en el conocimiento del objeto de estudio propio de cada una de ellas, como por la preocupación de temas específicos desde su ámbito particular. Esto ha traído como consecuencia que la temática específica de la comunicación política sea sumamente amplia. Resulta de interés a cada disciplina, doctrina, teoría y hasta época y lugar, lo que marca la conformación de dichas concepciones de análisis de la comunicación política.

La ciencia política destaca, sin embargo, por haber marcado la pauta del estudio de la comunicación política desde la perspectiva behaviorista desarrollada por estadounidenses, la cual ejerció una gran influencia internacional todavía vigente en el mundo académico dedicado a estudiar este campo. La diferencia establecida en la ciencia política radica no tanto en la temática compartida en buena medida con otras disciplinas, como en el hecho de haber iniciado la reflexión sobre la comunicación política en general como fenómeno y haber formulado el concepto.

El atractivo del behaviorismo fue grande, primero, por la “revolución” y ruptura con el pasado que llevó a cabo; segundo, por su pretensión de cientificidad y; tercero, por su apertura a las aportaciones teóricas y metodológicas de las otras disciplinas, especialmente la psicología, la sociología y la antropología. La contribución de esta corriente al estudio de la comunicación política fue, pues, sumamente considerable pues aportó varios de los grandes libros clásicos en la materia.

Por otra parte, en Alemania surgió una perspectiva diferente propuesta por Hannah Arendt y Jürgen Habermas, quienes legaron la concepción del espacio y la esfera públicas. Las ideas de estos pensadores alemanes fueron retomadas y desarrolladas por los estudiosos europeos, algunos de los cuales las orientaron y aplicaron como marco para comprender la comunicación política como condición fundamental y como parte integrante exclusiva de la democracia.

Las perspectivas behaviorista y de la esfera pública han marcado la pauta y ejercido una influencia considerable y mayoritaria en la investigación y

temática de la comunicación política en el mundo. Razón por la cual, el objetivo de este capítulo es el análisis de la aplicación de estas concepciones al estudio de la comunicación política. Consta de dos apartados: el primero trata sobre la perspectiva behaviorista en la comunicación política; en el segundo se abordan los planteamientos generados en Europa que llevaron al surgimiento de la comunicación pública como una rama de la comunicación política, pero de manera muy destacada a la aplicación de la esfera pública como factor para comprender el papel de la comunicación política en la democracia.

4.1. La perspectiva behaviorista

El behaviorismo le otorga a la comunicación un papel destacado en la política, al considerar su relevancia para el comportamiento político. Esta es la razón por la que, al inventariar Heinz Eulau las áreas de investigación de esta corriente, comente respecto de la comunicación que “como proceso concreto, es evidentemente una variable crucial que afecta a los procesos y a los resultados políticos” (Eulau, 1974: 549); aunque considere que como modelo, el proceso de comunicación parece más apropiado para analizar los fenómenos macropolíticos que el comportamiento político individual.

En este sentido, y en el ámbito predominante del behaviorismo presente en los años sesenta en los Estados Unidos, Richard R. Fagen publica *Política y comunicación*, el cual constituirá una reflexión pionera sobre la comunicación política y la diversidad de los estudios realizados hasta ese momento; así como el destacado papel que esta corriente le otorgará a la comunicación en la política. Su influencia e importancia será tal que estará presente en el mundo académico interesado en el estudio de la comunicación política, no sólo a nivel internacional, sino que además trascenderá hasta la actualidad al ser un punto de referencia obligada.

En *Política y comunicación* se plantean varios aspectos que serán centrales para el estudio de la comunicación política; especialmente, su concepción de la relación comunicación-política, que será clave para entender el carácter político de la comunicación, además de ser uno de los principales temas

de debate de este campo. Como ya se mencionó en otro momento³⁷, la política, en tanto actividad social, se da mediante la interacción social, interacción que requiere forzosamente de la comunicación, ya que la capacidad comunicativa del hombre hace posible la vida social y, por ende, la vida política. La comunicación es básica para toda actividad social y política.

Lo que pretende Fagen es establecer la relación entre política y comunicación, comunicación y política; así como sus mutuas afectaciones. Lo destacable es que no le pone ningún calificativo a la comunicación; es decir, no nombra comunicación política a las manifestaciones comunicacionales del fenómeno político; simplemente plantea que es comunicación y punto, sin más. De la misma manera que la política lo es, también, sin calificativo alguno. Fagen no entra, pues, en la práctica de ponerle denominaciones derivadas a los usos especializados o temáticos de la comunicación: comunicación política, comunicación organizacional, comunicación educativa, etcétera. De ahí que aclare que “la frase ‘comunicación política’ se emplea aquí como modo abreviado de referirnos a ese subconjunto de actividad comunicacional, que es pertinente para la comprensión de la vida política” (Fagen, 1969: 30).

Fagen considera que casi toda conducta política implica cierto tipo de actividad de comunicación. Por lo que política y comunicación, como se ha mencionado, son dos actividades diferentes, pero la política necesita de alguna modalidad de comunicación para la realización de casi todas sus actividades, ya que la comunicación política es un subconjunto de la actividad comunicacional; es decir, una parte vinculada con la vida política. Por lo anterior señala que: “*La actividad comunicacional se considera política a causa de sus consecuencias actuales y potenciales para el funcionamiento del sistema político*”³⁸ (Fagen, 1969: 32)

La influencia de esta afirmación de Fagen, inserta completamente en la concepción behaviorista, se nota claramente en otros autores, como Jean Marie Cotteret, quien dice que “*La comunicación es política en función de las consecuencias directas o indirectas, mediatas o inmediatas, que puede tener para*

³⁷ Vid supra, subcapítulo 2.1.

³⁸ Cursivas en el original.

el sistema político” (Cotteret, 1977: 3)³⁹. Dan D. Nimmo agrega que la “comunicación (actividad) es considerada política en virtud de sus consecuencias (reales y potenciales) que regulan la conducta humana bajo condiciones de conflicto”⁴⁰ (ctd. en Nimmo y Sanders, 1981: 27). En este mismo sentido, Blake y Haroldsen entienden por comunicación política aquella “comunicación con potenciales ‘efectos reales sobre el funcionamiento de un estado político u otra entidad política”⁴¹ (ctd. en Nimmo y Sanders, 1981: 27).

Meadow establece que la comunicación política es “cualquier intercambio de símbolos o mensajes que con un significativo alcance han sido compartidos por, o tienen consecuencias para, el funcionamiento de los sistemas políticos”⁴² (ctd. en Nimmo y Sanders, 1981: 27). Por su parte, Chafee menciona, de manera sintética, que consiste en “el papel de la comunicación en el proceso político”⁴³ (ctd. en Nimmo y Sanders, 1981: 27).

A partir de lo anterior, resulta necesario abordar el que es uno de los aportes fundamentales de Fagen, de los más citados, polémicos y empleados por los estudiosos, pero que, curiosamente, ha sido, probable y paradójicamente, el más dejado de lado: las consecuencias de la actividad comunicacional para el funcionamiento del sistema político.

El carácter político de la comunicación, según Fagen, no radica en ninguno de los elementos del proceso de comunicación (fuente, mensaje, canal y público), ni siquiera en la naturaleza política/no política de los elementos del modelo comunicacional (el mensaje de un político o la plática de unos novios). Por ello dice que si se considera uno por uno los elementos del modelo

¿Determina el papel o la posición ocupados por la *fuente* el carácter político de la actividad comunicacional, o no? Es decir, cuando habla el presidente de los Estados Unidos –sin tener en cuenta el canal, el

³⁹ Cursivas en el original.

⁴⁰ “*communication (activity) considered political by virtue of its consequences (actual and potential) which regulate humane conduct under conditions of conflict*”.

⁴¹ “*communication with actual potential ‘effects on the functioning of a political state or other political entity*”.

⁴² “*any exchange of symbols or messages that to a significant extent have been shaped by, or have consequences for, the functioning of political systems*”.

⁴³ “*the role of communication in the political process*”.

mensaje o el público- ¿es esto comunicación política? O, para continuar, ¿determina el contenido del propio *mensaje* –sin tener en cuenta la fuente, el canal o el público?- cuáles comunicaciones son políticas? Cuando hablan dos adolescentes acerca de una próxima elección, ¿es esto comunicación política? ¿O lo que importa es el *canal*? Por la simple razón de que el Estado es propietario de una de las cadenas de televisión en la Unión Soviética, ¿debe considerarse como comunicación política cada minuto de la televisión rusa? Y, finalmente, ¿qué pasa con el *público*? ¿Debería considerarse comunicación política toda actividad comunicacional dirigida a quienes desempeñan roles políticos?

La respuesta obvia a cada una de las preguntas anteriores es “no”. O sea, no podemos (o por lo menos no deberíamos) identificar las instancias de comunicación política simplemente de acuerdo con las fuentes, los mensajes, los canales o los públicos afectados. No deberíamos atenernos a un enfoque que nos enseña a tomar en cuenta todas las veces que el presidente felicita a su esposa, que un adolescente menciona la elección a un amigo, que la televisión soviética ofrece una comedia liviana, o que un ordenanza da los buenos días a un senador.⁴⁴ (Fagen, 1969: 30-31)

Por lo cual queda claro que el carácter político de la comunicación no radica en uno o en los elementos del modelo de comunicación en su conjunto. Fagen, al tomar como base el modelo de Lasswell para ejemplificar su idea, deja de lado inicialmente el quinto elemento, el que no es propiamente dicho comunicacional: los efectos; es decir, las consecuencias. Hace esta separación para establecer precisamente que **no** es en el proceso de comunicación, en sentido estricto, en donde radica dicho carácter político. Hecho esto recupera las consecuencias de la actividad comunicacional para el funcionamiento del sistema político.

Fagen menciona que el carácter político de la comunicación se encuentra indirectamente en los efectos a los que hace referencia Lasswell; sin embargo, no los concibe de la misma manera que este autor u otros que tuvieron su desarrollo a partir del conductismo. Por lo cual es necesario recordar la diferencia establecida con anterioridad entre conductismo y behavioralismo, y las finalidades y preocupaciones de cada uno de ellos⁴⁵. De ahí la insistencia en establecer que

⁴⁴ Cursivas en el original.

⁴⁵ *Vid supra*, pp. 72 y 78.

para el behavioralismo es fundamental considerar las consecuencias del comportamiento para el sistema político⁴⁶.

En todo caso, podemos terminar este punto con lo señalado por Almond y Coleman:

Todas las funciones establecidas dentro del sistema político, socialización política y reclutamiento, articulación de los intereses, agregación de intereses, elaboración y uso de la ley, se cumplen a través de los medios de comunicación. Padres, profesores y sacerdotes, por ejemplo, realizan una socialización política a través de la comunicación.

Los representantes y líderes de grupos de intereses y los líderes de los partidos cumplen su función de articulación y agregación, comunicando las demandas y mediante una política de recomendaciones. El legislador dicta las leyes sobre la base de informaciones que le son comunicadas, comunicándolas, a su vez, a los diferentes elementos del sistema político. En cumplimiento de sus funciones, los burócratas reciben y analizan la información que proviene de la sociedad y de los diferentes partidos de la comunidad. De la misma manera, el proceso judicial se mantiene a través de los medios de comunicación” (ctd. en Cotteret, 1977: 6).

Ante lo cual, para Cotteret, la comunicación permite abordar los fenómenos políticos bajo una nueva perspectiva.

Respecto de las consecuencias de la comunicación sobre el sistema político, a Fagen, en tanto estudioso de la comunicación política, no le interesa determinar cuál es la mejor manera de obtener la respuesta deseada, ya que no parte de la pretensión conductista de elaborar un modelo aplicable a las campañas propagandísticas o publicitarias, por mencionar algo. El punto relevante para él es **comprender de qué manera la actividad comunicacional afecta, en el sentido de reforzar o modificar, el funcionamiento del sistema político. Esta capacidad de afectación o consecuencia es el que le otorga el carácter político a la comunicación.** Con todo, aclara que el énfasis

⁴⁶ *Vid supra*, p. 82.

en las consecuencias y en el funcionamiento político no significa que ahora podemos olvidarnos de las fuentes, los mensajes, los canales y los públicos. Por lo contrario, estos elementos son de importancia fundamental para determinar la probabilidad de que la comunicación en cuestión tenga consecuencias para el funcionamiento político. (Fagen, 1969: 32)

Por ello no se deben dejar de lado los elementos constitutivos del proceso de comunicación ante el interés central por las consecuencias; sin embargo, para Fagen, éstas son relevantes cuando se trata de la comunicación política. A partir de esta afirmación, establece el camino a seguir para el análisis de las consecuencias de la comunicación sobre el sistema político: caracterizar cada tipo de sistema político como un cierto modo de organizar las comunicaciones y la vida política. Los sistemas considerados, sin comprometerse con la clasificación, son la democracia clásica, la democracia del compromiso, la autocracia y el totalitarismo⁴⁷.

Por otra parte, Dan D. Nimmo y Keith R. Sanders señalan, respecto a la relación comunicación-política establecida por los estudiosos en su definición de la comunicación política a partir de Fagen,⁴⁸ que

hay un cuerpo de actividad que es la “comunicación” (pero los estudiosos no se ponen de acuerdo sobre qué actividad); otro cuerpo de actividad denominado “política” (una vez más, existe poco acuerdo sobre el tipo de actividad que es); y cuando la primera actividad influye a la segunda, hay “comunicación política” (pero una vez más, la naturaleza de tal influencia no es objeto de coincidencia) (Nimmo y Sanders, 1981: 27).⁴⁹

Contrario a lo señalado por Nimmo y Sanders, hay aspectos más relevantes que establecen la coincidencia sobre el cuerpo de actividad “comunicación”, el cuerpo de actividad “política”; y la influencia del primero sobre el segundo. El problema

⁴⁷ Este aspecto se desarrollará en el quinto capítulo.

⁴⁸ Esat idea ha sido repetida o retomada de diversas maneras, aunque en esencia sea lo mismo, entre muchos otros, por los antes mencionados Cotteret, Blake y Haroldsen, Meadow, Chafee y hasta el propio Meadow,

⁴⁹ *“there is some body of activity which is ‘communication’ (but scholars do not agree what activity); another body of activity called ‘politics’ (again, there is little agreement on what activity is); and that when the former activity influences the latter, there is ‘political communication’ (but once again, the nature of that influence is not a matter of concurrence).”* Ya mencionada y desarrollada en el principio del segundo capítulo.

principal consiste en tomar citas de definiciones aisladas del contexto y desarrollo que un autor pensó para ellas. Si esto se realizara quedarían clarificadas las ideas de ese autor. Dicho de otra manera, independientemente de que se esté de acuerdo o en desacuerdo con la posición de un estudioso, lo que por lo menos se debe hacer es tratar de entenderlo, ya que esto traerá consecuencias posteriores.

Este comentario no se aplica solamente a Nimmo y Sanders, sino a todos aquellos que citan una idea de un autor sin profundizar en sus planteamientos, con lo que terminan por oscurecer u ocultar la comprensión de una idea. Todavía resulta peor cuando un investigador cita a un autor y otros repiten su cita una y otra vez en una cadena en la que ya no se recurre a la fuente original, la cual se va perdiendo en una mera frase multicitada y, por ende, empobrecida y hasta tergiversada; ya no digamos de autoría perdida.

Ante la aparente separación de las actividades política y comunicacional que destacan Nimmo y Sanders, es necesario aclarar algunos aspectos que resultan relevantes para poder analizar y comprender las concepciones y definiciones de la comunicación política. Esto va más allá de lo señalado por Nimmo y Sanders, pero en cierta forma implica lo que ellos han establecido.

Como resultado de lo visto hasta ahora, de entrada es un error considerar a la comunicación política como el resultado del cruce de dos actividades diferentes e independientes la una de la otra: la comunicación y la política; ya que se aplica erróneamente una especie de “teoría de conjuntos”, en donde se confrontan dos conjuntos diferentes: comunicación y política, cuyo resultado es la comunicación política.

Una segunda aplicación de esta teoría es la intersección de conjuntos. Es decir, ésta es otra forma de asumir a la comunicación y a la política como dos círculos o actividades, independientes el uno del otro, que se superponen de tal manera que el comunicacional tiene con la política un área en común: la comunicación política. En la práctica, se parte del término “comunicación política”, y se considera que está integrado por dos palabras: “comunicación” y “política”; a partir de ello definen cada una por su lado y, posteriormente, caracterizan la comunicación política como una sumatoria de las dos definiciones y de ahí sacan

la acepción final. Éste sería el caso de las “actividades” comunicación y política de Nimmo y Sanders, y su problema de establecer qué tipo de actividades son.

Cabe destacar que, según esta aplicación de la teoría de conjuntos, el resto de las áreas de cada uno de los círculos queda como exclusivo de cada una de ellas, lo que constituye la negación de todo lo que se ha avanzado hasta ahora en el análisis de las aportaciones de Fagen; a saber, que la comunicación en tanto proceso es un factor fundamental que está presente en casi toda la actividad política.

Ahora bien, respecto a la supuesta afectación que la actividad comunicacional realiza sobre la actividad política, y que denominan comunicación política, ha quedado claro también que es una aseveración errónea. Como se ha señalado, la comunicación no es una actividad independiente de la política, es un acto necesario y hasta fundamental para que el comportamiento político pueda llevarse a cabo; de la misma forma que le sucede a cualquier otra práctica social, como lo es la política.

En otras palabras, no es un comportamiento (comunicacional) que intervenga en otro comportamiento (político). La comunicación es un acto expresivo que es utilizado por la política para el logro de su o sus objetivos. Si se da una afectación es porque así se buscó utilizar a la comunicación en la política. La comunicación es una herramienta. Si la comunicación afecta a la política o al sistema político se debe ver cuál es el objetivo político que hay detrás.

Sobre este aspecto se puede concluir entonces que la actividad comunicacional no es una esfera fuera e independiente de la actividad política, sino que más bien es un acto expresivo (en términos de Martín Serrano) que mediante el proceso comunicativo forma parte de un comportamiento político y que así y sólo así incide en su realización. El individuo (o individuos) que desea lograr un objetivo político debe interactuar con otro u otros y para ello cuentan, dependiendo del caso, de actos ejecutivos, actos expresivos y/o una combinación de ambos.

Por otra parte, cabe cuestionarse qué tipo de actividad comunicacional es sobre la que no se han podido poner de acuerdo los estudiosos, según Nimmo y

Sanders. Ese es precisamente uno de los problemas centrales en el estudio de la comunicación política. No se trata de que no se pueda establecer qué actividad es, sino que, como se verá en otro momento, la pregunta debería estar formulada en plural, o sea, cuáles son tales actividades. De ahí uno de los factores de la riqueza en la variedad de la práctica de la comunicación política y de su consiguiente estudio: los investigadores tratan aspectos o actividades específicos, los cuales están en constante evolución. Esto implica una gran dificultad para que se llegue al ansiado, e ¿imposible?, acuerdo al que hacen referencia Nimmo y Sanders.

Si esta dificultad es evidente para lo comunicacional, lo mismo se puede esperar del acuerdo sobre el tipo de actividad que se da en la política. Por lo que se puede repetir la pregunta sobre cuál es el tipo o cuáles son los tipos de actividades que implica la política. El problema es mayor aquí ya que, de entrada, se podría mencionar, por poner unos cuantos ejemplos, el gobierno, la lucha por el poder (bajo la vía que se quiera: electoral o armada, por decir algo), la legitimación del poder, la socialización política, etcétera: o también los rubros mencionados anteriormente por Easton, Almond y Coleman. Esta diversidad dificulta el acuerdo, no porque no lo pueda haber, sino por la variedad de actividades. Tal vez por eso sería mejor, y es lo que ha sucedido, que cada quien estudie la actividad política que prefiera, desde la perspectiva que considere más adecuada y a partir de ahí analice la forma en la que interviene, en cada caso, el factor comunicacional. Por ello, una preocupación válida de los estudiosos de la comunicación política consiste en realizar un esfuerzo para visualizar las tendencias de investigación.

Éste es un tema vigente hasta la actualidad. Un ejemplo de ello se encuentra en la afirmación de la española María José Canel de que hoy la comunicación es esencial para la política y que si bien es casi universalmente aceptada, no lo es tanto su significado. Esto se debe a que la comunicación no es importante para sí misma, sino por las consecuencias que tiene. En este aspecto está la clave para entender su papel, ya que “la comunicación de las instituciones públicas tiene consecuencias en la salud de las personas, en la belleza de los parques, en la seguridad de las calles, en la calidad de los transportes, en la protección del medio ambiente en la paz” (Canel, 2010: 19).

A lo que Garnett agrega que

Como con la planificación, el presupuesto, la evaluación de los programas y otras herramientas de la gestión (...), la comunicación es importante porque afecta a la calidad de vida de las personas y, algunas veces, incluso a la posibilidad de que éstas sigan viviendo. La comunicación afecta a la confianza de los ciudadanos en el gobierno, así como el control que éstos tienen sobre el mismo. Influye en la moral de los que trabajan y en la productividad; la comunicación permea todas las facetas de gobierno (ctd. en Canel, 2010: 19).

Con lo cual se tiene clara la relevancia de la comunicación y una muestra de sus diferentes manifestaciones en la vida política.

La diversidad de posibilidades de estudio de la actividad política y del papel de la comunicación se encuentra en las diferentes corrientes teóricas que han abordado la comunicación política. Ejemplo destacado de ello dentro del behavioralismo es el de Gabriel Almond y Sidney Verba, quienes hacen referencia a la comunicación política en su clásico libro *La cultura cívica*, que está en la celebración de los 50 años de su publicación y que marcó un hito en la ciencia política comparada por la teoría y metodología utilizadas, por su esfuerzo de enfrentar países disímiles y por presentar una perspectiva novedosa sobre la democracia, pero especialmente sobre la participación.

Para comprender la comunicación política establecen pautas vigentes en una determinada cultura política, para lo cual consideran que es necesario conocer la conducta de comunicación, así como los sentimientos acerca de la comunicación política de parte de los ciudadanos. Las pautas establecidas por Almond y Verba son:

Si los hombres y las mujeres de la calle (corrientes) han de participar en un proceso político democrático, deben tener la sensación de que es bueno hacerlo así, de que no se exponen a grandes peligros cuando expresan sus opiniones políticas y de que pueden estar relativamente seguros de la persona con la que hablan dichos temas. Hasta el grado en que no existen tales expectativas, quedan suprimidos los impulsos de comunicarse políticamente, y lo que aún permanece de comunicación política tiende a ser restringido, oculto, confinado, a la familia o a grupos de "confianza ideológica"; la gente no es política "al nivel de la

conversación". Si la gente es o no política "al nivel de la conversación", si existe o no un proceso de comunicación abierto y relativamente libre, estará relacionado a su vez con el grado de desarrollo de los medios de comunicación y su libertad y autonomía, la relativa independencia de los grupos de intereses del control gubernamental y de partido, las características del sistema de partidos y las relaciones entre los mismos.

(...) El hablar de política con otras personas difiere de la exposición a la comunicación política en los medios de comunicación masiva en dos aspectos. En primer lugar, el hablar de política es una forma activa de participación política; la exposición a los medios es relativamente pasiva (...) en segundo lugar, el hablar de política con otras personas implica algún factor de seguridad en la comunicación política. Nadie puede decir qué pensamientos se pueden albergar en la mente de los lectores de periódicos o de los espectadores de televisión. Hablar de política supone "exponerse"; en países totalitarios un riesgo fuerte. Es posible que en los países democráticos no sea tan grande el peligro, pero también se dan algunos riesgos (Almond y Verba, 1970: 141-142).

En síntesis, para ellos, la comunicación política denomina la exposición libre y confiada o controlada y desconfiada de los ciudadanos a expresar sus opiniones políticas y platicar de política, así como de la forma en que se dé su exposición a los medios de comunicación.

Conforme a esta concepción de Almond y Verba, aparentemente se establecería una visión no sólo diferente, sino hasta opuesta a uno de los rubros tocados por Fagen sobre la comunicación política. En efecto, cuando él menciona que el carácter político de la comunicación no reside en los elementos del proceso de comunicación, sino en las consecuencias de la comunicación sobre el sistema político, cuestiona si el contenido del mensaje determina cuáles comunicaciones son políticas; y pregunta si la comunicación es política cuando dos adolescentes platican acerca de una próxima elección. La respuesta tajante es no, ya que resulta imposible identificar las instancias de comunicación política de acuerdo con las fuentes, los mensajes, los canales o los públicos afectados.

Por el contrario, para Almond y Verba la conversación de los dos adolescentes sobre temas electorales es un indicador claro de comunicación política, ya que esto permite establecer que hay una exposición libre y confiada de sus opiniones; y que si temieran hacerlo o se limitaran de hacerlo, también sería

la manifestación de una comunicación política controlada y desconfiada, pero comunicación al fin de cuentas aunque de otro tipo, correspondiente a un sistema político autoritario.

De lo cual se puede señalar que no hay una contradicción de fondo ya que, como se mencionó, *aparentemente* se establecía una visión no sólo diferente, sino hasta opuesta. Es más, se puede decir que, por otro camino, Almond y Verba refuerzan los planteamientos de Fagen.

La cuestión es más sencilla de lo que parece: para Almond y Verba la comunicación política no es su tema central de preocupación, sino que tan sólo es uno de los factores o variantes que les ayudan a conocer y determinar las características de la cultura política o hasta de la cultura cívica que están estudiando. La plática de los dos adolescentes por sí misma parecería intrascendente para ellos; sin embargo, es uno de los factores que les ayuda a establecer no tanto la confianza o desconfianza que tienen en su libertad para emitir opiniones, como a determinar la forma en que se está desarrollando la competencia cívica y de participación de los ciudadanos.

La mera conversación no es relevante en sí misma, sino que esta conversación, como manifestación de comunicación política al conformar ciudadanía participante y demandante, lleva al cambio o a la consolidación de una cultura política, lo cual puede implicar el reforzamiento o transformación de un sistema político. Es aquí en donde queda claro que no existe una oposición de Almond y Verba con Fagen, sino más bien un apoyo: la comunicación política tiene consecuencias para el sistema político.

4.2. La perspectiva de la esfera pública

No se puede establecer una línea única en la concepción de la comunicación política que se da en la teoría de la esfera pública; sin embargo, salvo alguna excepción, existe un rasgo genérico de preocupación sobre su papel en la construcción y consolidación de la democracia, así como por el papel de las tecnologías de la información y la comunicación que han llevado al surgimiento de

nuevas modalidades de la democracia en los ámbitos comunicacionales, como la telecracia y la nueva política.

Es indudable la influencia ejercida por el behavioralismo en la investigación de la comunicación política desarrollada en Europa; pero ha sido revisado y retomado críticamente por los estudiosos europeos, quienes le han dado su toque distintivo conforme a la tradición de su pensamiento social y político. El origen y desarrollo del estudio de la comunicación política fue posterior al de Estados Unidos, pero fue adquiriendo con el tiempo su propia perspectiva, áreas de interés y temáticas. Entre los autores más destacados se encuentran Cotteret, Dahlgren, Gurevitch, Wolton, Gerstlé y Nimmo y Sanders.

El francés Jean Marie Cotteret realizó una labor pionera en su país en el estudio de la comunicación política; fue “un precursor en Francia”, como diría Gerstlé (2005: 17). Su visión de la misma será limitada al definirla como “un intercambio de información entre los gobernantes y los gobernados, a través de los canales de transmisión estructurados e informales” (Cotteret, 1977: 1). En este sentido, la concepción de Cotteret se reduce a un aspecto de la política: la del gobierno. Agrega que “todo gobernante busca la aceptación de sus decisiones y cada gobernado trata de formular y hacer admitir sus necesidades. El acuerdo entre los dos términos no puede realizarse más que por la comunicación, es decir, el intercambio” (Cotteret, 1977: 4). Ésta es la función de la comunicación política en el sistema político: asegurar el acuerdo entre gobernantes y gobernados.

Para ello, como ya se mencionó en otro momento, los participantes de la comunicación política (gobernantes y gobernados) deben realizar su intercambio dentro del marco de un código común, código que resulta fundamental para que se dé no sólo la comunicación política, sino cualquier tipo de comunicación.

Gerstlé establece que uno de los méritos de Cotteret es su dicotomía gobernantes-gobernados, la cual tiene el mérito de no eludir la existencia de una relación de dominación; sin embargo, critica la noción de intercambio porque “parecía implicar una comunicación más simétrica que complementaria, y que por ende no hacía mayor caso de las disparidades de toda naturaleza que restringen a algunos más que a otros en este ejercicio” (Gerstlé, 2005: 17).

Por otra parte, esta concepción de la comunicación política, en tanto intercambio entre gobernantes y gobernados, cambió con el tiempo para ser denominada “comunicación pública”, la cual se ha convertido en materia de estudio particular. Al respecto, Gianpietro Mazzoleni (2010: 59-60) señala que el poder ejecutivo produce dos tipos de comunicación: una pública y otra política, según sean sus niveles de actuación. La comunicación pública emana de las decisiones que afectan la esfera del interés público, como son “las decisiones propias del poder ejecutivo, tales como decretos, reglamentos aplicativos de las leyes, decisiones de tipo operativo, nombramientos” y que requiere de la creación de una estructura organizativa *ad hoc*. Por otra parte, entiende por comunicación política aquella relacionada con el aspecto político de su actuación, como son las relaciones con las fuerzas de coalición o de oposición y con el sistema de medios.

Mazzoleni se contradice al separar la comunicación pública de la comunicación política como si ambas no provinieran de dos actividades políticas, ya que en su caracterización de los flujos y formas de los elementos de la comunicación política incluye a la comunicación pública. Está fuera de discusión que lo que ubica como actividades que “afectan la esfera del interés público” son tan políticas como la relacionada con el “aspecto político de su actuación”. Ambas son dimensiones de la actuación política de un gobierno. Así lo entiende María José Canel (2010) cuando ubica la comunicación de las instituciones públicas; es decir, la comunicación pública, en el ámbito de la comunicación política. Razón por la cual se considera a la comunicación pública como un área específica de estudio de la comunicación política que tiene su propia dinámica y productos.

Por otra parte, en Europa se ha presentado otra tendencia de investigación, también con sus matices y diferencias, que identifica la comunicación política con la democracia. En este sentido, la principal línea de estudio vincula a la democracia y la comunicación política con la esfera pública. Este vínculo, a partir de la recuperación del pensamiento y obra de Hannah Arendt y, fundamentalmente de Jürgen Habermas, ha sido de relevancia para la conformación de una rica concepción de la comunicación política propia y diferente de la proveniente de Estados Unidos, aunque estén presentes elementos importantes de influencia del behavioralismo.

Uno de los autores más destacados que parten de la esfera pública de Habermas es el sueco Peter Dahlgren, quien realiza en varias de sus obras, pero especialmente en *Television and the Public Sphere*, un análisis crítico de sus aportes. Dahlgren reconoce que las tesis del integrante de la Escuela de Frankfurt sirvieron de fuente de inspiración para muchos investigadores críticos de los medios de comunicación.

Dahlgren es muy claro al señalar específicamente que su énfasis va a estar en la noción de la esfera pública política, más que en el amplio ámbito de la esfera de la cultura pública, donde circulan la literatura y las artes. Reconoce que

Habermas sitúa la esfera pública burguesa dentro de la historia del capitalismo, el surgimiento del Estado intervencionista y la aparición de las industrias culturales, destacando entre ellos las difíciles condiciones que requiere la democracia y cómo los medios de comunicación modernos pueden obstruir esas condiciones⁵⁰ (Dahlgren, 1997: 9).

Esa esfera pública tenía medios impresos y racionales en escala pequeña, con interacción de un grupo reducido de poblaciones pequeñas, por lo que Dahlgren (1997: 10) pregunta qué sucede en una era caracterizada por sociedades de masas y medios de comunicación electrónicos. La pregunta radica en qué sucede con la viabilidad analítica de la categoría sociedad civil si se equipara a la esfera pública con los medios de comunicación, por lo que quedan muchos cuestionamientos que tiene para la democracia la naturaleza y alcance de la comunicación cara a cara.

Las consecuencias teóricas de esta preocupación de Dahlgren es central ya que, para él, la sociedad civil constituye las condiciones socioculturales para una esfera pública viable; además de que son categorías inseparables, pero no idénticas, ya que gran parte de la sociedad civil, como el reino de las relaciones familiares, tiene poco que ver directamente con la esfera pública. Esto significa

⁵⁰ "Habermas situates the bourgeois public sphere within the history of capitalism, the rise of the interventionist state, and the emergence of the culture industries, emphasizing not least the difficult conditions which democracy requires and how the modern media can obstruct those conditions".

que la sociedad civil es más amplia que la esfera pública y que ésta tampoco puede ser confundida con los medios de comunicación, ya que se caería en una visión reduccionista y empobrecedora de la dimensión de la esfera pública. Lo anterior sirve como base para criticar las concepciones de los medios de comunicación como la nueva arena en donde se dirime la política y realiza la democracia.

Una de las aportaciones fundamentales de Dahlgren es su propuesta de “las cuatro dimensiones”, que construye a partir de diversas concepciones que han surgido a partir de la revisión crítica de Habermas. Estas dimensiones son las instituciones de medios de comunicación, las representaciones de los medios de comunicación, la estructura social y la interacción sociocultural. De la dimensión de las instituciones de medios de comunicación se considera su organización, financiamiento y regulación. La dimensión de las representaciones de los medios contempla los aspectos informativos y extra-informativos como lo simbólico y lo retórico, así como los temas que se tocan y los debates y discusiones que se presentan en los medios, particularmente en los periodísticos.

La dimensión de la estructura social es el horizonte más amplio de factores que constituyen las condiciones históricas y el ambiente institucional de la esfera pública. Entre estos elementos está la estratificación social, los alineamientos con el poder y el Estado. Están también los aspectos económicos, políticos y jurídicos, además de la naturaleza y calidad del sistema educativo.

Por último, la dimensión de la interacción social se refiere a los encuentros cara a cara entre ciudadanos no mediados, a los aspectos pertinentes de la subjetividad y los procesos de identidad y a los procesos de recepción de los medios de comunicación. Esta dimensión es sumamente relevante porque en ella se compone la sociedad civil y ésta constituye el espacio de la esfera pública más allá de la democracia. Para Dahlgren, sin esta dimensión interaccionista el fundamento conceptual de la democracia es socavado si no se le presta la debida atención.

Otro representante distinguido de la vertiente de la esfera pública es Dominique Wolton, quien propone una perspectiva distinta y hasta opuesta a la de Fagen y los behavioralistas, además de la de Cotteret, y que ha sido también de gran influencia en el mundo académico, especialmente europeo.

Para Wolton, la comunicación política es “*el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre política, y que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos*” (Wolton, 1992a: 31)⁵¹.

A diferencia de Fagen, asienta de manera clara la responsabilidad de la comunicación política a tres actores⁵² (políticos, periodistas y opinión pública), quienes ejercen la doble función de emisores y receptores mediante el “intercambio de discursos contradictorios”, discursos entendidos obviamente como mensajes. Con lo cual queda claro que la comunicación política se realiza en el proceso de comunicación, siendo éste el espacio en que se lleva a cabo el intercambio.

Wolton señala que su definición presenta cinco ventajas: La primera consiste en que *amplía la perspectiva clásica* al contemplar la *interacción* de políticos, medios (periodistas) y opinión pública en conjunto como objeto de estudio y ya no alguno de ellos por separado o, cuando mucho, la relación entre dos de ellos, como se venía haciendo hasta entonces. La segunda señala la *originalidad de la comunicación política* al manejar las tres dimensiones contradictorias y complementarias de la democracia masiva: la política, la información y la comunicación. Por eso considera que

La democracia masiva es inseparable de estas tres características: la expansión del peso de la política con la cantidad cada vez mayor de los problemas tratados en el plano político y la cantidad cada vez mayor de actores implicados con el sufragio universal igualitario; la existencia de medios de comunicación masiva que informan a la mayor parte de la gente, sobre todo gracias a la radio y a la televisión; la necesidad de

⁵¹ Cursivas en el original.

⁵² Triada que, como se señaló en el apartado 2.3, tiene su origen en el behavioralismo.

conocer el estado de la opinión pública en sus reivindicaciones y sus reacciones ante la acción de los políticos (Wolton, 1992a: 32).

La originalidad de la comunicación política consiste, entonces, en que se establece como el lugar de expresión y enfrentamiento, o arena, por decirlo de otra manera, de las legitimidades constitutivas y contradictorias de la democracia masiva.

Wolton menciona desde su definición, y reitera una y otra vez, la necesaria legitimidad de los actores de la comunicación política. Legitimidad que hace que los políticos, los periodistas y la opinión pública sean los únicos considerados como válidos en la comunicación política. La legitimidad de la política, representada por los políticos, y la información, por los periodistas, tienen sus orígenes desde el siglo XVIII con la batalla inseparable por el sufragio universal y la lucha por la libertad de expresión y de información. O sea, la legitimidad de la política se encuentra ligada con la elección y la de la información por ser un valor fundamental para el sistema democrático.

Con todo podría preguntarse si la política, identificada por los políticos, se legitima por las elecciones. Si se acepta que es así, los políticos dependerían de la voluntad de un electorado para ejercer su función. Cabría cuestionar también si la información, identificada por los periodistas o los medios como luego generaliza Wolton, se legitima por ese valor fundamental para la democracia que es la libertad de expresión y de información. Habría que aceptar también, aunque esto está fuera de cuestionamiento, que la libertad de expresión y de información son un valor fundamental para la democracia; sin embargo, no se debe olvidar que estas libertades son derechos o garantías individuales y que le pertenecen a los ciudadanos. Es decir, son garantías de los ciudadanos y no de un gremio o de unos empresarios que han tendido a verlas como derechos propios de su profesión y hasta de su empresa. Estas libertades surgieron junto con otras, como la libertad de pensamiento y de creencia o el de organización, como el producto de las luchas propias de la difícil construcción, establecimiento y mantenimiento de la democracia.

Entonces, ¿en qué consiste la legitimidad de los periodistas? Con base en lo anterior, podría parecer que en la apropiación de un derecho ciudadano o en el

cumplimiento de una función en nombre del ciudadano para informarlo y hasta hablar en su nombre y representación. Se puede decir lo mismo del político: la participación en la política es un derecho ciudadano apropiado por los políticos; pero, conforme a una “democracia masiva” o indirecta o representativa, como se le quiera decir, un ciudadano tiene el derecho de elegir y ser elegido. El periodista no puede ni es elegido como tal. El periodista cumple de facto con una función fundamental para la sociedad: informar. De ahí que se cuestione si se puede establecer que toda información tendiente a afectar la “democracia masiva” forma parte de la comunicación política si pasa por ese actor “legitimado” que es el periodista y si esto no es así, simplemente se le niega el carácter de “actor legitimado” y, por ende, no forma parte de la comunicación política.

Sobre este aspecto, Wolton considera que “El periodista es la espina dorsal de las democracias masivas. El rol de los periodistas es esencialmente político. Son ellos quienes legitiman la información y quienes convierten la información en comunicación” (Wiñazki, 2005, julio 10). Cumplen esta labor porque son los intermediarios indispensables entre el poder y la opinión pública, lo cual hacen cuando “deben interpretar las informaciones que emiten los políticos y también las que emite la ciudadanía” (Wiñazki, 2005, julio 10). Para ello deben ser críticos y atreverse a cuestionar.

Con todo sigue la duda sobre esta legitimidad otorgada al periodista. En otro libro publicado en el mismo año que su propuesta de modelo de comunicación política, Wolton plantea una idea contradictoria a la de la legitimidad del periodismo en general y de los periodistas en particular:

En el sistema democrático no hay en sí legitimidad de la información, y la información no es más que el medio –lo cual ya no está mal- a través del que los ciudadanos –que son la legitimidad democrática- se informan sobre el mundo. No sólo la información no tiene legitimidad propia que funde su estatuto teórico de cuarto poder, sino que además, no existen sanciones concretas con respecto a este poder. Los periodistas no son responsables ante nadie y son competencia del derecho común.

No sólo la prensa no tiene legitimidad que por asociación permitiera concebir al lado de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial un cuarto poder que se denominaría el poder de la información, sino que en el

marco ya difícil del contrapoder que le pertenece, se niega a tener responsabilidades concretas (Wolton, 1992c: 113).

Conforme a esto, la prensa no cuenta con legitimidad alguna ya que ésta radica en los ciudadanos y hasta son “competencia del derecho común”, en la que reclaman la titularidad de la libertad de expresión, la que como ya se mencionó, pertenece a los ciudadanos. Como tampoco es un “cuarto poder”, ya que no cuenta con los elementos para serlo, aunque sea un lugar común decirle de esta manera. Si bien se pudiera considerar que en estos textos de Wolton se manifiesta, más que contradicciones, la evolución de su pensamiento, no por ello deja de ser interesante la forma diferente y hasta opuesta en que se presentan sus argumentaciones en uno y otro sentido.

Por otra parte, en los tiempos en los que las redes de información han adquirido importancia para la difusión de información, el papel del periodista es cada vez más cuestionado y la información circula frecuentemente sin su intervención o hasta en contra de su cobertura informativa. Ante este hecho, Wolton considera que sería una gran paradoja la desaparición de los periodistas en la globalización. Por el contrario, su rol es mayor en tanto avanza la globalización y crece la información: “El crecimiento exponencial de la información, de los diferentes medios y tecnologías de circulación de información, promueve a la vez la existencia de comunicadores” (Wiñazki, 2005, julio 10).

En cuanto a la tercera legitimidad, la de la opinión pública representada por los sondeos, se encuentra vinculada con la comunicación. De lo que resulta que no exista democracia masiva sin consideración a la opinión pública, lo que las hace inseparables. Además de que el proceso permanente de construcción/deconstrucción de la opinión pública se da mediante la comunicación ya que, como no existe por sí misma, atiende y depende del surgimiento de temas que sean de interés social o político. La legitimidad de la opinión pública está derivada de la atención de esos temas de interés y que se manifiesta mediante sondeos. La comunicación provoca que se den las interacciones entre los actores, cada uno de los cuales constituye una legitimidad democrática.

En síntesis, Wolton menciona que la legitimidad de los políticos resulta de la elección, la de los periodistas está vinculada con la información y la de los

sondeos es de orden científico y técnico. El ciudadano, como tal, no se manifiesta y, por lo tanto, no existe.

La tercera ventaja de la definición consiste en que sólo los discursos políticos del momento que son *objeto de conflictos* y polémicas están en la comunicación política. No hay lugar a dudas, Wolton menciona claramente en su definición que la comunicación política es “el espacio en el que se intercambian los discursos contradictorios” (Wolton, 1992: 34-35). La contradicción se da en el sentido de las posiciones de izquierda, derecha, progresistas y conservadores, pero también en las interpretaciones diferentes de la realidad política manifestadas por los políticos, los periodistas y los institutos de sondeos, nótese, ya no la opinión pública, sino los institutos. De lo cual resulta que otros discursos *políticos* no forman parte de la comunicación política por no ser... polémicos. Si un discurso y acto de unidad de las diversas fuerzas políticas de una nación ante una crisis, por mencionar un caso, no forma parte de la comunicación política, entonces forma parte del espacio público.

Wolton dice que

La comunicación política es más limitada y más forzada que el espacio público. Si bien los *debates políticos* primero atañen a los intercambios entre políticos, *la comunicación política* apunta a los intercambios entre políticos, periodistas y opinión pública, mediante sondeos, y *el espacio público* es el más amplio de los tres, pues admite todo discurso que se expresa públicamente (Wolton, 1992: 34).⁵³

Así establece una diferenciación de manifestaciones: los debates políticos, la comunicación política y el espacio público. Con lo cual surgen nuevas dudas, como la de si los debates políticos, aunque sean intercambios entre políticos, no forman parte de la comunicación política. Sí lo son, según el criterio de Fagen, ya que traen consecuencias al sistema político, pero no para Wolton por no ser polémicos. Wolton dice que la comunicación política es más limitada y forzada, aunque ya no se sabe si la comunicación política o su definición. En todo caso es justo citar qué entiende por espacio público porque es relevante para clarificar su diferencia con la comunicación política. El espacio público es

⁵³ Cursivas en el original.

consustancial a la existencia de la democracia. Su principio organizativo está vinculado con la libertad de expresión, y si bien contiene los temas políticos, contiene también muchos otros puesto que es, ante todo, el lugar de expresión y de intercambio de todo lo referente a la cosa pública. La fórmula “hacer público” expresa a las claras la dimensión de publicidad en el sentido estricto que acompaña la referencia al espacio público. Se hace público lo que se quiere comunicar al espacio público: un espacio abierto en el que se expresan todos los que se autorizan para hablar públicamente y, por lo tanto, para asegurar cierta publicidad y mediación a su discurso. Además, lo que ha obligado a delimitar un espacio mucho más reducido, el de la comunicación política, son las obligaciones vinculadas con la democracia masiva. El espacio público es más amplio, abierto por principio a todos los que se autorizan para expresarse en él públicamente y supera con mucho el campo de la comunicación política. No está sancionado por la elección. (Wolton, 1992: 34)

Por lo tanto, se puede decir, con base en lo anterior, que la comunicación política es una parte del espacio público (aquella referida a la democracia masiva, por eso está sancionada por la elección), que en tal sentido mantiene el mismo principio de libertad de expresión y que de la misma manera sólo se le permite expresarse a los autorizados (los legitimados en el caso de la comunicación política); por lo que, en ambos ámbitos, todos los demás quedan descartados.

La cuarta ventaja de la definición es que se revaloriza *la política respecto de la comunicación*. Wolton ¿aclara? que “ambas están hoy intrínsecamente ligadas (*sic*), a la vez que conservan diferencias radicales. *La comunicación no ha digerido la ‘política’, pues es más bien la política lo que en la actualidad se representa en un estilo comunicacional*” (Wolton, 1992: 35)⁵⁴. Si se parte de lo escrito anteriormente sobre la relación comunicación-política resulta evidente que no se puede sostener que “están hoy intrínsecamente ligadas”, ni que esto se da en “la actualidad”. La relación intrínseca no tiene que ver con épocas ni actualidades, sino con el carácter social de la política por su necesidad de establecer una interacción entre los diversos sujetos. Como se dijo en el primer capítulo: la política no existe sin la comunicación. Tan es así, que el propio Wolton

⁵⁴ Cursivas en el original.

menciona que la “comunicación política es tan vieja como la política” (Wolton, 1992: 28).

La quinta y última ventaja radica en que muestra que el *público no está ausente de esta interacción*, ya que tiene una presencia real en los sondeos. Aunque también reconoce que sus multicitados sondeos no son la única forma en la que se manifiesta el público, ya que lo puede hacer mediante movimientos de opinión, especialmente movimientos sociales; como también lo puede hacer mediante el sondeo por excelencia: los votos.

Por otra parte, una de las constantes entre los autores que, de una u otra forma, están vinculados con la perspectiva de la esfera pública es la de considerar que la comunicación política sólo se da en la democracia, por lo que niegan que esté presente en un sistema diferente. Este es un aspecto fundamental en el que se establece la diferencia entre los estudiosos de las perspectivas contempladas en este trabajo, por lo que será tratado de manera particular en el próximo y último capítulo, a pesar de ser de continuidad natural en el desarrollo del presente.

CAPÍTULO 5

ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS INTERPRETACIONES DE LA COMUNICACIÓN POLÍTICA EN LOS SISTEMAS POLÍTICOS

Entre las variantes lingüísticas, gesticulares y hasta musicales que presenta la comunicación política, Jean Marie Cotteret (1977: 1) menciona “los discursos de un político radical, las alocuciones del Presidente de la Quinta República, el saludo fascista, el lucir distintivos, los aires musicales africanos, las bandas dibujadas en China”. En esta relación existen manifestaciones claramente propagandísticas y otras que algunos no consideran de esa manera. Además de este aspecto, hay otro a destacar: algunas de ellas se dan tanto en sistemas democráticos como autoritarios, como los discursos y las alocuciones, y otras solamente en autoritarios, como el saludo fascista o las bandas dibujadas.

Este debate sobre qué abarca la comunicación política, y si se da en cualquier tipo de sistema o sólo en el democrático, es un factor clave que distingue las interpretaciones del behavioralismo y de la esfera pública. Ante lo cual se parte de la afirmación de que uno de los problemas relevantes del estudio de la comunicación política es el hecho de que, en lugar de un espíritu científico, predominan las posturas ideologizadas y el uso de dichas interpretaciones de acuerdo a la conveniencia de la concepción o de intereses a defender.

El objetivo de este capítulo es analizar las interpretaciones sobre la relación de la comunicación política con los sistemas políticos según las dos corrientes que se han estudiado a lo largo de esta tesis doctoral: el behavioralismo y la esfera pública.

Antes de abordar el tema, se considera necesario aclarar que tanto la propaganda como la comunicación política reciben tratamiento de dos ámbitos particulares, en los que se puede dar una posible confusión. Éstos son, por una parte, la actividad práctica en las que se presentan ambas y, por el otro, la investigación. Ambos términos serán utilizados a lo largo del capítulo, particularmente cuando se aborde la interpretación de la esfera pública.

En primer lugar, como se mencionó en la introducción de esta tesis, hay autores como Alejandro Pizarroso que consideran que la comunicación política y la propaganda son dos términos diferentes para nombrar la misma actividad. Sólo que el primero está de moda y se le usa por cuestiones de promoción mercadotécnica, por lo que en realidad el término correcto es propaganda.

Para otros estudiosos, el concepto de comunicación política surgió como resultado del descrédito en el que cayó la propaganda después de la segunda guerra mundial. Un representante de esta idea es Dominique Wolton, para quien en el pasado se habían utilizado “muchísimos vocablos” para designar a la comunicación política, esa

actividad dedicada al intercambio de discursos políticos, pero las más de las veces fue recibiendo después una connotación poco laudatoria, y hasta crítica, sobre todo en el siglo XX, en el que el comunismo y el nazismo identificaron comunicación política con propaganda (Wolton, 1992: 28).

De los “muchísimos vocablos” que habían designado antes a la comunicación política, Wolton solamente se refiere a la propaganda. Además, se podría cuestionar si en el comunismo y nazismo hubo quien “identificó” a la comunicación política con la propaganda. Esto se debe a que, tanto en la Unión Soviética como en Alemania, se sabía que se estaba haciendo propaganda. Tan es así que en ambos países existían áreas especializadas en esta actividad, como el Departamento de Agitación y Propaganda, instituido en 1921, y que dependía del Comité Central del PCUS (entre otras áreas que existieron antes y después para desarrollar esa función); ya no se diga el Ministerio de Cultura Popular y Propaganda de Alemania, fundado en 1933, y que estuvo bajo la dirección de Josef Goebbels⁵⁵.

Por lo que la consecuencia fue que algunos especialistas prefirieron hablar de comunicación política como un sustituto para nombrar una actividad tan necesaria para los gobiernos y partidos políticos, para que no recibiera la crítica y el rechazo dado que se le culpaba de contribuir en el estallido del conflicto internacional que tenía poco de terminar con tan funestos resultados.

Precisamente por eso, el concepto de comunicación política sustituye al de propaganda, aunque la finalidad sea la misma. Por lo tanto, había que buscar un

⁵⁵ Se debe mencionar que, en realidad, si bien se cuestionó el uso que se hizo de la propaganda en estos países, las otras potencias políticas y militares contaban con divisiones similares. Simplemente se señaló a estos países porque uno fue el derrotado y el otro se convirtió en el nuevo enemigo.

nuevo nombre para esta actividad de persuasión que estuviera libre de sospechas y que no despertara el rechazo hacia sus mensajes.

Si bien hubieron varios sectores académicos y políticos que cuestionaron a la propaganda y que le generaron una imagen negativa de manipulación de las conciencias, esta explicación no es cierta en tanto que no se dejó de hacer propaganda en los diferentes países del mundo, ni se ocultó su nombre; es más, en las universidades no se ha dejado de enseñar como asignatura específica y las investigaciones y publicaciones sobre este tema siguen realizándose de manera explícita⁵⁶. Por lo contrario, estas últimas se han hecho con la intención de entender qué pasó en esos años, por qué tanta gente participó de manera convencida y otra no tanto o nada, pero también para estudiar este fenómeno, comprenderlo y aplicarlo en las nuevas campañas.

En segundo lugar, la propaganda es una actividad que requiere de investigación para que las campañas y estrategias obtengan los resultados deseados. Por lo cual, los propagandistas, al igual que los publicistas, han buscado el apoyo de disciplinas científicas como la psicología, la sociología y la ciencia política. Estas investigaciones han estado al servicio de aquellos que han tratado de influir en el comportamiento de los individuos. Ejemplo de ello son los trabajos de Lasswell, Bartlett, Hovland y Lazarsfeld, por mencionar a algunos de los más destacados.

A pesar de lo anterior, no debe confundirse la actividad propagandística con la investigación que se desarrolló para otorgarle un sustento científico a su esfuerzo de persuasión, con la investigación de la comunicación política llevada a cabo por el behavioralismo. Esto se debe precisamente a que si bien los términos se manejan de manera indistinta, su uso es diferente. Ahora bien, el concepto comunicación política está vinculado con el behavioralismo que tuvo su surgimiento a mediados de los años cincuenta del siglo pasado⁵⁷.

⁵⁶ La geopolítica tuvo igual suerte que la propaganda al ser señalada por las concepciones agresivas que orientaron el expansionismo nazi,; y, al igual que la propaganda, al poco tiempo volvió a ocupar en la investigación, la academia y la política el lugar que tuvo en el pasado. Así también surgieron nuevos enfoques y concepciones que coexisten con los anteriores.

⁵⁷ *Vid supra* subcapítulo 3.1.

Como se estableció en su momento, la finalidad de esta corriente nunca fue la de influir en el comportamiento de las personas, sino ubicar el comportamiento político como el objeto de estudio de la ciencia política, por lo que no tuvo motivación alguna para ocultar o negar a la propaganda. Para los integrantes de esta corriente, la comunicación política surge como un campo de estudio necesario para comprender el comportamiento político y, en todo caso, la propaganda es una de sus manifestaciones. Este uso de la comunicación política es retomado y compartido por los estudiosos de la esfera pública.

Hecha la aclaración sobre los ámbitos en los que se presenta el estudio de la comunicación política y la propaganda, y de los cuales se podrían derivar confusiones, se vuelve al aspecto sobre el que gira este capítulo: las interpretaciones sobre la relación de la comunicación política con los sistemas políticos que se presentan en el behavioralismo y en la esfera pública.

En esta relación comunicación política-sistemas políticos, ambas corrientes de pensamiento parten del concepto **poder**. Al respecto, se debe recordar, por ejemplo, que para Fagen la comunicación resulta básica para las actividades sociales y políticas. Por lo que este autor señala que “el concepto más duradero entre todos los que componen el léxico político, el concepto del poder (y/o influencia) se halla ligado inextricablemente con la comunicación” (Fagen, 1969: 15). A lo que agrega que “cuando los individuos se encuentran en una relación de poder o de influencia, necesariamente se encuentran también en comunicación” (Fagen, 1969: 15-16). Aquí está presente su afirmación de que la comunicación como proceso invade a la política como actividad. No se puede establecer una relación de poder o de influencia sin la comunicación, ya que ésta permite el vínculo para que la relación se dé.

La perspectiva del papel de la comunicación política sobre el sistema político establecida por Fagen lleva a que Jean Marie Cotteret pase por las funciones asignadas a los sistemas políticos que recupera tanto de Easton como de Almond y Coleman. A grandes rasgos, para ellos los objetivos del sistema político consisten en asegurar el mantenimiento –en el caso más frecuente- o la transformación de la sociedad política. Lo cual trae como exigencias:

la aceptación del sistema mediante la adhesión a sus valores (para Easton), o la legitimidad de quienes gobiernan (para Almond y Coleman). A su vez, quienes detentan el poder en el seno del sistema hacen aceptar sus decisiones de manera más o menos autoritaria (Easton), recurriendo si resultara necesario a la coerción física (Almond y Coleman). (Cotteret, 1977: 3-4)

Estas exigencias son posibles gracias a la comunicación política y ésta es la forma en que su función contribuye al funcionamiento del conjunto del sistema ya que, según Lavau, “todo sistema implica ciertas exigencias funcionales, que se supone que son ‘aquello que es necesario para el sistema con el fin de sobrevivir, adaptarse, alcanzar sus objetivos, no desnaturalizarse’” (ctd. en Cotteret, 1977: 4).

Debido a la cual, Cotteret reafirma que la comunicación cumple con una exigencia fundamental del sistema político, que no es un subproducto de otras funciones como se podría considerar en una primera instancia, sino que

es para el sistema político lo mismo que la circulación sanguínea para el cuerpo humano. Numerosos órganos tienen ciertamente funciones vitales, pero sin la irrigación sanguínea funcionarían mal. Lo cual significa, asimismo, que la circulación desempeña una función particular que contribuye a la vida. Otro tanto sucede con la comunicación política (Cotteret, 1977: 6).

Esta afirmación, formulada bajo la influencia de la corriente fisiologicista prevaeciente en la ciencia política en los años 60 del siglo XX, y en la que se insertan destacados autores como Karl Deutsch con su libro clásico *Los nervios del gobierno*, pone en relevancia el papel de la comunicación política. En todo caso, se puede recuperar esta analogía para estudiar cómo funcionarían los órganos del sistema sin la irrigación proporcionada por la comunicación política o si de plano no lo harían; por lo tanto, es necesario observar cuáles serían las consecuencias de la comunicación política en el sistema político.

Se debe destacar en este punto que los behavioralistas no atribuyen la existencia exclusiva de la comunicación política a un sistema en particular; por el contrario, para ellos está presente en todo sistema, sea democrático o autoritario. Ante este punto, Cotteret (1977: 5) señala que la comunicación ha sido

considerada coercitiva durante mucho tiempo por ser el medio por el que los gobernantes le dan órdenes a los gobernados; pero también consiste en la posibilidad con que cuenta el gobernante de buscar el asentimiento de los gobernados, por lo que pasa de ser unilateral a recíproca.

Como se mencionó en el tercer capítulo, la pretensión científica de los behavioralistas los lleva a considerar explícitamente que no hay un sistema político “bueno” o “ideal”, ya que simplemente se dedican a estudiar el existente en Estados Unidos: la democracia liberal. El hecho de que se concentren en el estudio de la comunicación política en su país no se debe entonces a que sea un sistema democrático, sino a que es el que han detectado en sus investigaciones como vigente y aceptado por sus compatriotas. Por lo que una atención temática constante, que se convertirá en una tendencia fundamental de estudio y preocupación para ellos, es el de la forma en la que los medios afectan al sistema democrático estadounidense.

El material de investigación generado en los Estados Unidos sobre este tópico es extenso. Un ejemplo de esta producción es el libro *Who deliberates. Mass media in modern democracy*, de Benjamin I. Page. Una de las conclusiones más destacadas de este estudio señala que la deliberación pública está altamente mediada ya que la mayoría de los ciudadanos obtienen gran parte de sus ideas políticas e información a través de los medios, en donde se manifiesta un pequeño número de comunicadores profesionales. Cuando se debate un tema político en los medios masivos, sólo una pequeña fracción de los millones de ciudadanos estadounidenses tiene acceso a la audiencia nacional (Page, 1996: 106).

Otro ejemplo es *The Internet and Democratic Citizenship*, de Stephen Coleman y Jay G. Blumler, profesores eméritos de la inglesa University of Leeds, que trata sobre el déficit de la deliberación en la democracia, pero en el que se deja de lado a los medios masivos para orientar la atención sobre el papel que

pueden jugar las tecnologías de la información y la comunicación para solventar esta problemática⁵⁸.

Si bien se mencionó que la preocupación de los behavioralistas es estudiar la comunicación política en su país, eso no los limita a la realización de investigaciones comparadas de corte internacional. Richard Fagen fue promotor central de este tipo de estudios en los años 60 del siglo pasado cuando estableció que se debe realizar un tipo de macroanálisis comparado que parta del establecimiento de pautas de comunicación en gran escala y duraderas. Para este macroanálisis se considera cada sistema político como un cierto modo de organizar las comunicaciones y la vida política. Los sistemas políticos que contempla inicialmente Fagen (1969: 37-48) son: Democracia clásica, Democracia de compromiso, Autocracia y Totalitarismo.

Para determinar la forma en que se organizan las comunicaciones y la vida política de cada tipo de sistema, Fagen propone que se respondan seis preguntas: 1) ¿Cómo se eligen y se cambian los dirigentes?, 2) ¿Quién define los problemas y alternativas políticos?, 3) ¿Quién participa en la adopción de la política pública?, 4) ¿Cuál es el margen de crítica tolerable?, 5) ¿Cómo obtienen los ciudadanos información acerca del mundo políticamente significativo para ellos? y 6) ¿Quién puede optar por aislarse de la política? (Fagen, 1963: 37-38).

A partir de esta clasificación de los sistemas políticos, queda establecido también que para esta corriente la comunicación política está presente en cualquier tipo de sistema político y no sólo en la democracia. A lo que hay que añadir que, para ellos, como ya lo decía Fagen, y en realidad es un lugar común, la comunicación es tan antigua como la política, y ambas como la sociedad; ya no hablemos, entonces, de la longevidad de la relación comunicación-sociedad. Las manifestaciones de la comunicación en la política son tan ancestrales como ella misma; así como su preocupación y análisis. Ejemplo simple de ello es la retórica para los griegos: criticada y rechazada por Sócrates por su ocultamiento y distorsión de la verdad, lo que lo llevó a sus constantes enfrentamientos con los

⁵⁸ Por supuesto que el tema del papel de las TIC en la democracia no es exclusivo ni particular del behavioralismo ya que prácticamente se ha convertido en los años recientes en un objeto de estudio central, frecuente y hasta de moda para las diferentes corrientes de investigación de la comunicación política en el mundo, como se verá más adelante.

sofistas; o su asunción al nivel de arte por parte de Aristóteles, quien al estudiarla aportó además el primer modelo de la comunicación. Ya no se diga el romano Cicerón y su tratado sobre el discurso.

Respecto a los estudios comparados, estos se han realizado poco y sin mucho progreso, como reconocen Daniel C. Hallin y Paolo Mancini (2007) en su interesante y destacada obra *Sistemas mediáticos comparados*. Los autores parten de la recuperación de las cuestionantes que habían formulado desde 1956 Siebert, Peterson y Schram en el libro *Four Theories of the Press*, entre las que destacan ¿por qué la prensa es como es? y ¿Por qué aparentemente sirve a diferentes propósitos y aparece en formas tan variadas en distintos países?

Para su estudio comparativo, Hallin y Mancini (2007: 67-69) proponen tres modelos para comparar los sistemas de medios de comunicación de Europa occidental y Estados Unidos: el modelo Liberal que se encuentra en Gran Bretaña, Irlanda y Estados Unidos; el modelo Democrático Corporativo existente en el norte de la Europa continental y el modelo Pluralista Polarizado de los países mediterráneos del sur de Europa.

Los autores consideran a estos modelos como ideales, además de que los sistemas de medios de comunicación de cada país se ajustan a dichos modelos de manera aproximada. Aspecto a destacar de esta investigación radica en que busca

analizar el desarrollo histórico de estos sistemas como instituciones dentro de situaciones sociales específicas (...) entender por qué se desarrollan de diferentes maneras, qué papel desempeñan en realidad en la vida política, social y económica, y cómo son las relaciones que tienen con otras instituciones sociales.

Por lo que su intención es la de presentar modelos periodísticos empíricos más que normativos, aunque no dejan de lado este aspecto.

Finalmente, este estudio resulta todavía más interesante si se considera que fue realizado por dos investigadores cuya nacionalidad y formación teórica eran diferentes: David Hallin es un politólogo estadounidense adscrito a la Universidad de California en San Diego y Paolo Mancini es un politólogo italiano de la Universidad de Perugia. El resultado de esta combinación es un destacado

aporte que, independientemente de los conocimientos que proporciona, resalta por la metodología que fue diseñada para su realización.

Un esfuerzo diferente, aunque en sentido estricto no se pueda considerar comparado porque no es elaborado bajo una metodología que lo unifique, es el libro *Medios de comunicación y democracia: perspectivas desde México y Canadá*, que fue coordinado por Manuel Alejandro Guerrero y en el que participaron destacados investigadores de ambos países. Este estudio binacional parte de cuatro grandes temas: 1) La concentración de propiedad y los riesgos para la vida pública democrática, 2) El papel de los medios en las campañas políticas, 3) El desarrollo de la comunicación gubernamental y 4) El impacto de la comunicación mediática en la participación cívica y en la confianza pública (Guerrero, 2011: 28).

En estos libros se busca establecer mediante la comparación más o menos estricta cuál es la relación y afectaciones existentes entre los medios de comunicación y los sistemas políticos. En ellos se manifiestan corrientes teóricas diferentes, pero los unifica la preocupación por establecer cómo los medios influyen en el sistema y éste en los medios a partir de las experiencias concretas de los países que son considerados. Este tipo de investigación presenta una vertiente poco explorada, pero que puede hacer aportaciones destacadas. Como se puede observar del libro de Hallin y Mancini, la formación teórica diferente, más que un impedimento, es una posibilidad de enriquecer y ampliar de la perspectiva con la que se enfrenta el reto de la investigación a realizar.

Desde otra vertiente de investigación, pero con el mismo interés que los anteriores autores, hay otros estudiosos que se han dedicado al tema medios-democracia. A continuación se revisan algunos de los más destacados.

La obra de Peter Dahlgren es una muestra de su constante preocupación por la democracia y su relación con los sistemas de comunicación, ya sea el papel la televisión en la esfera pública o de los medios digitales en la participación política de los jóvenes. Respecto a la democracia menciona, en su destacada obra *Television and the Public Sphere*, que en el mundo actual sigue siendo precaria y vulnerable por el declive de las economías y las políticas fallidas, el

estatus de los estados nacionales es cada vez más problemático y la distinción entre el uso militar y criminal de la fuerza organizada es cada vez más borrosa.

A lo anterior hay que añadirle que, después de la caída del bloque soviético, el capitalismo ya no tiene un rival al frente; sin embargo, si bien “la tensión entre la democracia y el capitalismo siempre ha estado con nosotros, en la situación actual las amenazas para el desarrollo democrático no pueden ser consideradas como emanadas exclusivamente a partir de la lógica del mercado”⁵⁹ (Dahlgren, 1997: 1). Esto se debe a varios factores: las empresas privadas están fuera del control democrático, los regímenes supuestamente democráticos eluden a sus electores y asambleas representativas, así como que ante el grado de conocimiento y experiencia que requieren las decisiones los ciudadanos se retiran cada vez más de la arena política oficial para dejarle esa tarea a la clase política (políticos profesionales, periodistas y grupos de presión).

Por lo que Dahlgren considera que

la salud de la democracia en el transcurso del siglo XX ha sido cada vez más relacionada con la salud de los sistemas de comunicación, aunque desde luego la democracia no se puede reducir a temas de medios de comunicación. Sin embargo, las dinámicas de la democracia están íntimamente ligadas a las prácticas de comunicación, y la comunicación societal cada vez más se lleva a cabo dentro de los medios de comunicación. En particular, es la televisión la que se ha ganado un lugar destacado dentro de los sistemas políticos del mundo moderno.⁶⁰ (Dahlgren, 1997: 2)

Esta es precisamente la razón por la que el debate sobre la esfera pública gira en torno de las políticas de comunicación, ya que la realización de la democracia y la participación de la sociedad civil se ven afectados por los medios; sin embargo, es conveniente recordar uno de los aportes más destacados de Dahlgren y que lo

⁵⁹ *the tension between democracy and capitalism has long been with us, in the contemporary situation the threats to democratic development cannot be seen as emanating exclusively from the logic of the market.*

⁶⁰ *The health of democracy in the course of the twentieth century has more and more been linked to the health of systems of communication, though of course democracy cannot be reduced to issues of the media. However, the dynamics of democracy are intimately linked to the practices of communication, and societal communication increasingly takes place within the mass media. In particular, it is television which has gained a prominent position within the political systems of the modern world.*

separa de otros estudiosos de la esfera pública: para él es un error identificar exclusivamente a la esfera pública con los medios de comunicación, ya que es más que ellos e implica la presencia de la sociedad civil, que es una categoría más amplia.⁶¹

Dahlgren mantiene estos planteamientos, ahora en colaboración con Gurevitch, en los que les preocupa la comunicación política y sus modificaciones en las sociedades democráticas occidentales. Aclaran que aunque hablen de manera genérica de democracia occidental, no existe un modelo único y unificado de democracia y que las variaciones en los sistemas de comunicación política deben ser entendidas en gran medida en relación con los patrones históricos de la evolución social y política de cada nación. Para ellos, el incremento del poder de las fuerzas del mercado en una escala global disminuye el terreno y la eficacia de los sistemas políticos formales. Por lo que observan una paradoja:

por una parte, existe una creciente demanda de democracias formales en sociedades en donde esta tradición ha sido débil o ausente. Por la otra, la lógica de los mecanismos del mercado tiende a subordinar la mayor parte de las otras consideraciones y esquemas de valor. Una de las consecuencias de este desarrollo es que las fuerzas del mercado cada vez compiten más con los sistemas políticos formales de las naciones occidentales, y posiblemente también minan su vitalidad, haciéndolas más reactivas que proactivas. Los márgenes de la maniobrabilidad gubernamental –las opciones de políticas disponibles- se vuelven más

⁶¹ Otro ejemplo de la constancia y actualización de la visión de Dahlgren es la que presenta en su artículo “Jóvenes y participación política. Los medios en la Red y la cultura cívica”: La existencia de una ‘democracia’ no garantiza automáticamente la mayoría de la participación ciudadana universal, ya sea en contextos parlamentarios o extra-parlamentarios. Siempre hay mecanismos en movimiento que pueden delimitar la participación. Los sistemas democráticos ofrecen diversos patrones para la oportunidad de participación: el acceso y el impacto en la esfera pública pueden variar mucho. Por lo tanto, dicha participación depende siempre de circunstancias estructurales. No se debe considerar la falta de participación cívica como una simple negligencia de responsabilidad ciudadana, sino más bien como dilemas muy comunes en la democracia moderna, así como factores socio-culturales más específicos que conforman las realidades vividas por los distintos grupos de ciudadanos. La democracia está siendo transformada a la vez que evolucionan las bases sociales, culturales y políticas; el marco de la evolución de los medios de comunicación y el carácter de la participación son parte de estos grandes desarrollos. (Dahlgren, 2011, octubre-diciembre: 2-3)

estrechos. Al mismo tiempo, *las diferencias ideológicas entre partidos se han vuelto menos pronunciadas.*⁶² (Dahlgren y Gurevitch, 2005: 377)

La consecuencia es que la arena de la política oficial ya no impone a los ciudadanos el grado de apoyo y participación que tenían en el pasado. A partir de este aspecto manifiestan su preocupación por el poco compromiso político reflejado en la desconfianza, la ambivalencia y la indiferencia. A pesar de ello señalan que, de acuerdo con varios autores, podría no haber un desinterés en la política *per se*, sino un reenfocamiento del compromiso político fuera del sistema parlamentario. Un ejemplo es la llamada “nueva política”, que se caracteriza por el compromiso personalizado más que el colectivo y por un mayor énfasis en cuestiones individuales que en plataformas o ideologías más generales.

Los cambios culturales han jugado también un papel importante en el poco compromiso político. Las tendencias de estos cambios se presentan, primero, en una creciente fragmentación de la cultura compartida al volverse más pluralista y diferenciada (clase, etnicidad, estilos de vida, etcétera); segundo, el consumismo se ha vuelto omnipresente; y, tercero, el individualismo es, en parte, un resultado de lo anterior.

Por otra parte, uno de los estudiosos europeos más destacados es Dominique Wolton, quien tiene una amplia bibliografía en la que ha tocado diversos temas; sin embargo, en su libro *Informar no es comunicar*, señala que todo el sentido de las investigaciones que ha realizado desde hace treinta años es el de “refundar los valores de emancipación de la información y de la comunicación en un contexto en el que han llegado a ser omnipresentes y tremendamente polisémicas” (Wolton, 2010: 16).

En cuanto a la comunicación política en particular, Wolton la ubica en lo que denomina “democracia masiva”. Lo que resulta contradictorio si se considera

⁶² “*on the one hand, there is a rising demand for formal democracy in societies where this tradition has been weak or absent. On the other hand, the logic of market mechanisms tends to subordinate most other considerations and value schemes. One of the consequences of this development is that market forces increasingly compete with, and possibly also sap the vitality of formal political systems of Western nations, by rendering them more reactive than proactive. The margins of governmental manoeuvrability –the policy options available- become narrower. At the same time, ideological differences between parties have become less pronounced.*” *Cursivas en el original.*

que plantea desde el inicio de su texto “La comunicación política: construcción de un modelo” que ésta es tan vieja como la política y que nace de los primeros intercambios que tienen los hombres entre sí (Wolton, 1992: 28)⁶³. Establece, además, que las retóricas griega y latina han sido tal vez las manifestaciones más nobles y admiradas (aunque no por todos, como es bien sabido de Sócrates) de la comunicación política, pero que, como ya se señaló anteriormente, las más de las veces, cuando se le identifica con la propaganda, recibió una connotación poca laudatoria y hasta crítica. Con todo, para él la comunicación se revaloriza con la democracia masiva, como si en este sistema todo fuera noble y prístino.

Wolton dice entonces que hay que esperar hasta la época reciente para ver aparecer el término “comunicación política”. Efectivamente, el término es relativamente reciente; sin embargo, como él mismo reconoce, sus manifestaciones y prácticas son tan antiguas como la política misma. De ahí que resulta un contrasentido pretender eliminar una presencia histórica que él reconoce, y afirmar que la comunicación política surge con la democracia masiva. Por lo cual es válido referirse a la propaganda (entre los ya antes mencionados “muchísimos vocablos”) para los intercambios de discursos anteriores a la democracia masiva y a la comunicación política para la nueva era democrática.

Toda una serie de estudiosos surgen a partir de este tipo de concepción, como Juan Ignacio Rospir, para quien la comunicación política incide “en el lugar central y los nuevos papeles políticos que los medios de comunicación desempeñan en las democracias consolidadas y en los países en transición a la misma” (Rospir, 2003: 21). A lo que añade que la comunicación política está unida a la idea de “democracia mediática”, también designada como “nuevo proceso público” y “democracia centrada en los medios”, y en la cual se establece, conforme al modelo de Wolton, la relación entre ciudadanos, políticos y medios de comunicación. En otras palabras, los medios de comunicación se constituyen en la comunicación política en tanto democracia mediática en la nueva arena en donde se va a debatir la política. Los medios sustituyen las instancias del pasado, como el Congreso. Ahora los legisladores, según esta idea, ya no le hablan a sus

⁶³ En una entrevista realizada 13 años después, Wolton sostiene los elementos del modelo de comunicación política que propuso en ese artículo. *Cfr.* Wiñazki, M. (2005, julio 10).

pares en las curules, sino al ciudadano en la pantalla del televisor. Esa es la nueva realidad: los medios ya no son medios; es decir, aparatos facilitadores de la comunicación; ahora son actores de la misma. Dicho de otra manera, son la arena en donde se dirime la política.

Señala que la práctica de la comunicación política se da a partir de la segunda mitad del siglo XX con la implantación y extensión masiva de la televisión como primer medio de información de los ciudadanos, con lo cual se establece el nuevo vínculo entre medios de comunicación y mundo político. Señala, de manera categórica, que la comunicación política es un proceso que se presenta dentro de una estructura democrática; ya que de lo contrario se estaría hablando de propaganda.

Rospir, al igual que Wolton, forma parte de una vertiente del pensamiento europeo que asume, con todo y las contradicciones ya señaladas, que la comunicación política sólo se da en la democracia. A pesar de ello, tienen diferencias en cuanto a los puntos de partida, explícitos en el caso del primero y no presentes ni de manera implícita en el caso del segundo, aunque se pueda deducir que son los mismos: la concepción de la esfera pública de Habermas. El punto clave radica en identificar la conexión entre estos autores y la perspectiva de la comunicación política en la democracia manifiesta en esta vertiente.

Rospir establece claramente el vínculo de la comunicación política con la democracia. Llega a una afirmación que otros autores no hicieron, o por lo menos no de manera tajante: la comunicación política es un proceso “que está situado dentro de una estructura democrática pues de lo contrario estaríamos hablando de propaganda en sentido clásico” (Rospir, 2003: 21-22). Resulta contradictoria esta aseveración porque, un poco más adelante, menciona que se debe

recordar la importancia que la información, la opinión, la gloria, la fama, la persuasión, la propaganda y, más cerca de nosotros, la libertad de prensa y su papel político, han tenido en todos aquellos que se han ocupado del gobierno de la comunidad. Un recuerdo que es fácil encontrar en nombres de la historia, la literatura, el pensamiento o la política. Un recuerdo que no busca unir o fundir lo heterogéneo, pero sirve, sin embargo, para acercarnos a la génesis de la relación entre poder y comunicación, en

donde la comunicación política encuentra y aloja las raíces históricas de los problemas que hoy trata (Rospir, 2003: 25).

Por lo que realiza un apretado recorrido de la historia de la comunicación política que va desde los relatos de Herodoto sobre la forma de gobernar del rey persa Ciro hasta casi la primera mitad del siglo XX con el establecimiento del sufragio universal y la consolidación de los partidos, con su correspondiente dependencia de los medios de comunicación.

La afirmación de que la comunicación política sólo se da en la democracia es una invitación para la polémica. Como se ha visto hasta este momento, para unos la propaganda es parte integrante de la comunicación política y, por ende, uno de los temas de este campo de estudio; para otros, la comunicación política está presente en la historia de la humanidad, sólo que se ha manifestado de acuerdo con un momento, un lugar y un sistema determinados (una variante importante es la de autores, como los behavioralistas, que están de acuerdo con esta posición, pero que se concentran en la democracia porque es lo que les importa). Hay hasta quienes consideran que la comunicación política es el término que surgió como sustituto de la propaganda ante el desprestigio de este término después de la segunda guerra mundial; y, finalmente, como con Wolton, Rospir y en lo general con los autores vinculados a la corriente de la esfera pública, para quienes la comunicación política se da sólo en la democracia, aunque la mayoría no señala qué habría en su lugar en sistemas no democráticos. En cambio, Wolton y Rospir lo explican, como se vio antes, cuando mencionan que la propaganda es lo que se da en sistemas no democráticos. Con todo, estos estudiosos de la comunicación política no establecen una base teórica que sustente su afirmación de que la comunicación pública se da sólo en la democracia, ni tampoco que lo que es comunicación política es propaganda.

Gianpietro Mazzoleni (2010: 22-3) es quien establece de manera clara y precisa esta relación al señalar que el origen y transformación del modelo de espacio público de Hannah Arendt y del modelo liberal de la esfera pública burguesa de Jürgen Habermas es esencial para el desarrollo del concepto de comunicación política. Estos modelos son utilizados en la reflexión teórica sobre la comunicación política moderna, especialmente porque establecen los principios

ilustrados que forman la concepción democrática del debate público entre el Estado y los ciudadanos.

Conforme a lo anterior, el intercambio de recursos simbólicos para conquistar el poder, así como la dialéctica entre las partes, propias de la comunicación política, sólo se dan en un contexto de libertad y de ausencia de coerción; es decir, en la democracia. Esta concepción rechaza la propaganda por ser una forma de manipulación de grandes masas por parte de grupos pequeños, ya que lo deseable es que se dé esta dialéctica e intercambio simbólico que se materialicen en una opinión pública informada y crítica, cuya función sea la de promover una participación consciente de la ciudadanía (la democracia). De lo que Mazzoleni (2010: 23) desprende que *“las relaciones (la comunicación) entre los grupos de interés y de poder que encontramos en la vida y la historia de los imperios, los reinos y las dictaduras antiguas y modernas no pueden considerarse en rigor comunicación política”*⁶⁴ (Mazzoleni, 2010: 23).

De esta afirmación se desprenden dos conclusiones que se presentan como respuestas a los cuestionamientos planteados respecto a Wolton y Rospir: primero, la comunicación política sólo se da en la democracia según la aportación y perspectiva del modelo de esfera pública; y, segundo, si no hay una democracia, entonces lo que está presente es propaganda.

Mazzoleni tampoco considera que todo gobierno, sea democrático o autoritario, debe realizar la labor fundamental que es gobernar, para lo cual requiere de comunicarse con su pueblo, o sea, la comunicación pública, que es una modalidad de la comunicación política. Esto, por supuesto, siempre y cuando no se esté de acuerdo con la definición de Wolton de que la comunicación política contempla únicamente los discursos contradictorios.

Hay otro aspecto que destaca Mazzoleni y es el hecho de la existencia de un amplio debate en la comunidad científica respecto a que la “esfera pública” es un ideal de tipo normativo que no corresponde a la realidad porque presupone “la existencia de un público bien informado, crítico y activo participante en la vida política, que no existía a finales del siglo XVIII ni existe hoy” (Mazzoleni, 2010:

⁶⁴ Cursivas en el original.

23). Justifica su valor por servir como instrumento heurístico, ya que, como menciona Dahlgren

da valor a las instituciones de los medios y a otros foros de información y opinión y a las actuaciones sociales que los rodean, todos ellos factores significativos de la vida política. El hecho de que esas instituciones y esas actuaciones sufran [hoy] de anemia no quiere decir que hayan perdido importancia (ctd. en Mazzoleni, 2010: 23).

Efectivamente, da valor para esa visión, lo cual no elimina el factor de la crítica que se le hace a esta perspectiva que predetermina lo que es comunicación o no, comunicación política o no, a un modelo formulado por unos autores y aceptado por una determinada comunidad científica que rige la forma no sólo en que se interpreta el fenómeno como la definición del fenómeno en sí.

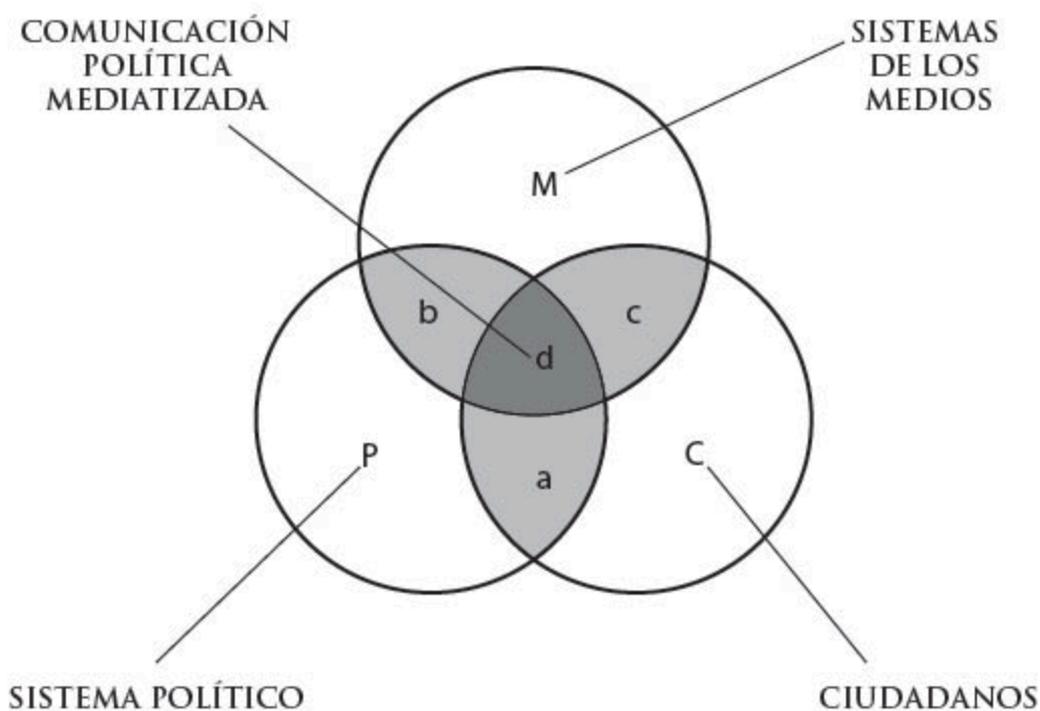
Éste es un punto central de diferencia entre la perspectiva behaviorista y la de la esfera social. Mientras la primera rechaza las visiones normativas, la otra parte de ellas. No se trata aquí de establecer quién tiene la razón, ya que sus puntos de vista son opuestos y, tal vez, lo más fácil sea asumir una posición respecto a cualquiera de ellos, ya que de lo que se trata más bien es de, simplemente, establecer las bases de las que parten ambas concepciones, así como las críticas que han recibido.

Mazzoleni (2010: 26-30) presenta una propuesta de modelos “propagandístico-dialógico” y “mediático” de la comunicación política a partir de la forma en que interactúan los actores del escenario político moderno, a saber: instituciones políticas, medios de comunicación y ciudadanos en el marco del espacio público.

En primer lugar, el **modelo “propagandístico-dialógico”** representa un espacio público de tipo tradicional, en el que se ubica a la comunicación política en un proceso más amplio de interacciones discursivas entre todos los componentes del espacio público político, del espacio público mediático y de la sociedad civil. En este modelo los medios no son el espacio público, sino que, al ser uno de sus principales motores, contribuyen a crearlo al sumarse a la actuación dialógica con otros dos actores que conservan la capacidad de comunicación autónoma que poseían en la *polis* griega. (ver Figura 1)

En este Modelo, se entiende por (*P*) las instituciones políticas (gobierno, partidos, líderes o candidatos electorales) que interactúan con los ciudadanos (*C*), mediante una comunicación inmediata *P/C* de la que surge un espacio compartido (*a*). Las instituciones o actores políticos establecen relaciones de comunicación con los medios (*M*), lo que da origen al espacio comunicativo (*b*). Los medios se relacionan también con (*C*) mediante una comunicación predominantemente unidireccional de tipo masivo y que da pie a un espacio comunicativo informativo (*c*). Los espacios comunicativos *a*, *b* y *c* constituyen una red de intercambios políticos; es decir, una **comunicación política**. El espacio (*d*) es creado mediante la superposición de *a*, *b* y *c*, lo que vincula a los tres actores en una **comunicación política mediatizada**.

Figura 1. Modelo “propagandístico-dialógico” de la comunicación política

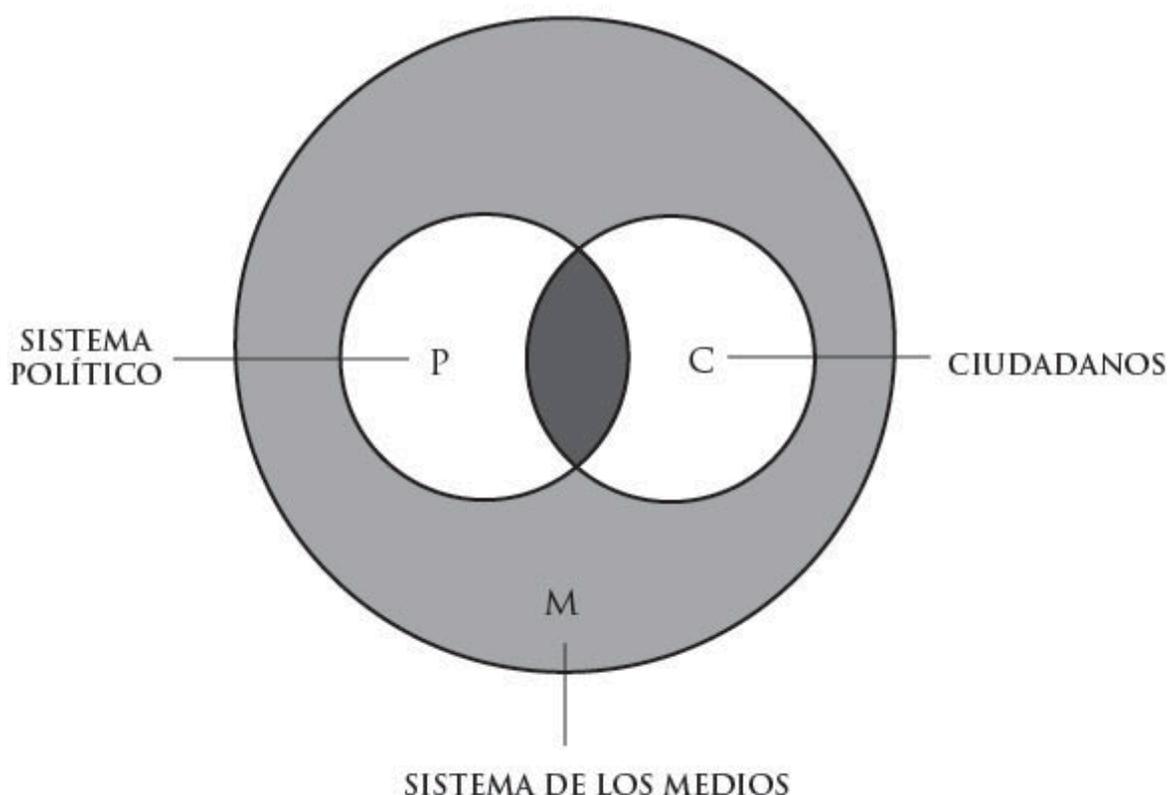


Vuelto a rediseñar: Mazzoleni. (2010). *La Comunicación Política*, p. 29.

En segundo lugar, en el **modelo “mediático”** se considera a la comunicación política como el resultado de la interacción y de la competencia entre distintos actores en el espacio público mediatizado. Pondera la preponderancia de los medios, ya que pesan más respecto a los otros actores en situaciones concretas de los distintos contextos políticos en la esfera pública contemporánea. (Ver Figura 2)

Este modelo reconoce que la actuación política pública se produce en la actualidad dentro del espacio público mediático o depende significativamente de la actuación de los medios. El modelo parte de la concepción competitiva de Schumpeter, recuperada en la *Teoría económica de la democracia* de Anthony Downs, y la escuela de la democracia del público de Bernard Manin, en el que los medios, los sondeos de opinión y la imagen son el nuevo foro de deliberación y representación política ante la crisis de la política y de los partidos; la cual ha sido de gran influencia en los estudios de la comunicación política.

Figura 2. Modelo “mediático” de la comunicación política



En este modelo se representa la función inclusiva de los medios, ya que las instituciones (*P*) se comunican entre sí y con los ciudadanos (*C*) en un contexto mediático. Los medios proporcionan los canales o actúan como tales entre los actores *P* y *C*, sirven de plataforma de la actuación política y de interlocutores entre ambos actores, condicionan la naturaleza de sus relaciones y obligan a las instituciones y a los ciudadanos a adaptarse a la lógica de la comunicación de masas.

De estos modelos, de gran utilidad para el estudio y caracterización de las manifestaciones de la comunicación política queda, una vez más, la duda sobre el uso e inclusión indiscriminada de la propaganda en el marco de la esfera pública y de la democracia. Si se establece categóricamente que la propaganda y la comunicación política son antagónicas, no queda clara la razón del uso del primer término en un ámbito en el que se le desechó. En todo caso, lo adecuado es considerar a la propaganda como una de las manifestaciones de la comunicación política y dejar de lado ese prejuicio que se tiene de ella en varios sectores científicos desde el fin de la segunda guerra mundial. La propaganda es, finalmente, una herramienta comunicacional que puede ser utilizada, y que de hecho lo es, para distintos fines, sean estos nobles u oscuros. De ella se hace uso tanto en las democracias como en los autoritarismos.

Desde una perspectiva diferente, y con base en la concepción competitiva, (en la cual hay una lucha por el control de las representaciones colectivas con la presencia de los medios en la interacción y en la que están presentes el conflicto y la cooperación) y las dimensiones (pragmática, simbólica y estructural) del proceso de comunicación política⁶⁵, Gerstlé retoma la definición de Lemieux según la cual la comunicación política es

el conjunto de esfuerzos basados en recursos estructurales, simbólicos y pragmáticos para movilizar apoyos y hacer prevalecer una definición de la situación que se estima contribuirá a la solución de un problema colectivo y/o hará eficaces las preferencias del actor, es decir su poder (...). (Gerstlé, 2005: 33)

⁶⁵ *Vid supra*, pp. 55-58.

Por lo que deja establecido que la comunicación política se trata de todos los esfuerzos de comunicación realizados por los que buscan que otros se adhieran, vía la propaganda o la discusión, a percepciones públicas que orientarán su preferencia. Esta concepción de la comunicación política es fundamental como contraposición a la que establece que la comunicación política no implica imposición mediante la propaganda, sino solamente la vinculada con la discusión, la negociación y el debate. En otras palabras, la importancia de esta definición radica en que la comunicación política se da mediante propaganda y/o debate; por lo cual se presenta tanto en un sistema autoritario como en uno democrático y no sólo en el segundo. Éstas serán las dos grandes concepciones presentes en el estudio de la comunicación política.

Por otra parte, el desarrollo tecnológico ha traído consigo una nueva área de atención para los estudios de la comunicación en general y de la comunicación política en particular. En efecto, en los últimos años se ha realizado desde varias disciplinas científicas y corrientes teóricas una buena cantidad de estudios en el mundo sobre las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) y sus consecuencias en los sistemas políticos. Entre ellos se encuentran, por supuesto, las perspectivas behaviorista y de la esfera pública, con investigadores como Stephen Coleman, Jay Blumler, Peter Dahlgren y Dominique Wolton, por mencionar algunos.

Las investigaciones sobre el impacto de las TIC en la comunicación política se incrementaron particularmente a raíz de su exitoso uso electoral durante la campaña en la que Barack Obama obtuvo el triunfo para convertirse en el primer presidente afroamericano de los Estados Unidos, así como también durante la llamada “Primavera árabe”⁶⁶. Estos casos llamaron la atención tanto de los responsables del diseño de campañas políticas, no sólo electorales, como de los estudiosos del comportamiento político y de los movimientos sociales.

A pesar de estos casos recientes que por sus consecuencias impactaron al mundo, el uso de las TIC por parte de movimientos políticos y sociales ya era

⁶⁶ “Primavera árabe” es una denominación errónea ya que parte de confundir y manejar como sinónimos los términos “árabe” y “musulmán”, que son utilizados de manera indistinta, ya que si bien la religión musulmana emergió de los árabes, tan sólo son uno de varios grupos étnicos que siguen el Islam.

seguido e investigado desde varios años atrás. Ejemplo de ello son revistas especializadas como *Telos* que dedican números temáticos y *dossiers* o el interesante libro *Comment manipuler les médias, 101 recettes subversives* de Patrick Farbiaz, que es un recuento de experiencias que se han dado en varios países sobre la forma en que se han utilizado diversos medios, que van desde los dazibao y las radios libres hasta la manipulación de imágenes y las TIC.

Sin embargo, más allá de las temáticas coyunturales, el desarrollo tecnológico ha generado el interés sobre la forma en que éste ha afectado a los sistemas políticos (fundamentalmente, pero no exclusivamente a las democracias occidentales, a los sistemas de medios y a la comunicación política). Si ya desde antes⁶⁷ se hacía referencia a la “democracia mediática”, al “nuevo proceso público”, a la “democracia centrada en los medios” y hasta a la “telecracia” o “teledemocracia” para destacar el papel relevante de la televisión en la democracia, en la actualidad se habla de “democracia virtual” o “ciberdemocracia” para establecer la importancia que han adquirido las TIC.

Según varios estudiosos, como Rospir, Sanmartí y Dader, estas tecnologías han ido relevando paulatinamente a los ahora designados “medios tradicionales”. A pesar de ello, este relevo todavía está lejos de ser definitivo ya que todavía no muestran su capacidad ante los nuevos retos y demandas de obtener el apoyo de los ciudadanos a los procesos políticos (especialmente en el electoral y las acciones de gobierno) o de buscar su participación política en otros ámbitos de la política, como también frenarla, según le convenga a los intereses de los grupos políticos que las utilizan.

El libro *Comunicación y poder* de Manuel Castells es una muestra destacada de la investigación y edición que se está generando en la actualidad. El punto de partida del autor es el reconocimiento de un aspecto central de la

⁶⁷ Ejemplo de ello es el libro de Furio Colombo, *Televisión: La realidad como espectáculo*, que ya en 1974 trata sobre la “democracia visiva”, término que “sugiere la existencia de un régimen basado en un continuo y abierto ajuste de cuentas, en un reportaje que es división de conocimientos y por tanto, según se supone, de responsabilidad”. (Colombo, 1976: 26). Este libro no sólo plantea el inicio de lo que será uno de los temas más destacados de análisis, sino que, por otra parte, adelanta una de las ideas centrales: “Gradualmente, una cierta distribución del debate político es transferida de la plaza al video” (Colombo, 1976: 27).

comunicación política: el poder, aunque destaca también su lado opuesto, el contrapoder. De ahí que mencione que

Poder es algo más que comunicación, comunicación es algo más que poder. Pero el poder depende del control de la comunicación, al igual que el contrapoder depende de romper dicho control. Y la comunicación de masas, la comunicación que puede llegar a toda la sociedad, se conforma y gestiona mediante relaciones de poder enraizadas en el negocio de los medios de comunicación y en la política del estado. El poder de la comunicación está en el centro de la estructura y la dinámica de la sociedad. (Castells, 2009: 23)

Conforme a lo anterior, a Castells le interesa y se concentra más en el poder político que en la política en sí. Aunque reconoce que el poder político es una de las dimensiones del poder, por su amplitud decide concentrarse en el político.

En una conferencia en la que planteó las bases de su libro menciona que: “El poder y la política se deciden en el proceso de construcción de la mente humana a través de los medios de comunicación” (Castells, 2008 enero-marzo: 1). La construcción de la mente es el punto de partida de su hipótesis de trabajo: “la forma esencial del poder está en la capacidad para moldear la mente. La forma en que sentimos y pensamos determina nuestra manera de actuar, tanto individual como colectivamente” (Castells, 2009: 24).

Por lo que Castells sigue la teoría política que ha estudiado este concepto, principalmente a partir de Weber, y menciona que esta construcción es necesaria para generar el consenso que requieren las instituciones y las organizaciones de la sociedad para funcionar, ya que la coacción no constituye una fuente básica y única del poder. Los medios de comunicación proporcionan otro recurso todavía más importante para obtener consenso ya que son decisivos para la formación de la opinión pública. De ahí que establezca la inevitable relación poder-comunicación.

Por lo que Castells concluye que el poder y la política son mediáticos, o de manera más precisa, “La política es sobre todo política mediática” (Castells, 2008 enero-marzo: 1). Afirmación que resulta exagerada ya que, como se señaló

anteriormente⁶⁸, la política y la comunicación son dos actividades diferentes, lo cual no implica que la comunicación sea un proceso fundamental para la política, pero tampoco significa que toda política sea política mediática.

La otra parte central de *Comunicación y poder* consiste en que aplica esa concepción al análisis de la sociedad red, que es una estructura social construida alrededor de las redes digitales de comunicación, aunque no esté determinada por ellas. Sostiene, en una afirmación cercana a los planteamientos de Kondratieff y Marshall McLuhan, que

el proceso de formación y ejercicio de las relaciones de poder se transformará radicalmente en el nuevo contexto organizativo y tecnológico derivado del auge de las redes digitales de comunicación globales y se erige en el sistema de procesamiento de símbolos fundamental de nuestra época. (Castells, 2009: 24-25)

Es precisamente en este contexto en el que surge la posibilidad dialéctica de la relación del poder de las redes empresariales multimedia (gubernamentales y corporativas) con el contrapoder generado en la sociedad. Esto debido a que cuanto mayor sea la autonomía que lo proporcionen las TIC a los usuarios, “más oportunidades habrá de que los nuevos valores e intereses entren en el campo de la comunicación socializada (*sic*) y lleguen a la mente colectiva”. (Castells, 2009: 29)

La investigación de Castells, como las de los demás estudiosos de esta temática de las TIC y la comunicación política, son relativamente recientes y, en buena medida, salvo los trabajos descriptivos o de coyuntura, procuran visualizar las consecuencias de la introducción y desarrollo de estas tecnologías en la sociedad. Sin embargo, las temáticas o teorías de moda no eliminan la permanencia y vigencia de los antiguos modelos de comunicación. Por eso, sin mencionar a Lasswell, Manuel Castells (2009: 551) lo parafrasea cuando señala: “Quién hace qué, cómo, dónde y por qué mediante esta estrategia de interconexión multimodal es una cuestión que hay investigar, no teorizar formalmente”.

⁶⁸ *Vid supra*, subcapítulo 2.1.

Por otra parte, uno de los problemas que se debe superar en las investigaciones de las TIC es el mismo que las que han padecido las de los medios “tradicionales”; es decir, la fetichización de la comunicación cuando los medios sustituyen el factor comunicativo humano: lo relevante es el instrumento, no los usuarios. Por eso las redes sociales ya no son conformadas por las relaciones entre personas, sino por las tecnologías, que son las que ahora reciben la denominación propia de esas relaciones.

Otra forma en que se manifiesta la pérdida de lo humano por la tecnología se da en los dos casos mencionados anteriormente: el triunfo de Barack Obama y la “primavera árabe”. En el primer caso lo más frecuente es leer afirmaciones sobre el papel que tuvieron las TIC en la campaña de Obama, y observar cómo dejan de lado la fuerza y el atractivo propios del candidato; además de la destacada labor que tuvieron los comités de barrio en los que Obama insistió tanto que no se descuidaran y que consideró como el secreto de su triunfo. De esta manera, las tecnologías tuvieron una función muy importante, pero no fue la determinante.

En cuanto a la “primavera árabe”, las tecnologías funcionaron muy bien como mecanismo de información y convocatoria, pero en los diversos países en los que se dieron las movilizaciones para reclamar cambios a sus sistemas, la demanda de libertad y democracia, así como hasta la caída de sus regímenes, el éxito se dio en las plazas, en donde hombro con hombro la gente se concentró para reclamar y hasta luchar por sus exigencias. En este sentido, el propio Castells coincidió cuando, durante la presentación de su libro en la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM, comentó que había observado el desempeño que habían tenido las TIC durante la “primavera árabe” y que consideraba que se debe ponderar su papel en estos movimientos y destacar el de las congregaciones en las plazas.

Estos casos son ejemplos en los que queda de manifiesto la vigencia de las aportaciones de los estudiosos clásicos de la propaganda, particularmente las referentes a la relevancia del contacto cara a cara como mecanismo destacado de persuasión. Por lo que, se trate de medios “tradicionales” o de las tecnologías más recientes, la problemática de la comunicación política, así como la de la

relación sistema político-sistemas de comunicación, sigue vigente; aunque con cambios relevantes derivados de las características propias de las TIC.

De ahí que, como se desarrolló a lo largo del capítulo, los cuestionamientos que orientaron este trabajo son:

1. La concepción vinculada con la esfera pública implica un cambio respecto al pasado: la comunicación política es entendida, con sus matices y diferencias, como aquella que se da en la democracia y sólo en la democracia. Si el sistema prevaleciente no es democrático ni se encuentra en transición hacia la democracia, entonces no hay comunicación política y lo que está presente es propaganda. Por lo que una cosa es que exista preocupación por el surgimiento y avance de la democracia, y otra muy diferente es que a la comunicación política se le reduzca a su manifestación exclusiva en ella.

2. Algunos autores que forman parte de esta concepción consideran que la propaganda es lo que se da como mecanismo de relación con los gobernados en un sistema autoritario; sin embargo, entran en constantes contradicciones cuando, como Wolton, mencionan primero que la comunicación política es exclusiva de la democracia y luego la refieren a los orígenes de las sociedades. Como también es una contradicción que, a pesar de establecer que la propaganda se da en sistemas autoritarios, terminan por ubicarla como parte de los modelos de comunicación política como hace Mazzoleni.

3. Aún más, Jean Marie Cotteret aclara que los discursos de un político radical, las alocuciones del presidente de una república, el saludo fascista, el lucir distintivos, los aires musicales africanos, las bandas dibujadas en China constituyen variantes de la comunicación política. Para este autor, la comunicación está presente independientemente del sistema político vigente y la propaganda es una manifestación de la comunicación política. Fagen parte de la misma idea; ya no se diga Lemieux y Gerstlé.

4. Al darse dentro de un sistema autoritario, la acción gubernamental requiere de la comunicación para llevarse a cabo. Esa comunicación es la que se ha denominado comunicación pública, la cual es una vertiente de la comunicación política.

5. Si bien a los behavioralistas les interesa de manera fundamental estudiar los sistemas de medios y su posible afectación a la democracia estadounidense, no niegan que la comunicación política se dé en un sistema autoritario.

6. Queda claro que se está ante concepciones diferentes, sí, pero contrapuestas. Esto se debe estudiar y analizar. Uno podría preguntarse válidamente si en estas concepciones, más que principios teóricos y perspectivas, hay posiciones ideologizadas.

7. Por otra parte, además de las diferencias teóricas, de perspectiva e ideología, el uso del concepto comunicación política, y su respectiva y particular definición, tiene que ver con la conveniencia de ajustarlo a la posición predeterminada de un investigador que no está dispuesto a aceptar que hay comunicación en un sistema autoritario.

CONCLUSIONES

El reconocimiento que la *International Communication Association* otorgó, en 1973, a la comunicación política por sus aportes, importancia y papel destacado en la investigación, implicó que la considerara un área de enseñanza única, así como un campo de estudio especializado que supera los límites de las disciplinas científicas y que incluso justificó la formación de la *Political Communication Association* como una división de la ICA.

Este *status* particular, pero principalmente el debate y la carencia de consenso existentes entre algunos autores sobre en qué consiste el campo de estudio, cuáles son sus características, límites, temáticas y tendencias de la comunicación política, requiere que se lleve a cabo una reflexión sobre las dificultades de su aprehensión.

La finalidad de este trabajo consistió, precisamente, en realizar esa reflexión a partir de la hipótesis de que la comunicación política ha sido abordada desde diversas disciplinas y enfoques, pero no siempre como lo que es: un campo de estudio complejo que, por esa complejidad y amplitud, dificulta su aprehensión.

El primer aspecto que se debe señalar es que la comunicación política forma parte de un campo más amplio: el de la comunicación. Esto provocó que, en realidad, mucha de la investigación desarrollada en los orígenes del estudio de la comunicación haya sido llevada a cabo en la comunicación política, particularmente en temas como la propaganda política, la opinión pública y las campañas electorales, por mencionar algunos de los trabajos realizados por Lasswell, Lazarsfeld y Merton. Estos aportes, que sirvieron de base a la *Mass Communication Research* y que contribuyeron a constituir las Ciencias de la Comunicación y su campo de estudio, son los que llevaron a que recibiera el reconocimiento mencionado al principio.

Un segundo aspecto radica en que, tanto el campo de la comunicación política como el de la comunicación, corresponden con ese término porque en ellos participan varias disciplinas científicas en la labor de investigación, las cuales se interesan por estudiar algún aspecto de dicho campo conforme a sus necesidades e intereses. El pluralismo disciplinario existente en este campo es una razón central de la diversidad temática y de la riqueza de la investigación desarrollada. Sin embargo, esta situación ha marcado una dificultad para

establecer los límites entre el campo particular de la comunicación política y el de la comunicación en general.

La discusión sobre el establecimiento y definición de las fronteras del campo de la comunicación política es, precisamente, un tercer aspecto. Sobre este tópico hay diversas posturas que van desde Nimmo y Sanders, quienes señalan que ante la constante evolución del campo no se debe dar como definitiva una frontera; o la consideración de Negrine y Stanyer de que el campo de estudio permanece, amplía y transforma, lo que se refleja en su creciente temática; hasta llegar al extremo de Rospir, a quien le preocupa la diversidad y busca establecer la obligación de buscar una frontera identificable que comprenda los contenidos y objetivos perseguidos en la comunicación política; por último, Fagen establece la dificultad de delinear fronteras.

Al respecto se debe considerar que, ante la pluralidad disciplinaria característica de este campo de estudio, es sumamente difícil establecer límites temáticos. Esto se debe a que dentro de cada disciplina existen preocupaciones particulares que no necesariamente son coincidentes con las de otras ciencias, ya no se diga entre doctrinas o teorías que llegan a ser opuestas o hasta la presencia de estudiosos con intereses específicos.

Existe, por lo tanto, el riesgo de caer en un desacuerdo sobre estos tópicos y, finalmente, la delimitación proviene de cada uno de los estudiosos conforme a su particular perspectiva; además de que se manifiestan preocupados por la posibilidad o imposibilidad de llegar a acuerdos o a consensos. Por lo que resulta más adecuado reconocer el hecho de la complejidad y amplitud del campo y que cada quien se dedique al ámbito de su interés personal, temático, teórico o disciplinario, sin dejar de reconocer que existen otras corrientes, temáticas y preocupaciones que son todas válidas.

A pesar de lo anterior, pervive, por un lado, la inquietud de conseguir la ansiada delimitación territorial, como también la intención de lograr una concepción integradora de las diferentes vertientes de investigación existentes en este campo. Inicialmente, este trabajo doctoral pretendía concretar dicha integración, pero ante la complejidad del campo, la pluralidad disciplinaria, la variedad de corrientes de pensamiento y de teorías, así como la riqueza temática

(a pesar de la existencia de algunos temas con más presencia que otros, como los electorales), llevaron a que se considerara que éste era un ejercicio inútil, por no decir imposible y a reconocer que más que buscar una integración, se debía partir de la diversidad sin pretender imponerle límites.

Esta práctica no se iba a lograr por la lógica y dinámica propia de la investigación, en la que finalmente los estudiosos abordan aquellos rubros que llaman su atención e interés sin considerar o recurrir al parecer de otros; además de que se debe partir del reconocimiento de que un campo está en constante transformación y que, por lo mismo, busca adecuarse y responder a las nuevas problemáticas de prácticas comunicativas y tecnologías cambiantes propias de un mundo en transformación. De ahí la relevancia del señalamiento de Nimmo y Sanders respecto a que se debe evitar la tentación de intentar una afirmación definitiva sobre lo que es el campo de la comunicación política y a dónde se dirige.

Finalmente, nadie (sea individuo u organización) tiene ni debe tener la facultad de limitar la generación de conocimientos porque, en caso de lograrlo, más tardaría en hacerlo que en ser rebasado y dejado de lado. Por eso, aunque algunos investigadores proclamen las necesidades de definir límites, los demás simplemente seguirán adelante con su labor e inquietudes.

Todo lo anterior fue un problema para la realización de este trabajo de investigación, ya que, ante la amplitud y diversidad de un campo de estudio de por sí complejo, había que hacer una clara delimitación de lo que se iba a contemplar. Ante las recomendaciones de abordar pocas corrientes teóricas para hacer manejable la tesis, se seleccionaron dos como resultado de un criterio claro: elegir aquellas corrientes que explícitamente se hubieran ubicado en el campo de estudio de la comunicación política y que, además, hubieran reflexionado sobre el campo de estudio, el problema de las fronteras, la temática contemplada e intentado definir a la comunicación política.

El resultado del análisis del material documental llevó a establecer que las dos corrientes del pensamiento sociopolítico que cumplían con estos requisitos y que también son las más influyentes en el ámbito académico de la comunicación política son: el behavioralismo político y la teoría de la esfera pública. Este

ejercicio fue difícil porque ni los mismos integrantes de estas corrientes están de acuerdo con los rubros antes mencionados y presentan diferencias y matices significativos entre ellos; además de que existen influencias¹, especialmente de la primera hacia la segunda corriente, que frecuentemente dificultan la ubicación de algún autor.

Lo interesante, además, es que estas corrientes parten de principios diferentes: la teoría de la esfera pública tiene una finalidad normativa, lo que rechaza el behavioralismo que más bien tiene una pretensión netamente empírica. Ambas corrientes sirvieron de base teórica para lo estudiosos de la comunicación política o para aquellos autores a los que les preocupaba su objeto de estudio y consideraron que la comunicación política era un tema necesario para entenderlo. Por lo que, a partir de ellas, los investigadores generaron su conceptualización de la comunicación política.

La finalidad de considerar a estas corrientes nunca fue la de establecer cuál es la mejor o si una está en lo correcto y la otra no, sino, más bien, conocer la forma en que habían abordado el campo de estudio y su problemática, la manera en que habían definido a la comunicación política; así como conocer sus temáticas, aportes y tendencias. Conforme a lo anterior, se estableció que existen vasos comunicantes entre ambas, que abordan problemáticas semejantes, como los del papel de los medios en la democracia o la influencia de las TIC en el pluralismo, la democracia y hasta la comunicación misma. Es evidente que los enfoques que proponen cada una de ellas son diferentes, pero eso no quita que lleguen a ser complementarias.

Tal vez uno de los principales problemas sea el de las contradicciones internas de los autores y las corrientes mismas que requieren de mayor esfuerzo y rigor conceptual. Aunque también existen posturas ideologizadas, claramente identificables (como sucede con Wolton y Rospir), que se esfuerzan en establecer que la comunicación política sólo se da en la democracia y, al mismo tiempo, mencionar su presencia en sistemas autoritarios o en momentos históricos en los que no había un sistema democrático. Esas mismas concepciones enfatizan que lo que no es comunicación política es propaganda, para señalar más adelante que

¹ Ejemplo de ello son los elementos integrantes de la comunicación política.

la propaganda es parte integrante de la comunicación política. Pareciera que la idea es negarle el *status* de comunicación política a lo que se da en un sistema autoritario porque así lo decidió algún estudioso. Sólo que en el camino el autor termina contradiciéndose, como se estableció en el último capítulo de este trabajo.

La comunicación política no es, por lo tanto, un término que haya surgido como sustituto del de la propaganda, ya que si bien el primero tiene aproximadamente sesenta años de existencia y el segundo varios siglos, en realidad la preocupación por estudiar la comunicación política partió de la necesidad de comprender el comportamiento político por parte de los behavioralistas más que intentar ocultar una práctica. En esta preocupación coincidieron los autores de la esfera pública. En todo caso, la propaganda ha sido considerada como una forma de comunicación política. Por lo que también se debe contemplar que, en cuanto actividad e investigación, la propaganda tiene sus ámbitos especializados de estudio.

Lo que se detectó en este proceso de investigación es que sigue existiendo el rechazo de algunos académicos hacia la corriente originaria de los Estados Unidos, señalando despreciativamente que es una corriente “funcionalista”. A pesar de ello, autores como Sartori, Mattelart y Wolton, han reconocido los aportes y papel muy destacado que han tenido tanto el behavioralismo político como el funcionalismo en el estudio de la comunicación en general y la comunicación política en particular.

Por lo anterior, se debe destacar que el estudioso debe tener una mentalidad abierta hacia la labor desarrollada por otro investigador, sea del país que sea y se ubique en la corriente de pensamiento que sea de su preferencia, finalmente el conocimiento está más allá de esas limitantes y es bienvenido de donde provenga. Si bien se considera que el behavioralismo y la esfera pública son contrapuestas, esto no quiere decir que no se pueda intentar hacer estudios en los que se integren ambas corrientes. Si esto ha sido posible en el pasado, y en este trabajo se mostraron las influencias existentes de una hacia la otra, también lo es para el presente y el futuro. Precisamente por eso es tan relevante el libro *Sistemas mediáticos comparados* de Hallin y Mancini, porque es la feliz

combinación del conocimiento y el esfuerzo realizados en dos países, continentes, enfoques y corrientes de pensamiento diferentes. Así, mediante esta conjunción de esfuerzos, se puede generar y desarrollar conocimiento en este complejo y plural campo de conocimiento.

FUENTES

Bibliografía

Almond, G. A. (1999). *Una disciplina segmentada. Escuelas y corrientes en las ciencias políticas*. México: Fondo de Cultura Económica-Colegio de Ciencias Políticas y Administración Pública.

Almond, G. A.; Verba, S. (1970). *La cultura cívica*. España: Euramérica

Anduiza, E.; Bosch, A. (2009). *Comportamiento político y electoral*. España: Ariel.

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. España: Paidós.

Bennet, W. L.; Entman, R. M. (eds.). (2001). *Mediated Politics. Communication in the Future of Democracy*. USA: Cambridge.

Blumler, J.; Gurevitch, M. (2005). "Rethinking the study of political communication", en Curran, J., Gurevitch, M. *Mass media and society*. (4ª ed.). (pp. 104-121). USA: Hodder Arnold.

Borderia Ortiz, E.; Martínez Gallego F.; Rius Sanchis, I. (coord.). (2010). *Política y comunicación en la historia contemporánea*. Madrid: Fragua.

Canel, M. J. (2001). *Comunicación política. Técnicas y estrategias para la sociedad de la información*. España: Tecnos.

Canel, M. J. (2010). *Comunicación de las instituciones públicas*. España: Tecnos.

Castells, M. (2010). *Comunicación y poder*. España: Alianza.

Cohen, J. L.; Arato, A. (2002). *Sociedad civil y teoría política*. México: Fondo de Cultura Económica.

Coleman, S.; Blumler, J. G. (2009). *The internet and democratic citizenship. Theory, practice and policy*. USA: Cambridge.

Colombo, F. (1976). *Televisión: La realidad como espectáculo*. Barcelona: Gustavo Gili.

Corner, J.; Pels, D. (ed.). (2008). "Introduction: the re-styling of politics", en Corner, J.; Pels, D. *Media and restyling of politics*. (pp. 1-18). Great Britain: Sage.

Cotteret, J. M. (1977). *La comunicación política. Gobernantes y gobernados*. Argentina: El Ateneo.

Crossley, N.; Michael, J. (2004). *After Habermas: New perspectives on the public sphere*. United Kingdom: Blackwell.

Dader, J. L. (2003). "Ciberdemocracia y comunicación política virtual: el futuro de la ciudadanía electrónica tras la Era de la Televisión", en Becerril, S. (coord.). *Comunicación política en televisión y nuevos medios*. (pp. 309-342). España: Ariel.

Dahlgren, P. (1997). *Television and the public sphere. Citizenship, Democracy and the Media*. Great Britain: Sage.

Dahlgren, P.; Gurevitch, M. (2005) "Political communication in a changing world", en Curran, J., Gurevitch, M. *Mass media and society*. (4ª ed.). (pp. 375-393). USA: Hodder Arnold.

Debray, R. (1995). *El estado seductor: Las revoluciones mediológicas del poder*. Argentina : Manantial.

Del Rey Morató, J. (1996). *Democracia y Posmodernidad. Teoría General de la Información y Comunicación Política*. España: Complutense.

Delgado, I.; Chavarri, P.; Oñate, P. (2002). *Sistemas de organización política contemporánea*. España: Universidad Nacional de Educación a Distancia.

Denton, R. E., Woodward, G. C. (1998). *Political communication in America*. USA: Praeger.

Elliot, W. Y. (1999). "La declinación del 'Estado' y los orígenes del pluralismo estadounidense", en Farr, J.; Dryzek, J.; Leonard, S. T. *La ciencia política en la historia*. (pp. 35-60). España: Istmo.

Espinosa, C. H. (1981). *Ideología y comunicación política*. México: Quinto sol.

Eulau, H. (1974). "Comportamiento político, análisis del", en *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. (vol. 2). España: Aguilar.

Fagen, R. R. (1969). *Política y comunicación*. Argentina: Paidós.

Farbiaz, P. (1999). *Comment manipuler les médias. 101 recettes subversives*. Paris: Denoël.

Farr, J. (1999). "Rememorando la revolución: el behaviorismo en la ciencia política estadounidense", en Farr, J.; Dryzek, J.; Leonard, S. T. *La ciencia política en la historia*. (pp. 257-288). España: Istmo.

Ferry, J. M. (1992). "Las transformaciones de la publicidad pública", en Ferry, J. M.; Wolton, D. *El nuevo espacio público*. (pp. 13-27). España: Gedisa.

Gerstlé, J. (2005). *La comunicación política*. Chile: LOM.

Gingras, A. M. (1998). "El impacto de las comunicaciones en las prácticas políticas", en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. (comps.). *Comunicación y política*. España: Gedisa.

Glad, B. (1991). "Political psychology: Where have we been? Where are we going?", en Crotty, W. (ed.). *Political science: Looking to the future (v. Three). Political behavior*. (pp. 153-191). USA: Northwestern University Press.

Guerrero, M. A. (coord.) (2011). *Medios de comunicación y democracia: perspectivas desde México y Canadá*. México: Universidad Iberoamericana.

Gurvitch, G. (1962). "Sociología profunda", en Balandier, G.; Gurvitch, G.; Eguiber, M. *Tratado de sociología*. Buenos Aires: Kapelusz.

Gutiérrez López, R. (2005). *Los medios de comunicación social y su influencia sobre la política. El caso de México*. México: Pomares.

Habermas, J. (1999). *Historia y crítica de la opinión pública*. España: Gustavo Gili.

Hallin, D. y Mancini, P. (2008). *Sistemas políticos comparados*. España: Hacer.

Harvey, G. (1996). *Usando fuentes al escribir. Una guía para los alumnos de Harvard*. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.

Huertas, F. (coord.). (1994). *Televisión y política*. España: Complutense.

Jiménez-Ottalengo, R. y Paulín-Siade, G. (1985). *Sociolingüística de la interacción*. México: UNAM.

Jiménez-Ottalengo, R. y Carreras, M. (2008). *Metodología para investigación en ciencias de lo social*. México: Universidad Panamericana.

Katz, E. (1992). "La investigación en la comunicación desde Lazarsfeld", en Ferry, J. M.; Wolton, D. *El nuevo espacio público*. (pp. 85-103). España: Gedisa.

Lakoff, G. (2011). *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Madrid: Complutense.

Lemieux, V. (1998). "Un modelo comunicativo de la política", en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. (comps.). *Comunicación y política*. España: Gedisa.

Lin, Y. (2004). "Fragmentation of the Structure of Political Communication Research: Diversification or Isolation?", en Lee Kaid, L. *Handbook of Political Communication Research*. (pp. 69-100). USA: Lawrence Erlbaum Associates.

Luttbeg, N. R. (1991). "Political attitudes: A historical artefact or a concept of continuing in political science?", en Crotty, W. (ed.). *Political science: Looking to the future (v. Three). Political behavior*. (pp. 13-30). USA: Northwestern University Press.

Martín Serrano, M., Piñuel, J. L., García, J. y Arias, M. (1993). *Teoría de la comunicación*. México: UNAM.

Martín Serrano M. (2007). *Teoría de la comunicación. La comunicación, la vida y la sociedad*. España: Mc Graw Hill.

Mattelart, A. y Mattelart, M. (2005). *Historia de las teorías de la comunicación*. (2ª ed.) España: Paidós

Mazzoleni, G. (2010). *La comunicación política*. España: Alianza.

McLeod, J.M.; Kosicki, G. M.; McLeod, D. M. (1996). "Expansión de los efectos de comunicación política", en Bryant, J.; Zillmann, D. (comps.). *Los efectos de los medios de comunicación. Investigaciones y teorías*. España: Paidós.

McNair, B. (1999). *An introduction to political communication*. (2nd ed.). Great Britain: Routledge.

Medina Viedas, J. (2000). *Los medios en la política*. México: Cal y arena.

- Menéndez Marcín, A. M. (coord.) (2004). *Comunicación política*. México: UNAM.
- Miège, B. (1998). “El espacio público: más allá de la esfera pública”, en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. (comps.). *Comunicación y política*. España: Gedisa.
- Molina y Vedia, S. (2002). *La comunicación política desde el horizonte de la identidad y la tolerancia*. México: UNAM-Conacyt.
- Monzón, C. (1996). *Opinión pública, comunicación y política. La formación del espacio público*. España: Tecnos.
- Moragas, M. (1984). *Teorías de la comunicación*. (2ª ed.). Barcelona: Gustavo Gili.
- Moragas, M. (1985). *Sociología de la comunicación de masas*. (Vols. 1-3). Barcelona: Gustavo Gili.
- Mouchon, J. (1999). *Política y medios. Los poderes bajo influencia*. Barcelona: Gedisa.
- Negrine, R., Stanyer, J. (2007). *The political communication reader*. Great Britain: Routledge.
- Nimmo, D. D., Sanders, K. (1981). *Handbook of political communication*. London: Sage.
- Page, B. I. (1996). *Who deliberates?. Mass media in modern democracy*. USA: The University of Chicago Press.
- Pardo, R. (coord.) (1997). *Comunicación política y transición democrática*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rogers, E. M. (2004). “*Theoretical Diversity in Political Communication*”, en Lee Kaid, L. *Handbook of Political Communication Research*. (pp. 3-16). USA: Lawrence Erlbaum Associates.
- Rospir, J. I. (2003). “Introducción a la comunicación política”, en Berrocal, S. (coord.). *Comunicación política en televisión y nuevos medios*. (pp. 21-54). España: Ariel.

- Sanmartí, J. M. (2003). Los nuevos agentes políticos en la comunicación televisiva”, en Becerril, S. (coord.). *Comunicación política en televisión y nuevos medios*. (pp. 81-109). España: Ariel.
- Sartori, G. (1998). *Homo videns. La sociedad teledirigida*. España: Taurus.
- Sartori, G. (2010). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sabucedo, J. M.; Rodríguez, M. (1997). *Medios de comunicación de masas y conducta política*. España: Biblioteca Nueva.
- Schaff, A. (1983). *Introducción a la semántica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Somit, A.; Tanenhaus, J. (1988). *Desarrollo de la ciencia política estadounidense*. México: Gernika.
- Sproule, J. M. (1997). *Propaganda and democracy. The american experience of media and mass persuasion*. USA: Cambridge University Press.
- Stanyer, J. (2008). *Modern political communication*. United Kingdom: Polity.
- Vega Montiel, A. (2009). *La comunicación en México. Una agenda de investigación*. México: UNAM-AMIC.
- Thompson, J. B. (1998). *Ideología y cultura moderna*. México: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Wasby, S. L. (1970). *Political Science. The discipline and its dimensions*. USA: Charles Scribner's sons.
- Wolf, M. (1987). *La investigación de la comunicación de masas. Crítica y perspectivas*. España: Paidós.
- Wolton, D. (1992a). “La comunicación política: construcción de un modelo”, en Ferry, J. M.; Wolton, D. *El nuevo espacio público*. (pp. 28-46). España: Gedisa.
- Wolton, D. (1992b). “Los medios, eslabón débil de la comunicación política”, en Ferry, J. M.; Wolton, D. *El nuevo espacio público*. (pp. 183-199). España: Gedisa.

Wolton, D. (1992c). *War game. La información y la guerra*. México: Siglo XXI

Wolton, D. (1998). “Las contradicciones de la comunicación política”, en Gauthier, G., Gosselin, A. y Mouchon, J. (comps.). *Comunicación y política*. España: Gedisa.

Wolton, D. (2001). *Pensar la comunicación*. Argentina: Docencia.

Wolton, D. (2006). *Salvemos la comunicación*. España: Gedisa.

Wolton, D. (2010). *Informar no es comunicar*. España: Gedisa.

Tesis

Magaña, R. (2006). *Entre la historia, la fortuna y los fines: reflexiones críticas sobre el concepto de estrategia*. Tesis de maestría sin publicar. UNAM.

Conferencias

Charaudeau, P. (2009, octubre 22). Conferencia “Discurso político y discurso populista. Un desafío para la democracia moderna”. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

McCann, J. A. (2009, octubre 19) Ponencia “Presentación del profesor Verba (biografía y comentarios a su obra)”, Seminario Internacional a 50 años de La Cultura Cívica: pensamientos y reflexiones en honor al profesor Sidney Verba, celebrado en el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM.

Páginas web

Berndtson, E. (1997, agosto 17-21). “*Behavioralism: origins of the concept*”. [Dirigida al XVIIth World Congress of the International Political Science Association] Seoul, Korea. Recuperado el 18 de octubre del 2010. <http://www.valt.helsinki.fi/vol/tutkimus/julkaisut/verkko/behavior.htm>

Bouza, F. (2008, enero-marzo). "Una reflexión metodológica sobre la investigación en Comunicación Política". *Telos*. Recuperado el 11 de enero del 2011.
<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp@idarticulo=5&rev=74.htm>

Canel, M. J. (2008, enero-marzo). "El reto de la investigación: Plantear la pregunta '¿Hay comunicación en la comunicación política?'". *Telos*. Recuperado el 9 de enero del 2011.
<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp@idarticulo=2&rev=74.htm>

Castells, M. (2008 enero-marzo). "Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red (I). Los medios y la política". *Telos*. Recuperado el 9 de enero del 2011.
<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articuloautorinvitado.asp@idarticulo=1&rev=74.htm>

Castells, M. (2008 abril-junio). "Comunicación, poder y contrapoder en la sociedad red (II). Los nuevos espacios de la comunicación". *Telos*. Recuperado el 9 de enero del 2011.
<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articuloautorinvitado.asp@idarticulo=1&rev=75.htm>

Dader, J. L. (2008 enero-marzo). "La comunicación política de la hipermodernidad y su análisis académico". *Telos*. Recuperado el 11 de febrero del 2011.
<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp@idarticulo=8&rev=74.htm>

Dahlgren, P. "El horizonte de la democracia". *Infoamérica*. (2010, enero-abril) Recuperado el 23 de noviembre del 2012.
<http://www.infoamerica.org/icr/n02/dahlgren.pdf>

Dahlgren, P. “*Internet and the Democratization of the Civic Culture*”. Recuperado el 23 de noviembre del 2012.

http://ccce.com.washington.edu/news/assets/conference_papers/dahlgren.pdf

Dahlgren, P. (2011 octubre-diciembre). “Jóvenes y participación política. Los medios en la red y la cultura cívica”. *Telos*. Recuperado el 18 de septiembre del 2012.

http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/seccion=1268&idioma=es_ES&id=2011102408520001&activo=6.do

Dahlgren, P. “*The Internet, Public Spheres and Political Communication: Dispersion and Deliberation*”. *Political communication*. (2005). Recuperado el 23 de noviembre del 2012.

<http://www.cblt.soton.ac.uk/multimedia/PDFs/Internet,%20public%20spheres,%20political%20communication.pdf>

del Rey Morató, J. (2008, enero-marzo). “Los retos y desafíos de Internet”. *Telos*. Recuperado el 11 de febrero del 2011.

<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp@idarticulo=9&rev=74.htm>

Gerhards, J.; Schäfer, M. S. (2009). “*Is the internet a better public sphere? Comparing old and new media in the US and Germany*”. *New media & society*. Recuperado el 8 de octubre del 2012.

<http://www.polsoz.fu-berlin.de/soziologie/arbeitsbereiche/makrosoziologie/mitarbeiter/lehrstuhlinhaber/dateien/GerhardsSchaefer-New-Media-And-Society.pdf>

Maarek, P. J. (2008 enero-marzo). “La comunicación política: Una perspectiva internacional”. *Telos*. Recuperado el 11 de febrero del 2011.

<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp@idarticulo=10&rev=74.htm>

Sampedro Blanco, V. F. (2008 enero-marzo). "Comunicación política: Nuevos medios, nuevas audiencias, nuevos problemas". *Telos*. Recuperado el 11 de febrero del 2011.

<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp?idarticulo=6&rev=74.htm>

Sanders, K. (2008 enero-marzo). "La investigación en comunicación política: La búsqueda de la perspectiva para ver el 'elefante de la habitación'" *Telos*. Recuperado el 11 de febrero del 2011.

<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp?idarticulo=3&rev=74.htm>

Thompson, J. B. (2008 enero-marzo). "Por una teoría interrelacional de los medios. La nueva visibilidad". *Telos*. N° 89. Recuperado el 11 de febrero del 2011.

<http://sociedadinformacion.fundacion.telefonica.com/telos/articulocuaderno.asp?idarticulo=7&rev=74.htm>

Wiñazki, M. (2005, julio 10). "El rol de los periodistas es esencialmente político". Entrevista a Dominique Wolton. *Clarín*. Recuperado el 8 de febrero del 2010.

<http://www.clarin.com/suplementos/zona/2005/07/10/z-1011460.htm>